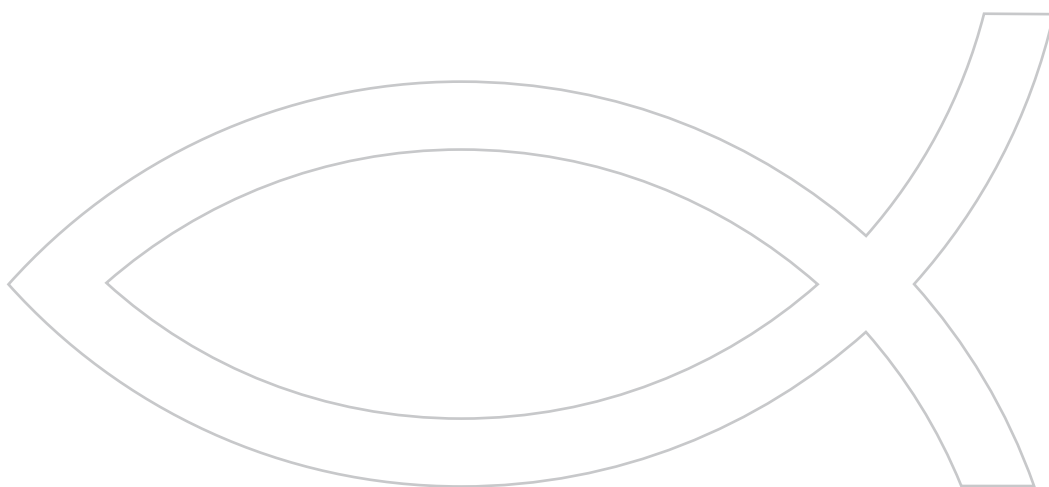


ACTUALIDAD CATEQUÉTICA PARA LA
EVANGELIZACIÓN

N.º 274 | 2023 · 3



Religiosidad popular
A vueltas con los alejados

Con censura eclesiástica

Imprimatur

✠ Jesús Vidal Chamorro
Obispo auxiliar de Madrid
4 de marzo de 2024

Director

Francisco Romero Galván

Secretaría de redacción

María Granados Molina
Virginia Wollstein Camacho

Comisión Episcopal para la Evangelización,
Catequesis y Catecumenado
evangelizacion.publicaciones@conferenciaepiscopal.es

Edita

Editorial EDICE
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
revistas@edicionescee.es
Teléfono: 91 171 73 99

Imprime

Campillo Nevado
C/ Desierto de Tabernas, 8
28320 Pinto (Madrid)

Depósito legal: M-3849-1963

ISSN: 0211-2302



SUMARIO

PRESENTACIÓN

9

EL PAPA HA DICHO

13

El celo apostólico del creyente 16. Santa Teresa del Niño Jesús,
patrona de las misiones
Francisco

15

El celo apostólico del creyente 17. Santa María MacKillop
Francisco

19

El celo apostólico del creyente 18. El anuncio en la lengua materna:
san Juan Diego, mensajero de la Virgen de Guadalupe
Francisco

23

El celo apostólico del creyente 19. Rezar y servir con alegría:
santa Catalina Tekakwitha, la primera santa nativa norteamericana
Francisco

27

El celo apostólico del creyente 20. El beato José Gregorio Hernández
Cisneros, médico de los pobres y apóstol de paz
Francisco

31

El celo apostólico del creyente 21. San Daniele Comboni,
apóstol para África y profeta de la misión
Francisco

35

El celo apostólico del creyente 22. Santa Josefina Bakhita:
testigo de la fuerza transformadora del perdón de Cristo
Francisco

39

<i>El celo apostólico del creyente</i> 23. San Carlos de Foucauld, corazón palpitante de caridad en la vida oculta <i>Francisco</i>	43
<i>El celo apostólico del creyente</i> 24. Los santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos <i>Francisco</i>	47
<i>El celo apostólico del creyente</i> 25. Madeleine Delbrêl. La alegría de la fe entre los no creyentes <i>Francisco</i>	51
<i>El celo apostólico del creyente</i> 26. El anuncio es alegría <i>Francisco</i>	55
<i>El celo apostólico del creyente</i> 27. El anuncio es para todos <i>Francisco</i>	59
<i>El celo apostólico del creyente</i> 28. El anuncio es para hoy <i>Francisco</i>	61
<i>El celo apostólico del creyente</i> 29. El anuncio es en el Espíritu Santo <i>Francisco</i>	65
<i>El celo apostólico del creyente</i> 30. ¡Effetá, ábrete, Iglesia! <i>Francisco</i>	69

LA VOZ DE LOS PASTORES	71
Carta de los obispos de las diócesis aragonesas con motivo del Día de la Educación en la Fe <i>Mons. Carlos-Manuel Escribano Subías</i> <i>Mons. Julián Ruiz Martorell</i> <i>Mons. Ángel-Javier Pérez Pueyo</i> <i>Mons. José-Antonio Satué Huerto</i> <i>Mons. Vicente Rebollo Mozos</i>	73

La fe, una vida que hay que vivir cada día

Mons. Gerardo Melgar Viciosa

75

Evangelizar a los niños: la catequesis

Mons. Salvador Cristau i Coll

79

ESTUDIOS

83

La identidad cristiana hoy

Ángel Cordovilla Pérez

85

Santuarios (Santo Toribio de Liébana) e identidad cristiana

José María Lucas

103

El éxodo silencioso

M.ª Eugenia Gómez Sierra

127

A vueltas con los alejados. Claves para evangelizar al hombre
y a la mujer de hoy

Pedro López Calvo

141

El segundo anuncio del Evangelio para revitalizar la fe

Francisco Julián Romero Galván

159

EXPERIENCIAS

177

Celia Sánchez: «Los padres son los primeros catequistas de sus hijos»

Entrevista de Javier Martínez

179

Identidad cristiana y piedad popular, del 18-20 de septiembre
en el seminario de Monte Corbán

185

INFORMACIONES

187

«Catequistas para servir», lema del curso 2023-2024
en la diócesis de Tui-Vigo

191

El equipo diocesano de Lérida de Primer Anuncio empieza a caminar	192
El primer anuncio, prioridad pastoral de la archidiócesis de Burgos para el nuevo curso	194
La hoja de ruta para promover el encuentro con Jesús en una Iglesia sinodal y evangelizadora en la archidiócesis de Burgos	196
Se clausuró la I Jornada de Pastoral de la diócesis de Canarias	198
La organización de la Jornada Diocesana del Primer Anuncio centra la reunión del obispo con los delegados diocesanos de Segorbe-Castellón	200
Presentación de la programación pastoral y «envío» evangelizador	201
Misa de inicio del curso catequístico 2023-2024 en la diócesis de Santiago de Compostela	202
Envío diocesano de catequistas en la catedral de Teruel	204
Envío diocesano e institución de catequistas en la diócesis de Zaragoza	205
Comienzo del curso de catequesis con novedades en la diócesis de Tarazona	206
Óscar Díaz a los catequistas de Sevilla: «Vuestra vocación es el servicio»	207
Celebración de envío de los catequistas	208
Nace la Escuela para Catequistas en la diócesis de Vitoria	209

Comienza a caminar el Secretariado para la Pastoral de las Personas con Discapacidad en la diócesis de Burgos	210
Más de 300 catequistas en el encuentro diocesano en Ciudad Real	212
Envío de catequistas en la diócesis de Alcalá de Henares	214
Don Francisco Romero Galván aborda «El primer anuncio y la iniciación cristiana» en la Formación Permanente del Clero en la diócesis de Cuenca	216
VIII semana de Religiosidad Popular: «Vivir la fe en una cofradía» en la diócesis de Valladolid	217
«¿Y quién se ocupa de los que no van a la parroquia?», entrevista sobre la propuesta de evangelización en Zamora	218
El II Congreso Diocesano de Catequesis reunió a 300 catequistas en Toledo	220
La Delegación de Acogida y Atención a las Personas con Discapacidad celebra el Día Internacional de las Personas con Discapacidad en la diócesis de Cuenca	223
Este sábado, rito de admisión al catecumenado de adultos en la catedral de Oviedo	224
«Los cofrades debemos sentirnos muy vinculados a la Iglesia y transmitir la fe»	226
Catequesis inclusiva en las parroquias	228
Postales navideñas de la Delegación de Personas con Discapacidad en la diócesis de Coria-Cáceres	230

PRESENTACIÓN

En el presente número 274 de la revista *Actualidad Catequética para la Evangelización* ofrecemos, sobre todo, dos temas centrales. Por un lado, las ponencias impartidas en el pasado Encuentro de Rectores de Santuarios que tuvo lugar en Santander del 18 al 20 de septiembre, al comienzo del curso 2023-2024. Por otro lado, hablamos sobre un tema fundamental: la evangelización y el redescubrimiento de la fe.

Comenzamos con la sección «El papa ha dicho». En esta ocasión continuamos con las catequesis del papa que ofrecíamos en el número 272, recogemos ahora las últimas catequesis dedicadas a la pasión por evangelizar. Vemos en las primeras catequesis algunos testigos que el papa ha querido destacar por su labor en la evangelización y, en las últimas, profundizamos en lo que es el anuncio del Evangelio hoy para todos los cristianos.

Nuestros obispos han hablado en este inicio de curso a los catequizandos. Nos hemos quedado con tres intervenciones que nos han parecido muy interesantes. En primer lugar, la carta que los obispos de las diócesis aragonesas han escrito con motivo del Día de la Educación en la Fe. Comienza con la petición de los discípulos a Jesús: «Jesús, enséñanos a orar» (Lc 11,1) y van a ofrecer una formación permanente para los catequistas basada en la oración del padrenuestro. Don Gerardo, obispo de Ciudad Real, nos ayuda a reflexionar sobre la fe. Y, por último, don Salvador, obispo de Terrassa, habla sobre la evangelización de los niños a través de la catequesis. Recalca la importancia de esta a las parroquias. En sus palabras, evangelizar «es una maravillosa misión».

En el apartado «Estudios» como decíamos al inicio de esta presentación, compartimos las ponencias que tuvieron lugar en Santander en el V Encuentro de Rectores de Santuarios y Delegados de piedad popular, cofradías, hermandades y peregrinaciones bajo el lema «Identidad cristiana y piedad popular», una primera intervención estuvo a cargo de don Ángel Cordovilla Pérez, profesor de Teología dogmática en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, que habló sobre «Identidad cristiana hoy». Otra de las intervenciones fue sobre «Santuarios (Santo Toribio de Liébana) e identidad cristiana» y fue impartida por don José María Lucas, ofm, hermano guardián de la fraternidad franciscana del Santo Toribio. Fueron unos días ricos de compartir entre diócesis sobre la identidad cristiana y los santuarios.

Además de las Jornadas, también ofrecemos tres estudios más. En primer lugar, «El éxodo silencioso» nos cuenta como la cultura actual de esta sociedad se pregunta para qué sirve Dios, qué puede aportar en la tarea que lleva a cabo para construir la identidad de las personas. Mientras, descubrimos que Dios sigue llamando y espera una respuesta para reconocer y acoger la grandeza de su amor. El encuentro con Dios es la única posibilidad para esto.

Pedro López Calvo, CSsR, nos cuenta sobre «A vueltas con los alejados. Claves para evangelizar al hombre y a la mujer de hoy», una reflexión que nace desde su experiencia. Habla sobre los discípulos que se convierten en misioneros, propone un nuevo estilo evangelizador y ofrece seis claves a tener en cuenta para esta tarea.

Por último, propongo una reflexión sobre «El segundo anuncio del Evangelio para redescubrir la fe», donde recuerdo que el Evangelio es para todos los hombres y mujeres. El segundo anuncio hace referencia a aquellas personas que en su día recibieron una catequesis adaptada a su edad y celebraron los sacramentos de la iniciación cristiana, al menos el bautismo, pero se alejaron en algún momento del camino.

En las «Experiencias» que os traemos, Celia Sánchez comparte en una entrevista su experiencia como catequista en el oratorio de niños, colaborando de forma activa en la formación y coordinación de cate-

quistas y otras actividades pastorales. Además, os contamos las impresiones que dejaron las Jornadas de Rectores de Santuarios y Delegados de religiosidad popular.

Ofrecemos una pequeña selección de las muchas informaciones que hay en todas las diócesis en relación con la catequesis y los eventos que se han realizado para catequistas y para la presentación del nuevo catecismo *Buscad al Señor*. Esperamos que sirvan para sacar propuestas y buenas prácticas para implementar en nuestras diócesis.

Deseamos, queridos suscriptores, que podáis disfrutar de este número de la revista, en el que hemos reflexionado sobre la identidad cristiana y la evangelización en este inicio de curso 2023-2024. Que el anuncio del Evangelio sea siempre la misión y la constante llamada que Dios hace en nuestros corazones como catequistas y bautizados.

D. FRANCISCO JULIÁN ROMERO GALVÁN
Director de la revista

EL PAPA HA DICHO

<i>El celo apostólico del creyente</i> 16. Santa Teresa del Niño Jesús, patrona de las misiones <i>Francisco</i>	15
<i>El celo apostólico del creyente</i> 17. Santa María MacKillop <i>Francisco</i>	19
<i>El celo apostólico del creyente</i> 18. El anuncio en la lengua materna: san Juan Diego, mensajero de la Virgen de Guadalupe <i>Francisco</i>	23
<i>El celo apostólico del creyente</i> 19. Rezar y servir con alegría: santa Catalina Tekakwitha, la primera santa nativa norteamericana <i>Francisco</i>	27
<i>El celo apostólico del creyente</i> 20. El beato José Gregorio Hernández Cisneros, médico de los pobres y apóstol de paz <i>Francisco</i>	31
<i>El celo apostólico del creyente</i> 21. San Daniele Comboni, apóstol para África y profeta de la misión <i>Francisco</i>	35
<i>El celo apostólico del creyente</i> 22. Santa Josefina Bakhita: testigo de la fuerza transformadora del perdón de Cristo <i>Francisco</i>	39
<i>El celo apostólico del creyente</i> 23. San Carlos de Foucauld, corazón palpitante de caridad en la vida oculta <i>Francisco</i>	43

El celo apostólico del creyente 24. Los santos Cirilo y Metodio,
apóstoles de los eslavos

Francisco

47

El celo apostólico del creyente 25. Madeleine Delbrêl.
La alegría de la fe entre los no creyentes

Francisco

51

El celo apostólico del creyente 26. El anuncio es alegría

Francisco

55

El celo apostólico del creyente 27. El anuncio es para todos

Francisco

59

El celo apostólico del creyente 28. El anuncio es para hoy

Francisco

61

El celo apostólico del creyente 29. El anuncio es en el Espíritu Santo

Francisco

65

El celo apostólico del creyente 30. ¡Effetá, ábrete, Iglesia!

Francisco

69



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 16. **Santa Teresa del Niño Jesús, patrona de las misiones**

Queridos hermanos y hermanas, bienvenidos, ¡buenos días!

Están aquí delante de nosotros las reliquias de santa Teresa del Niño Jesús, patrona universal de las misiones. Es hermoso que esto suceda mientras estamos reflexionando sobre la pasión por la evangelización, sobre el celo apostólico. Hoy, por tanto, dejémonos ayudar por el testimonio de santa Teresita. Ella nació hace 150 años, y en este aniversario tengo intención de dedicarle una carta apostólica.

Es patrona de las misiones, pero nunca estuvo en misión: ¿cómo se explica esto? Era una monja carmelita y su vida estuvo bajo el signo de la pequeñez y la debilidad: ella misma se definía como «un pequeño grano de arena». De salud frágil, murió con tan solo 24 años. Pero, aunque su cuerpo estaba enfermo, su corazón era vibrante, era misionero. En su «diario» cuenta que ser misionera era su deseo y que quería serlo no solo por algunos años, sino para toda la vida, es más, hasta el fin del mundo. Teresa fue «hermana espiritual» de diversos misioneros: desde el monasterio los acompañaba con sus cartas, con la oración y ofreciendo por ellos continuos sacrificios. Sin aparecer, intercedía por las misiones, como un motor que, escondido, da a un vehículo la fuerza para ir adelante. Sin embargo, a menudo no fue entendida por las hermanas monjas: obtuvo de ellas «más espinas que rosas», pero aceptó todo con amor, con paciencia, ofreciendo, junto a la enfermedad, también las

críticas y las incomprensiones. Y lo hizo con alegría, lo hizo por las necesidades de la Iglesia, para que, como decía, se esparcieran «rosas sobre todos», sobre todo sobre los más alejados.

Pero ahora, me pregunto, podemos preguntarnos nosotros, todo este celo, esta fuerza misionera y esta alegría de interceder ¿de dónde llegan? Nos ayudan a entenderlo dos episodios, que sucedieron antes de que Teresa entrara en el monasterio. El primero se refiere al día que le cambió la vida, la Navidad de 1886, cuando Dios obró un milagro en su corazón. A Teresa le quedaba poco para cumplir catorce años. Siendo la hija más pequeña, en casa era mimada por todos, pero no «malcriada». Al volver de la misa de medianoche, el padre, muy cansado, no tenía ganas de asistir a la apertura de los regalos de la hija y dijo: «¡Menos mal que es el último año!», porque a los 15 años ya no se hacía. Teresa, de carácter muy sensible y propensa a las lágrimas, se sintió mal, subió a su habitación y lloró. Pero rápido se repuso de las lágrimas, bajó y llena de alegría, fue ella la que animó al padre. ¿Qué había pasado? Que, en esa noche, en la que Jesús se había hecho débil por amor, ella se volvió fuerte de ánimo. Un verdadero milagro: en pocos instantes había salido de la prisión de su egoísmo y de su lamento; empezó a sentir que «la caridad le entraba en el corazón, con la necesidad de olvidarse de sí misma» (cf. *Manuscrito A*, 133-134). Desde entonces dirigió su celo a los otros, para que encontraran a Dios y en vez de buscar consolación para sí se propuso «consolar a Jesús, hacerlo amar por las almas», porque —anotó Teresa— «Jesús está enfermo de amor y [...] la enfermedad del amor solo se cura con amor» (*Carta a Marie Guérin*, julio de 1890). Este es el propósito de todas sus jornadas: «Hacer amar a Jesús» (*Carta a Céline*, 15 de octubre de 1889), interceder para que los otros lo amaran. Escribió: «Quisiera salvar las almas y olvidarme por ellos: quisiera salvarlos también después de mi muerte» (*Carta al P. Roullan*, 19 de marzo de 1897). En más de una ocasión dijo: «Pasaré mi cielo haciendo el bien en la tierra». Este es el primer episodio que le cambió la vida a los 14 años.

Y este celo estaba dirigido sobre todo a los pecadores, a los «alejados». Lo revela el segundo episodio. Teresa supo de un criminal condenado a muerte por crímenes horribles, se llamaba Enrico Pranzini —ella nos dice

su nombre—, considerado culpable del brutal homicidio de tres personas, estaba destinado a la guillotina, pero no quiso recibir el consuelo de la fe. Teresa lo tomó muy en serio e hizo todo lo que pudo: reza de todas las formas por su conversión, para que el que, con compasión fraterna, llama «pobre desgraciado Pranzini», tenga un pequeño signo de arrepentimiento y haga espacio a la misericordia de Dios, en la que Teresa confía ciegamente. Tuvo lugar la ejecución. Al día siguiente Teresa leyó en el periódico que Pranzini, poco antes de apoyar la cabeza en el patíbulo, «se volvió, cogió el crucifijo que le presentaba el sacerdote [y besó por tres veces sus llagas sagradas!]. La santa comenta: «Después su alma voló a recibir la sentencia misericordiosa de aquel que dijo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse» (*Manuscrito A*, 135).

Hermanos y hermanas, esta es la fuerza de la intercesión movida por la caridad, este es el motor de la misión. De hecho, los misioneros, de los que Teresa es patrona, no son solo los que hacen mucho camino, aprenden lenguas nuevas, hacen obras de bien y son muy buenos anunciando; no, misionero es también cualquiera que vive, donde se encuentra, como instrumento del amor de Dios; es quien hace de todo para que, a través de su testimonio, su oración, su intercesión, *Jesús pase*. Y este es el celo apostólico que, recordémoslo siempre, no funciona nunca por proselitismo —¡nunca!— o por constricción —¡nunca!—, sino *por atracción*: la fe nace por atracción, uno no se vuelve cristiano porque sea forzado por alguien, no, sino porque es tocado por el amor. La Iglesia, antes que muchos medios, métodos y estructuras, que a veces distraen de lo esencial, necesita corazones como el de Teresa, corazones que atraen al amor y acercan a Dios. Pidamos a la santa —tenemos las reliquias, aquí—, pidamos a la santa la gracia de superar nuestro egoísmo y pidamos la pasión de interceder para que esta atracción sea más grande en la gente y para que Jesús sea conocido y amado.

7 de junio de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 17. **Santa María MacKillop**

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

¡Hoy debemos tener un poco de paciencia, con este calor! ¡Gracias por haber venido con este calor, con este sol, muchas gracias por vuestra visita!

En esta serie de catequesis sobre el celo apostólico, estamos viendo algunas figuras ejemplares de hombres y mujeres de todo tiempo y lugar, que dieron la vida por el Evangelio. Hoy nos vamos lejos, a Oceanía, un continente formado por muchísimas islas, grandes y pequeñas. La fe en Cristo, que tantos emigrantes europeos llevaron a esas tierras, echó raíces pronto y dio frutos abundantes (cf. exhort. ap. postsin. *Ecclesia in Oceania*, 6). Entre ellos está una religiosa extraordinaria, santa Mary MacKillop (1842-1909), fundadora de las Hermanas de San José del Sagrado Corazón, que dedicó su vida a la formación intelectual y religiosa de los pobres en la Australia rural.

Mary MacKillop nació cerca de Melbourne de padres que emigraron a Australia desde Escocia. De niña, se sintió llamada por Dios a servirlo y testimoniarlo no solo con las palabras, sino sobre todo con una vida transformada por la presencia de Dios (cf. *Evangelii gaudium*, 259). Como María Magdalena, que fue la primera en encontrar a Jesús resucitado y fue enviada por él a llevar el anuncio a los discípulos, Mary estaba convencida de ser ella también enviada a difundir la buena noticia y a atraer a otros al encuentro con el Dios viviente.

Leyendo con sabiduría los signos de los tiempos, entendió que para ella la mejor forma de hacerlo era a través de la educación de los jóvenes, siendo consciente de que la educación católica es una forma de evangelización. Es una gran forma de evangelización. Así, si podemos decir que «cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio» (exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 19), Mary MacKillop lo fue sobre todo a través de la fundación de escuelas.

Una característica esencial de su celo por el Evangelio consistía en cuidar de los pobres y los marginados. Y esto es muy importante: en el camino de la santidad, que es el camino cristiano, los pobres y los marginados son protagonistas y una persona no puede ir adelante en la santidad si no se dedica también a ellos, de una forma u otra. Estos, que necesitan de la ayuda del Señor, llevan la presencia del Señor. Una vez leí una frase que me impresionó; decía así: «El protagonista de la historia es el mendigo: los mendigos son aquellos que atraen la atención sobre la injusticia, que es la gran pobreza en el mundo», se gasta el dinero para fabricar armas y no para producir comidas... Y no lo olvidéis: no hay santidad si, de una manera u otra, no hay cuidado de los pobres, los necesitados, de aquellos que están un poco al margen de la sociedad. Este cuidar de los pobres y de los marginados impulsaba a Mary a ir a donde otros no querían o no podían ir. El 19 de marzo de 1866, fiesta de san José, abrió la primera escuela en un pequeño suburbio al sur de Australia. Le siguieron tantas otras que ella y sus hermanas fundaron en las comunidades rurales de Australia y Nueva Zelanda. Se multiplicaron, porque el celo apostólico hace así: multiplica las obras.

Mary MacKillop estaba convencida de que el propósito de la educación es el desarrollo integral de la persona tanto como individuo como como miembro de la comunidad; y que esto requiere sabiduría, paciencia y caridad por parte de todo educador. En efecto, la educación no consiste en llenar la cabeza de ideas: no, no es solo esto. ¿En qué consiste la educación? En acompañar y animar a los estudiantes en el camino de crecimiento humano y espiritual, mostrán-

doles cuánto la amistad con Jesús resucitado dilata el corazón y hace la vida más humana. Educar es ayudar a pensar bien: a *sentir bien* —el lenguaje del corazón— y a *hacer bien* —el lenguaje de las manos—. Esta visión es plenamente actual hoy, cuando sentimos la necesidad de un «pacto educativo» capaz de unir a las familias, las escuelas y toda la sociedad.

El celo de Mary MacKillop por la difusión del Evangelio entre los pobres la condujo también a emprender otras obras de caridad, empezando por la Casa de la Providencia abierta en Adelaida para acoger ancianos y niños abandonados. Mary tenía mucha fe en la providencia de Dios: siempre confiaba que en cualquier situación Dios provee. Pero esto no le ahorraba las preocupaciones y las dificultades que derivan de su apostolado, y María tenía buenas razones: tenía que pagar las cuentas, tratar con los obispos y los sacerdotes locales, gestionar las escuelas y cuidar la formación profesional y espiritual de las hermanas; y, más tarde, los problemas de salud. Sin embargo, en todo esto, permanecía tranquila, llevando con paciencia la cruz que es parte integrante de la misión.

En una ocasión, en la fiesta de la Exaltación de la Cruz, Mary le dijo a una de sus hermanas: «Hija mía, desde hace muchos años he aprendido a amar la cruz». No se rindió en los momentos de prueba y de oscuridad, cuando la oposición y el rechazo trataban de apagar su alegría. Veis: todos los santos han encontrado oposiciones, también dentro de la Iglesia. Es curioso, esto. También ella las vivió. Estaba convencida de que, incluso cuando el Señor le asignaba «pan de asedio y aguas de opresión» (Is 30,20), el mismo Señor respondería pronto a su grito y la rodearía con su gracia. Este es el secreto del celo apostólico: la relación continua con el Señor.

Hermanos y hermanas, que el discipulado misionero de santa Mary MacKillop, su respuesta creativa a las necesidades de la Iglesia de su tiempo, su compromiso por la formación integral de los jóvenes nos inspire hoy a todos nosotros, llamados a ser levadura del Evangelio en nuestras sociedades en rápida transformación. Que su

ejemplo y su intercesión sostengan el trabajo cotidiano de los padres, de los profesores, de los catequistas y de todos los educadores, por el bien de los jóvenes y por un futuro más humano y lleno de esperanza.

28 de junio de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 18.

El anuncio en la lengua materna: san Juan Diego, mensajero de la Virgen de Guadalupe

¡Señoras, señores!

En nuestro camino para redescubrir la pasión por el anuncio del Evangelio, para ver cómo el celo apostólico, esta pasión por anunciar el Evangelio, se ha desarrollado en la historia de la Iglesia, en este camino miramos hoy a las Américas. Aquí la evangelización tiene un manantial siempre vivo: Guadalupe. Es una fuente viva. ¡Los mexicanos están contentos! Por supuesto, el Evangelio ya había llegado allí antes de esas apariciones, pero desafortunadamente también había sido acompañado por intereses mundanos. En lugar de la vía de la inculturación, se había recorrido con demasiada frecuencia el apresuramiento de trasplantar e imponer modelos preestablecidos —europeos, por ejemplo—, faltando al respeto a los pueblos indígenas. La Virgen de Guadalupe, en cambio, aparece vestida con las ropas de los autóctonos, habla su idioma, acoge y ama la cultura del lugar: María es madre y bajo su manto encuentra lugar cada hijo. En ella, Dios se hizo carne y, a través de María, sigue encarnándose en la vida de los pueblos. La Virgen, de hecho, anuncia a Dios en la lengua más adecuada, es decir, la lengua materna. Y también a nosotros la Virgen nos habla en lengua materna, la que nosotros entendemos bien. El Evangelio se transmite en la lengua materna. Y me gustaría dar las gracias a las muchas madres y abuelas que lo transmiten a sus hijos y nietos: la fe pasa con la vida, por eso, las madres y abuelas son las primeras anunciadoras. ¡Un aplauso

para las madres y abuelas! Y el Evangelio se comunica, como muestra María, en la sencillez: siempre la Virgen elige a los sencillos, en la colina del Tepeyac en México como en Lourdes y Fátima: hablándoles, les habla a cada uno, con un lenguaje adecuado para todos, con un lenguaje comprensible, como el de Jesús.

Detengámonos entonces en el testimonio de san Juan Diego, que es el mensajero, es el muchacho, es el indígena que recibió la revelación de María: el mensajero de la Virgen de Guadalupe. Él era una persona humilde, un indio del pueblo: sobre él se posa la mirada de Dios, que ama realizar prodigios a través de los pequeños. Juan Diego había llegado a la fe ya adulto y casado. En diciembre de 1531 tiene unos 55 años. Mientras está de camino, ve en un alto a la madre de Dios, que lo llama tiernamente, y ¿cómo lo llama la Virgen? «Hijo mío el menor, Juanito» (*Nican Mopohua*, 23). Luego lo envía al obispo a pedirle que construya un templo allí mismo, donde se había aparecido. Juan Diego, sencillo y servicial, va con la generosidad de su corazón puro, pero tiene que hacer una larga espera. Finalmente habla con el obispo, pero no se le cree. A veces nosotros, los obispos... Se encuentra de nuevo con la Virgen, que lo consuela y le pide que vuelva a intentarlo. El indio vuelve al obispo y con gran esfuerzo lo encuentra, pero este, después de escucharlo, lo despide y envía hombres a seguirlo. He aquí la fatiga, la prueba del anuncio: a pesar del celo, llegan los imprevistos, a veces de la propia Iglesia. De hecho, para anunciar no basta con dar testimonio del bien, hay que saber soportar el mal. No olvidemos esto: es muy importante para anunciar el Evangelio no basta con dar testimonio del bien, sino que hay que saber soportar el mal. Un cristiano hace el bien, pero soporta el mal. Ambos van juntos, la vida es así. También hoy, en muchos lugares, para inculturar el Evangelio y evangelizar las culturas se necesita constancia y paciencia, no hay que temer a los conflictos, no hay que desanimarse. Estoy pensando en un país donde los cristianos son perseguidos, porque son cristianos y no pueden practicar su religión bien y en paz. Juan Diego, desanimado, porque el obispo lo devolvía, pide a la Virgen que lo dispense y encargue a alguien más estimado y capaz que él, pero es invitado a perseverar. Siempre existe el riesgo de una cierta docilidad en el anuncio: una cosa no funciona

y uno retrocede, desanimándose y refugiándose tal vez en las propias certezas, en pequeños grupos y en algunas devociones íntimas. La Virgen, en cambio, mientras nos consuela, nos hace seguir adelante y así nos hace crecer, como una buena madre que, mientras sigue los pasos de su hijo, lo lanza a los desafíos del mundo.

Juan Diego, tan animado, vuelve al obispo que le pide una señal. La Virgen se lo promete, y lo consuela con estas palabras: «No se turbe tu rostro, tu corazón: [...] ¿acaso no estoy aquí yo, que soy tu madre? (*ibid.*, 118-119). Esto es bello, la Virgen tantas veces cuando estamos en desolación, en la tristeza, en la dificultad, nos lo dice también a nosotros, en el corazón: «¿No estoy aquí yo, que soy tu madre?» Siempre cerca para consolarnos y darnos fuerzas para seguir adelante. Luego le pide que vaya a la árida cima de la colina a recoger flores. Es invierno pero, a pesar de ello, Juan Diego encuentra unas preciosas, las pone en su manto y las ofrece a la madre de Dios, quien lo invita a llevarlas al obispo como prueba. Él va, espera su turno con paciencia y finalmente, en presencia del obispo, abre su tilma —que es lo que usaban los indígenas para cubrirse—; abre su tilma mostrando las flores y he aquí: en el tejido del manto aparece la imagen de la Virgen, aquella extraordinaria y viva que conocemos nosotros, en cuyos ojos todavía están impresos los protagonistas de entonces. He aquí la sorpresa de Dios: cuando hay disponibilidad, cuando hay obediencia, él puede hacer algo inesperado, en los tiempos y en las formas que no podemos prever. Y así se construye el santuario pedido por la Virgen y hoy se puede visitar.

Juan Diego deja todo y, con el permiso del obispo, dedica su vida al santuario. Acoge a los peregrinos y los evangeliza. Es lo que sucede en los santuarios marianos, meta de peregrinaciones y lugares de anuncio, donde cada uno se siente en casa —porque es la casa de la madre, es la casa de la madre— y siente la nostalgia del hogar, es decir, la nostalgia del lugar donde está la madre, el cielo. Allí la fe se acoge de modo sencillo, la fe se acoge de modo genuino, de modo popular, y la Virgen, como le dijo a Juan Diego, escucha nuestros llantos y cuida nuestras penas (cf. *ibid.*, 32). Aprendamos esto: cuando hay dificultades en la

vida, vamos a la madre; y cuando la vida es feliz, vamos a la madre a compartir también esto. Necesitamos ir a estos oasis de consuelo y de misericordia, donde la fe se expresa en lengua materna; donde se depositan las fatigas de la vida en los brazos de la Virgen y se vuelve a vivir con la paz en el corazón, quizás con la paz de los niños.

23 de agosto de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 19.

Rezar y servir con alegría: santa Catalina Tekakwitha, la primera santa nativa norteamericana

Ahora, continuando nuestra catequesis sobre el tema del celo apostólico y la pasión por el anuncio del Evangelio, miramos hoy a santa Kateri Tekakwitha, la primera mujer nativa de América del Norte en ser canonizada. Nacida alrededor del año 1656 en un pueblo en la parte alta del estado de Nueva York, era hija de un jefe Mohawk no bautizado y de una madre cristiana algonchina, que enseñó a Kateri a rezar y a cantar himnos a Dios. Muchos de nosotros también hemos sido presentados al Señor por primera vez en el ámbito familiar, sobre todo por nuestras madres y abuelas. Así comienza la evangelización y, de hecho, no olvidemos esto, que la fe siempre es transmitida en dialecto por las madres, las abuelas. La fe debe transmitirse en dialecto y nosotros la hemos recibido en este dialecto de las madres y abuelas. La evangelización a menudo comienza así: con gestos sencillos, pequeños, como los padres que ayudan a los hijos a aprender a hablar con Dios en la oración y que les cuentan su amor grande y misericordioso. Y las bases de la fe para Kateri, y a menudo también para nosotros, se han puesto de esta manera. Ella la había recibido de su madre en dialecto, el dialecto de la fe.

Cuando Kateri tenía cuatro años, una grave epidemia de viruela afectó a su pueblo. Tanto sus padres como su hermano menor murieron y la propia Kateri quedó con cicatrices en la cara y problemas de visión. A partir de ese momento, Kateri tuvo que afrontar muchas dificultades:

sin duda las físicas por los efectos de la viruela, pero también las incomprendiones, las persecuciones e incluso las amenazas de muerte que sufrió tras su bautismo, el Domingo de Pascua de 1676. Todo esto le dio a Kateri un gran amor por la cruz, signo definitivo del amor de Cristo, que se entregó hasta el final por nosotros. El testimonio del Evangelio, de hecho, no se trata solo de lo que es agradable; también debemos saber llevar con paciencia, con confianza y esperanza nuestras cruces diarias. La paciencia, ante las dificultades, ante las cruces: la paciencia es una gran virtud cristiana. Quien no tiene paciencia no es un buen cristiano. La paciencia de tolerar: tolerar las dificultades y también tolerar a los demás, que a veces son aburridos o te ponen dificultades... La vida de Kateri Tekakwitha nos muestra que cualquier desafío se puede vencer si abrimos el corazón a Jesús, que nos concede la gracia que necesitamos: paciencia y corazón abierto a Jesús, esta es una receta para vivir bien.

Después de ser bautizada, Kateri tuvo que refugiarse entre los mohawk en la misión de los jesuitas cerca de la ciudad de Montreal. Allí asistía a misa todas las mañanas, dedicaba tiempo a la adoración ante el Santísimo Sacramento, rezaba el rosario y vivía una vida de penitencia. Estas prácticas espirituales suyas impresionaban a todos en la misión; reconocieron en Kateri una santidad que atraía porque nacía de su profundo amor a Dios. Es propio de la santidad atraer. Dios nos llama por atracción, nos llama con este deseo de estar cerca de nosotros y ella ha sentido esta gracia de la atracción divina. Al mismo tiempo, enseñaba a los niños de la misión a orar y, a través del cumplimiento constante de sus responsabilidades, incluido el cuidado de los enfermos y los ancianos, ofrecía un ejemplo de servicio humilde y amoroso a Dios y al prójimo. Siempre la fe se expresa en el servicio. La fe no es para maquillarse a sí mismo, al alma: no; es para servir.

Aunque se la alentaba a casarse, Kateri quería dedicar por completo su vida a Cristo. Incapaz de entrar en la vida consagrada, emitió un voto de virginidad perpetua el 25 de marzo de 1679. Esta elección suya revela otro aspecto del celo apostólico que ella tenía: la dedicación total al Señor. Por supuesto, no todos están llamados a hacer el mismo voto que Kateri; sin embargo, cada cristiano está llamado cada

día a comprometerse con un corazón indiviso en la vocación y misión que Dios le ha confiado, sirviéndole a él y al prójimo en espíritu de caridad.

Queridos hermanos y hermanas, la vida de Kateri es un testimonio más del hecho de que el celo apostólico implica tanto una unión con Jesús, alimentada por la oración y los sacramentos, como el deseo de difundir la belleza del mensaje cristiano a través de la fidelidad a la propia vocación particular. Las últimas palabras de Kateri son preciosas. Antes de morir dijo: «Jesús, te amo».

Por lo tanto, también nosotros, sacando fuerzas del Señor, como hizo santa Kateri Tekakwitha, aprendemos a realizar las acciones ordinarias de manera extraordinaria y así a crecer cada día en la fe, en la caridad y en el testimonio celoso de Cristo.

No nos olvidemos: cada uno de nosotros está llamado a la santidad, a la santidad de todos los días, a la santidad de la vida cristiana común. Cada uno de nosotros tiene esta llamada: sigamos por este camino. El Señor no nos faltará.

30 de agosto de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 20.

**El beato José Gregorio Hernández Cisneros,
médico de los pobres y apóstol de paz**

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

En nuestras catequesis, seguimos encontrando testigos apasionados del anuncio del Evangelio. Recordamos que esta es una serie de catequesis sobre el celo apostólico, sobre la voluntad y también el ardor interior para llevar adelante el Evangelio. Hoy vamos a América Latina, precisamente a Venezuela, para conocer la figura de un laico, el beato José Gregorio Hernández Cisneros. Nació en 1864 y aprendió la fe sobre todo de su madre, como contó: «Mi madre, que me amaba, desde la cuna, me enseñó la virtud, me crio en la ciencia de Dios y me puso por guía la santa caridad». Estemos atentos: son las madres las que transmiten la fe. La fe se transmite en dialecto, es decir con el lenguaje de las madres, ese dialecto que las madres saben hablar con los hijos. Y a vosotras madres: estad atentas en el transmitir la fe en ese dialecto materno.

Verdaderamente la caridad fue la estrella polar que orientó la existencia del beato José Gregorio: persona buena y solar, de carácter alegre, estaba dotado de una fuerte inteligencia; se hizo médico, profesor universitario y científico. Pero sobre todo fue un doctor cercano a los más débiles, tanto para ser conocido en la patria como «el médico de los pobres». Cuidaba a los pobres, siempre. A la riqueza del dinero prefirió la del Evangelio, gastando su existencia para socorrer a los

necesitados. En los pobres, en los enfermos, en los migrantes, en los que sufren, José Gregorio veía a Jesús. Y el éxito que nunca buscó en el mundo lo recibió, y sigue recibéndolo, de la gente, que lo llama «santo del pueblo», «apóstol de la caridad», «misionero de la esperanza». Bonitos nombres: «santo del pueblo», «apóstol de la cridad», «misionero de la esperanza».

José Gregorio era un hombre humilde, un hombre gentil y disponible. Y al mismo tiempo estaba movido por un fuego interior, por el deseo de vivir al servicio de Dios y del prójimo. Impulsado por este ardor, en varias ocasiones trató de hacerse religioso y sacerdote, pero varios problemas de salud se lo impidieron. Pero la fragilidad física no lo llevó a cerrarse en sí mismo, sino a convertirse en un médico aún más sensible a las necesidades de los demás; se aferró a la providencia y, fortalecido por el alma, fue más a lo esencial. Este es el celo apostólico: no sigue las propias aspiraciones, sino la disponibilidad a los diseños de Dios. Y así el beato comprendió que, a través del cuidado de los enfermos, pondría en práctica la voluntad de Dios, socorriendo a los que sufren, dando esperanza a los pobres, testimoniando la fe no de palabra sino con el ejemplo. Llegó así —por este camino interior— a acoger la medicina como un sacerdocio: «El sacerdocio del dolor humano» (M. YABER, *José Gregorio Hernández: médico de los pobres, apóstol de la justicia social, misionero de las esperanzas* [2004], 107). Qué importante es no padecer pasivamente las cosas, sino, como dice la Escritura, hacer cada cosa con buen ánimo, para servir al Señor (cf. Col 3,23).

Pero preguntémonos: ¿de dónde le venía a José Gregorio todo este entusiasmo, todo este celo? Venía de una certeza y de una fuerza. La certeza era la gracia de Dios. Él escribió que «si en el mundo hay buenos y malos, los malos lo son porque ellos mismos se han hecho malos: pero los buenos no lo son sino con la ayuda de Dios» (27 de mayo de 1914). Y él era el primero en sentir la necesidad de gracia, que mendigaba en las calles y tenía necesidad extrema del amor. Y esta es la fuerza a la que recurría: la intimidad con Dios. Era un hombre de oración —está la gracia de Dios y la intimidad con el Señor—, era un hombre de oración que participaba en la misa.

Y en contacto con Jesús, que se ofrece en el altar por todos, José Gregorio se sentía llamado a ofrecer su vida por la paz. El primer conflicto mundial estaba ocurriendo. Llegamos así al 29 de junio de 1919: un amigo lo visita y lo encuentra muy feliz. José Gregorio se había enterado de que se había firmado el tratado que pone fin a la guerra. Su ofrenda de paz ha sido acogida, y es como si él presagia que su tarea en la tierra se ha terminado. Esa mañana, como era habitual, había ido a misa y entonces baja por la calle para llevar una medicina a un enfermo. Pero mientras atraviesa la calle, es atropellado por un vehículo; llevado al hospital, muere pronunciando el nombre de la Virgen. Su camino terreno concluye así, en una calle mientras realiza una obra de misericordia, y en un hospital, donde había hecho de su trabajo una obra maestra como médico.

Hermanos, hermanas, ante este testigo preguntémonos: yo, delante de Dios presente en los pobres cerca de mí, frente a quien en el mundo sufre más, ¿cómo reacciono? ¿Y el ejemplo de José Gregorio cómo me toca? Él nos estimula en el compromiso delante de las grandes cuestiones sociales, económicas y políticas de hoy. Muchos hablan, muchos hablan mal, muchos critican y dicen que todo va mal. Pero el cristiano no está llamado a esto, sino a ocuparse, a ensuciarse las manos: sobre todo, como nos ha dicho san Pablo, a rezar (cf. 1 Tim 2,1-4), y después a comprometerse no en chismorreos —el chismorreó es una peste— sino a promover el bien y a construir la paz y la justicia en la verdad. También esto es celo apostólico, es anuncio del Evangelio, y esto es bienaventuranza cristiana: «Bienaventurados los que trabajan por la paz» (Mt 5,9). Vamos adelante en el camino del beato Gregorio: un laico, un médico, un hombre de trabajo cotidiano a quien el celo apostólico ha impulsado a vivir haciendo la caridad durante toda la vida.

13 de septiembre de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 21.

**San Daniele Comboni, apóstol para África
y profeta de la misión**

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el camino de catequesis sobre la pasión evangelizadora, es decir el celo apostólico, hoy nos detenemos en el testimonio de san Daniel Comboni. Él fue un apóstol lleno de celo por África. De esos pueblos escribió: «Se han adueñado de mi corazón que vive solamente para ellos» (*Escritos*, 941); «Moriré con África en mis labios» (*Escritos*, 1441). ¡Es hermoso! Y a ellos se dirigió así: «El más feliz de mis días será en el que pueda dar la vida por vosotros» (*Escritos*, 3159). Esta es la expresión de una persona enamorada de Dios y de los hermanos que servía en misión, a propósito de los cuales no se cansaba de recordar que «Jesucristo padeció y murió también por ellos» (*Escritos*, 2499; 4801).

Lo afirmaba en un contexto caracterizado por el horror de la esclavitud, de la que era testigo. La esclavitud «cosifica» al hombre, cuyo valor se reduce al ser útil a alguien o algo. Pero Jesús, Dios hecho hombre, ha elevado la dignidad de cada ser humano y ha desenmascarado la falsedad de toda esclavitud. Comboni, a la luz de Cristo, tomó conciencia del mal de la esclavitud; entendió, además, que la esclavitud social tiene sus raíces en una esclavitud más profunda, la del corazón, la del pecado, de la cual el Señor nos libera. Como cristianos, por tanto, estamos llamados a combatir contra toda forma de esclavitud. Pero lamentablemente, la esclavitud, así como el colonialismo, no es un recuerdo

del pasado. En el África tan amada por Comboni, hoy desgarrada por tantos conflictos, «tras el colonialismo político, se ha desatado un “colonialismo económico”, igualmente esclavizador. [...]. Es un drama ante el cual el mundo económicamente más avanzado suele cerrar los ojos, los oídos y la boca». Renuevo por tanto mi llamamiento: «No toquen el África. Dejen de asfixiarla, porque África no es una mina que explotar ni una tierra que saquear» (Encuentro con las Autoridades, Kinsasa, 31 de enero de 2023).

Y volvemos a la historia de san Daniel. Pasado un primer periodo en África, tuvo que dejar la misión por motivos de salud. Demasiados misioneros habían muerto después de haber contraído enfermedades, a causa del poco conocimiento de la realidad local. Sin embargo, si otros abandonaban África, no lo hizo Comboni. Después de un tiempo de discernimiento, sintió que el Señor le inspiraba un nuevo camino de evangelización, que él sintetizó en estas palabras: «Salvar África con África» (*Escritos*, 2741s). Es una intuición poderosa, nada de colonialismo en esto: es una intuición poderosa que contribuyó a renovar el compromiso misionero, las personas evangelizadas no eran solo «objetos» sino «sujetos de la misión». Y san Daniel Comboni deseaba hacer a todos los cristianos protagonistas de la acción evangelizadora. Y con este ánimo pensó y actuó de forma integral, involucrando al clero local y promoviendo el servicio laical de los catequistas. Los catequistas son un tesoro de la Iglesia: los catequistas son aquellos que van adelante en la evangelización. Concibió así también el desarrollo humano, cuidando las artes y las profesiones, favoreciendo el rol de la familia y de la mujer en la transformación de la cultura y de la sociedad. ¡Y qué importante, también hoy, hacer progresar la fe y el desarrollo humano desde dentro de los contextos de misión, en vez de trasplantar modelos externos o limitarse a un estéril asistencialismo! Ni modelos externos ni asistencialismo. Tomar de la cultura de los pueblos el camino para hacer la evangelización. Evangelizar la cultura e inculturar el Evangelio: van juntos.

La gran pasión misionera de Comboni, sin embargo, no fue principalmente fruto de un empeño humano: él no estuvo impulsado por

su valentía o motivado solo por valores importantes, como la libertad, la justicia o la paz; su celo nació de la alegría del Evangelio, ¡acudía al amor de Cristo y llevaba al amor por Cristo! San Daniel escribió: «Una misión tan ardua y laboriosa como la nuestra no puede vivir de pátina, de sujetos con el cuello torcido y llenos de egoísmo y de ellos mismos, que no cuidan adecuadamente la salud y la conversión de las almas». Este es el drama del clericalismo, que lleva a los cristianos, también los laicos, a clericalizarse y a transformarlos —como dice aquí— en sujetos de cuello torcido llenos de egoísmo. Esta es la peste del clericalismo. Y añadió: «Es necesario encenderlos de caridad, que tenga su fuente de Dios, y del amor de Cristo; y cuando se ama realmente a Cristo, entonces son dulces las privaciones, los sufrimientos y el martirio» (*Escritos*, 6656). Su deseo era el de ver misioneros ardientes, alegres, comprometidos: misioneros —escribió— «santos y capaces. [...] Primero: santos, es decir ajenos al pecado y humildes. Pero no basta: es necesaria caridad que hace capaces los sujetos» (*Escritos*, 6655). La fuente de la capacidad misionera, para Comboni, es por tanto la caridad, en particular el celo en el hacer propios los sufrimientos de los otros.

Su pasión evangelizadora, además, no lo llevó nunca a actuar como solista, sino siempre en comunión, en la Iglesia. «Yo no tengo otra cosa que la vida para consagrar a la salud de esas almas —escribió—; quisiera tener mil para consumarlas con tal fin» (*Escritos*, 2271).

Hermanos y hermanas, san Daniel testimonia el amor del buen pastor, que va a buscar a quien está perdido y da la vida por el rebaño. Su celo fue enérgico y profético en el oponerse a la indiferencia y a la exclusión. En las cartas se refería apremiante a su amada Iglesia, que por demasiado tiempo había olvidado a África. El sueño de Comboni es una Iglesia que hace causa común con los crucificados de la historia, para experimentar con ellos la resurrección. Yo, en este momento, os sugiero algo. Pensad en los crucificados de la historia de hoy: hombres, mujeres, niños, ancianos que son crucificados por historias de injusticia y de dominación. Pensemos en ellos y recemos. Su testimonio parece repetir a todos nosotros, hombres y mujeres de Iglesia: «No os olvidéis de los pobres, amadlos, porque en ellos está presente Jesús

crucificado, esperando resucitar». No os olvidéis de los pobres: antes de venir aquí, he tenido una reunión con legisladores brasileños que trabajan por los pobres, que tratan de promover a los pobres con la asistencia y la justicia social. Y ellos no se olvidan de los pobres: trabajan por los pobres. A vosotros os digo: no os olvidéis de los pobres, porque serán ellos los que os abran la puerta del cielo.

20 de septiembre de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 22.

Santa Josefina Bakhita: testigo de la fuerza transformadora del perdón de Cristo

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

En el camino de catequesis sobre el celo apostólico —estamos reflexionando sobre el celo apostólico—, hoy nos dejamos inspirar por el testimonio de santa Josefina Bakhita, una santa sudanesa. Lamentablemente desde hace meses Sudán está desgarrado por un terrible conflicto armado del que hoy se habla poco; rezamos por el pueblo sudanés, ¡para que pueda vivir en paz! Pero la fama de santa Bakhita ha superado todas las fronteras y ha alcanzado a todos aquellos a los que se les rechaza identidad y dignidad.

Nacida en Darfur —¡el martirizado Darfur!— en 1869, fue secuestrada de su familia cuando tenía siete años y esclavizada. Sus secuestradores la llamaron *bakhita*, que significa «afortunada». Pasó a través de ocho dueños —uno vendía al otro... Los sufrimientos físicos y morales de los que fue víctima de pequeña la dejaron sin identidad. Sufrió malicias y violencias: en el cuerpo llevaba más de cien cicatrices. Pero ella misma testimonió: «Como esclava no me desesperé nunca, porque sentía una fuerza misteriosa que me sostenía».

Ante esto yo me pregunto: ¿cuál es el secreto de santa Bakhita? Sabemos que a menudo la persona herida a su vez hiere; el oprimido se convierte fácilmente en opresor. Sin embargo, la vocación de los oprimidos es la de liberarse a sí mismos y de los opresores convirtiéndose

en restauradores de humanidad. Solo en la debilidad de los opresores se puede revelar la fuerza del amor de Dios que libera a ambos. Santa Bakhita expresa muy bien esta verdad. Un día su tutor le regala un pequeño crucifijo, y ella, que nunca había poseído nada, lo conserva como un tesoro celoso. Mirándolo experimenta una liberación interior porque se siente comprendida y amada y por tanto capaz de comprender y amar: esto es el inicio. Se siente comprendida, se siente amada, como consecuencia capaz de comprender y amar a los otros. De hecho, ella dirá: «El amor de Dios siempre me ha acompañado de forma misteriosa [...]. El Señor me ha querido mucho: es necesario querer a todos [...]. ¡Es necesario compadecer!». Esta es el alma de Bakhita. Ciertamente, *com-padecer* significa padecer con las víctimas de tanta inhumanidad presente en el mundo, y también compadecer a quien comete errores e injusticias, no justificando, sino humanizando. Esta es la caricia que ella nos enseña: humanizar. Cuando entramos en la lógica de la lucha, de la división entre nosotros, de los malos sentimientos, uno contra otro, perdemos la humanidad. Y muchas veces pensamos que necesitamos humanidad, de ser más humanos. Y este es el trabajo que nos enseña santa Bakhita: humanizar, humanizarnos a nosotros mismos y humanizar a los otros.

Santa Bakhita se hace cristiana, es transformada por las palabras de Cristo que meditaba cotidianamente: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Por esto decía: «Si Judas hubiera pedido perdón a Jesús también él habría encontrado misericordia». Podemos decir que la vida de santa Bakhita se ha convertido en una parábola existencial del perdón. Qué bonito decir de una persona: «Ha sido capaz, ha sido capaz de perdonar siempre». Y ella fue capaz de hacerlo siempre, es más: su vida es una parábola existencial del perdón. Perdonar porque después nosotros seremos perdonados. No olvidar esto: el perdón, que es la caricia de Dios a todos nosotros.

El perdón la hizo libre. El perdón primero recibido a través del amor misericordioso de Dios, y después el perdón dado la ha hecho una mujer libre, alegre, capaz de amar.

Bakhita pudo vivir el servicio no como una esclavitud, sino como expresión del don libre de sí. Y esto es muy importante: hecha sierva

involuntariamente —fue vendida como esclava— después ha elegido libremente hacerse sierva, llevar las cargas de los demás sobre sus hombros.

Santa Josefina Bakhita, con su ejemplo, nos indica el camino para ser finalmente libres de nuestras esclavitudes y miedos. Nos ayuda a desenmascarar nuestras hipocresías y nuestros egoísmos, a superar resentimientos y conflictos. Y nos anima siempre.

Queridos hermanos y hermanas, el perdón no quita nada, pero añade —¿qué añade el perdón?— dignidad: el perdón no te quita nada, sino que añade dignidad a la persona, hace apartar la mirada de uno mismo hacia los otros, para verlos igual de frágiles que nosotros, pero siempre hermanos y hermanas en el Señor. Hermanos y hermanas, el perdón es fuente de un celo que se hace misericordia y llama a una santidad humilde y alegre, como la de santa Bakhita.

11 de octubre de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 23.

San Carlos de Foucauld, corazón palpitante de caridad en la vida oculta

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Proseguimos nuestro encuentro con algunos cristianos testigos, ricos de celo en el anuncio del Evangelio. El celo apostólico, el celo por el anuncio: nosotros estamos repasando algunos cristianos que han sido ejemplo de este celo apostólico. Hoy quisiera hablaros de un hombre que ha hecho de Jesús y de los hermanos más pobres la pasión de su vida. Me refiero a san Carlos de Foucauld el cual, «desde su intensa experiencia de Dios, hizo un camino de transformación hasta sentirse hermano de todos» (cart. enc. *Fratelli tutti*, 286).

¿Y cuál ha sido el «secreto» de Carlos de Foucauld, de su vida? Él, después de haber vivido una juventud alejada de Dios, sin creer en nada sino en la búsqueda desordenada del placer, lo confía a un amigo no creyente, al que, después de haberse convertido acogiendo la gracia del perdón de Dios en la confesión, revela la razón de su vivir. Escribe: «He perdido mi corazón por Jesús de Nazaret»¹. El hermano Carlos nos recuerda así que el primer paso para evangelizar es tener a Jesús dentro del corazón, es «perder la cabeza» por él. Si esto no sucede, difícilmente logramos mostrarlo con la vida. Más bien corremos el riesgo de hablar de nosotros mismos, de nuestro grupo de pertenencia, de una

¹ *Lettres à un ami de lycée. Correspondance avec Gabriel Tourdes (1874-1915)* (Paris 2010) 161.

moral o, peor todavía, de un conjunto de reglas, pero no de Jesús, de su amor, de su misericordia. Esto yo lo veo en algún movimiento nuevo que está surgiendo: hablan de su visión de la humanidad, hablan de su espiritualidad y ellos se sienten un camino nuevo... ¿Pero por qué no habláis de Jesús? Hablan de muchas cosas, de organización, de caminos espirituales, pero no saben hablar de Jesús. Creo que hoy sería bonito que cada uno de nosotros se pregunte: yo ¿tengo a Jesús en el centro del corazón? ¿He perdido un poco la cabeza por Jesús?

Carlos sí, hasta el punto de que pasa de la atracción por Jesús a la imitación de Jesús. Aconsejado por su confesor, va a Tierra Santa para visitar los lugares en los que el Señor ha vivido y para caminar donde el Maestro ha caminado. En particular es en Nazaret donde comprende que tiene que formarse en la escuela de Cristo. Vive una relación intensa con el Señor, pasa largas horas leyendo los evangelios y se siente su hermano pequeño. Y conociendo a Jesús, nace en él el deseo de darlo a conocer. Siempre sucede así: cuando cada uno de nosotros conoce más a Jesús, nace el deseo de darlo a conocer, de compartir este tesoro. Al comentar el pasaje de la visita de la Virgen a santa Isabel, le hace decir: «Me he donado al mundo [...], llevadme al mundo». Sí, pero ¿cómo? Como María en el misterio de la visitación: «En silencio, con el ejemplo, con la vida»². Con la vida, porque «toda nuestra existencia —escribe el hermano Carlos— debe gritar el Evangelio»³. Y muchas veces nuestra existencia grita mundanidad, grita muchas cosas estúpidas, cosas extrañas y él dice: «No, toda nuestra existencia debe gritar el Evangelio».

Entonces decide establecerse en regiones lejanas para gritar el Evangelio en el silencio, viviendo en el espíritu de Nazaret, en pobreza y en lo escondido. Va al desierto del Sahara, entre los no cristianos, y allí llega como amigo y hermano, llevando la mansedumbre de Jesús-eucaristía. Carlos deja que sea Jesús quien actúe silenciosamente, convencido de que la «vida eucarística» evangeliza. De hecho, cree que es

² *Crier l'Evangile* (Montrouge 2004) 49.

³ M/314 en C. DE FOUCAULD, *La bonté de Dieu. Méditations sur les Saints Evangiles* (1) (Montrouge 2002) 285.

Cristo el primer evangelizador. Así está en oración a los pies de Jesús, delante del tabernáculo, durante unas diez horas al día, seguro de que la fuerza evangelizadora está ahí y sintiendo que es Jesús quien lo lleva cerca de tantos hermanos alejados. Y nosotros, me pregunto, ¿creemos en la fuerza de la eucaristía? Nuestro ir hacia los otros, nuestro servicio, ¿encuentra ahí, en la adoración, su inicio y su cumplimiento?

Estoy convencido de que nosotros hemos perdido el sentido de la adoración; debemos retomarlo, empezando por nosotros los consagrados, los obispos, los sacerdotes, las monjas y todos los consagrados. «Perder» tiempo delante del tabernáculo, retomar el sentido de la adoración.

Carlos de Foucauld escribe: «Todo cristiano es apóstol»⁴; y recuerda a un amigo que «cerca de los sacerdotes hacen falta laicos que vean lo que el sacerdote no ve, que evangelizan con una cercanía de caridad, con una bondad para todos, con un afecto siempre preparado para donarse»⁵. Los laicos santos, no los que trepan. Y esos laicos, ese laico, esa laica que están enamorados de Jesús hacen entender al sacerdote que él no es un funcionario, que él es un mediador, un sacerdote. Nosotros sacerdotes necesitamos mucho tener a nuestro lado a estos laicos que creen de verdad y con su testimonio nos enseñan el camino. Carlos de Foucauld con esta experiencia anticipa los tiempos del Concilio Vaticano II, intuye la importancia de los laicos y comprende que el anuncio del Evangelio pertenece a todo el pueblo de Dios. Pero ¿cómo podemos aumentar esta participación? Como hizo Carlos de Foucauld: poniéndonos de rodillas y acogiendo la acción del Espíritu, que siempre suscita formas nuevas para involucrar, encontrar, escuchar y dialogar, siempre en la colaboración y en la confianza, siempre en comunión con la Iglesia y con los pastores.

San Carlos de Foucauld, figura que es profecía para nuestro tiempo, ha testimoniado la belleza de comunicar el Evangelio a través del apostolado de la mansedumbre: él, que se sentía «hermano universal»

⁴ Carta a Joseph Hours, en *Correspondances lyonnaises (1904-1916)* (Paris 2005) 92.

⁵ *Ibid.*, 90.

y acogía a todos, nos muestra la fuerza evangelizadora de la mansedumbre, de la ternura. No olvidemos que el estilo de Dios está en tres palabras: cercanía, compasión y ternura. Dios está siempre cerca, siempre es compasivo, siempre es tierno. Y el testimonio cristiano debe ir por este camino: de cercanía, de compasión, de ternura. Y él era así, manso y tierno. Deseaba que quien lo encontrara viera, a través de su bondad, la bondad de Jesús. Decía que era, de hecho, «servidor de uno que es mucho más bueno que yo»⁶. Vivir la bondad de Jesús lo llevaba a estrechar vínculos fraternos y de amistad con los pobres, con los tuareg, con los más alejados de su mentalidad. Poco a poco estos vínculos generaban fraternidad, inclusión, valorización de la cultura del otro. La bondad es sencilla y pide ser personas sencillas, que no tengan miedo de donar una sonrisa. Y con la sonrisa, con su sencillez, hermano Carlos testimoniaba el Evangelio. Nunca proselitismo, nunca: testimonio. La evangelización no se hace por proselitismo, sino por testimonio, por atracción.

Preguntémonos entonces finalmente si llevamos en nosotros y a los otros la alegría cristiana, la mansedumbre cristiana, la ternura cristiana, la compasión cristiana, la cercanía cristiana. Gracias.

18 de octubre de 2023

Franciscus

⁶ *Carnets de Tamanrasset (1905-1916)* (Paris 1986) 188.



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 24. **Los santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos**

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy os hablaré de dos hermanos muy famosos en Oriente, hasta el punto de que se los llama «los apóstoles de los eslavos»: los santos Cirilo y Metodio. Nacidos en Grecia en el siglo IX en una familia aristocrática, renuncian a la carrera política para dedicarse a la vida monástica. Pero su sueño de una existencia retirada dura poco. Son enviados como misioneros en la Gran Moravia, que en la época comprendía varios pueblos, ya en parte evangelizados, pero en los cuales sobrevivían muchas costumbres y tradiciones paganas. Su príncipe pedía un maestro que explicara la fe cristiana en su lengua.

La primera tarea de Cirilo y Metodio es por tanto estudiar a fondo la cultura de esos pueblos. Siempre este estribillo: la fe debe ser inculturada y la cultura debe ser evangelizada. Inculturación de la fe, evangelización de la cultura, siempre. Cirilo pregunta si tenían un alfabeto; le responden que no. Y él replica: «¿Quién puede escribir un discurso sobre el agua?». De hecho, para anunciar el Evangelio y para rezar hacía falta un instrumento propio, adecuado, específico. Inventa así el alfabeto glagolítico. Traduce la Biblia y los textos litúrgicos. La gente siente que esa fe cristiana ya no es «extranjera», sino que se convierte en su fe, hablada en la lengua materna. Pensad: dos monjes griegos que dan un alfabeto a los eslavos. Esta es la apertura del corazón que arraigó el Evangelio entre ellos. No tenían miedo estos dos, eran valientes.

Pero pronto comenzaron los conflictos por parte de algunos latinos, que ven arrebatado el monopolio de la predicación entre los eslavos, esa lucha dentro de la Iglesia, siempre así. Su objeción es religiosa, pero solo en apariencia: Dios puede ser alabado —dicen— solo en las tres lenguas escritas en la cruz, el hebreo, el griego y el latín. Estos tenían la mentalidad cerrada para defender la propia autonomía. Pero Cirilo responde con fuerza: Dios quiere que todo pueblo lo alabe en la propia lengua. Junto al hermano Metodio apela al papa y este aprueba sus textos litúrgicos en lengua eslava, los hace colocar en el altar de la iglesia de Santa María Mayor y canta con ellos las alabanzas del Señor según esos libros. Cirilo muere pocos días después, sus reliquias son todavía veneradas aquí en Roma, en la basílica de San Clemente. Metodio, sin embargo, es ordenado obispo y enviado de nuevo a los territorios de los eslavos. Aquí tendrá que sufrir mucho, incluso será encarcelado, pero, hermanos y hermanas, nosotros sabemos que la Palabra de Dios no es encadenada y se difunde entre esos pueblos.

Mirando el testimonio de estos dos evangelizadores, que san Juan Pablo II quiso copatrones de Europa y sobre los cuales escribió la encíclica *Slavorum apostoli*, vemos tres aspectos importantes.

En primer lugar, la unidad: los griegos, el papa, los eslavos. En esa época había en Europa una cristiandad no dividida, que colaboraba para evangelizar.

Un segundo aspecto importante es la inculturación, de la cual he dicho algo antes: evangelizar la cultura, y la inculturación hace ver que la evangelización y cultura están estrechamente conectadas. No se puede predicar un evangelio en abstracto, destilado, no: el Evangelio debe ser inculturado y es también expresión de la cultura.

Un último aspecto, la libertad. En la predicación hace falta libertad, pero la libertad siempre necesita de la valentía, una persona es libre cuanto más valiente es y no se deja encadenar por tantas cosas que le quitan la libertad.

Hermanos y hermanas, pidamos a los santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos, ser instrumentos de «libertad en la caridad» para los otros. Ser creativos, ser constantes y ser humildes, con la oración y con el servicio.

23 de octubre de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 25. **Madeleine Delbrêl. La alegría de la fe entre los no creyentes**

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Entre los muchos testigos de la pasión por el anuncio del Evangelio, esos evangelizadores apasionados, hoy presento la figura de una mujer francesa del siglo xx, la venerable sierva de Dios Madeleine Delbrêl. Nacida en 1904 y fallecida en 1964, fue asistente social, escritora y mística, y vivió durante más de treinta años en la periferia pobre y obrera de París. Deslumbrada por el encuentro con el Señor, escribió: «Una vez que hemos conocido la Palabra de Dios, no tenemos derecho de no recibirla; una vez recibida no tenemos derecho de no dejar que se encarne en nosotros, una vez encarnada en nosotros no tenemos derecho de tenerla para nosotros: desde ese momento pertenecemos a aquellos que la esperan» (*La santidad de la gente común* [Milán 2020] 71). Hermoso: hermoso esto que escribió...

Después de una adolescencia vivida en el agnosticismo —no creía en nada —, alrededor de los 20 años Madeleine encuentra al Señor, tocada por el testimonio de algunos amigos creyentes. Se pone entonces en la búsqueda de Dios, dando voz a una sed profunda que sentía dentro de sí, y llega a comprender que ese «vacío que gritaba en ella su angustia» era Dios que la buscaba (*Deslumbrada por Dios. Correspondencia 1910-1941* [Milán 2007] 96). La alegría de la fe la lleva a madurar una elección de vida enteramente donada a Dios, en el corazón de

la Iglesia y en el corazón del mundo, simplemente compartiendo en fraternidad la vida de la «gente de la calle». Poéticamente se dirigía a Jesús así:

Para estar contigo en tu camino, es necesario ir, también cuando nuestra pereza nos suplica que nos quedemos. Tú nos has elegido para estar en un extraño equilibrio, un equilibrio que puede establecerse y mantenerse solo en movimiento, solo en un impulso. Un poco como una bicicleta, que no se sujeta sin dar vueltas [...]. Podemos estar rectos solo avanzando, moviéndonos, en un impulso de caridad.

Es lo que ella llama la «espiritualidad de la bicicleta» (*Sentido del humor en el amor. Meditaciones y poesías* [Milán 2011] 56). Solamente en camino, corriendo, vivimos en el equilibrio de la fe, que es un desequilibrio, pero es así: como la bicicleta. Si tú te paras, no se sujeta.

Madeleine tenía el corazón continuamente en salida y se deja interpelar por el grito de los pobres. Sentía que el Dios viviente del Evangelio debía quemarnos dentro hasta que no hayamos llevado su nombre a los que todavía no lo han encontrado. En este espíritu, dirigida hacia los temblores del mundo y el grito de los pobres, Madeleine se siente llamada a «vivir el amor de Jesús entera y literalmente, desde el aceite del buen samaritano hasta el vinagre del calvario, donándole así amor por amor [...] para que, amándolo sin reservas y dejándose amar hasta el final, los dos grandes mandamientos de la caridad se encarnen en nosotros y se conviertan en uno solo» (*La vocation de la charité*, 1, *Œuvres complètes XIII* [Bruyères-le-Châtel] 138-139).

Finalmente, Madeleine nos enseña otra cosa: que evangelizando se es evangelizado, evangelizando nosotros somos evangelizados. Por eso decía, haciéndose eco de san Pablo: «Ay de mí, si evangelizar no me evangeliza». Evangelizando se evangeliza a uno mismo. Y esta es una hermosa doctrina.

Mirando a esta testigo del Evangelio, también nosotros aprendemos que, en toda situación y circunstancia personal o social de nuestra vida, el Señor está presente y nos llama a habitar nuestro tiempo, a compartir la vida de los otros, mezclarnos en las alegrías y los dolores

del mundo. En particular, nos enseña que también los ambientes secularizados son de ayuda para la conversión, porque los contactos con los no creyentes provocan al creyente a una continua revisión de su forma de creer y a redescubrir la fe en su esencialidad (cf. *Nosotros de las calles* [Milán 1988] 268 s).

Que Madeleine Delbrêl nos enseñe a vivir esta fe «en movimiento», digamos así, esta fe fecunda que todo acto de fe hace un acto de caridad en el anuncio del Evangelio. Gracias.

8 de noviembre de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 26.

El anuncio es alegría

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Después de haber encontrado diferentes testigos del anuncio del Evangelio, quiero sintetizar este ciclo sobre el celo apostólico en cuatro puntos, inspirados en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, que este mes cumple diez años. El primer punto, que vemos hoy, el primero de los cuatro, se refiere a la actitud de la que depende la sustancia del gesto evangelizador: la alegría. El mensaje cristiano, como hemos escuchado de las palabras que el ángel dirige a los pastores, es el anuncio de «una gran alegría» (Lc 2,10). ¿La razón? ¿Una buena noticia, una sorpresa, un bonito suceso? Mucho más, una persona: ¡Jesús! Jesús es la alegría. Es él el Dios hecho hombre que ha venido a nosotros. La cuestión, queridos hermanos y hermanas, no es por tanto si anunciarlo, sino cómo anunciarlo, y este «cómo» es la alegría. O anunciamos a Jesús con alegría, o no lo anunciamos, porque otro camino para anunciarlo no es capaz de llevar la verdadera realidad de Jesús.

Es por eso por lo que un cristiano infeliz, un cristiano triste, un cristiano insatisfecho o, peor todavía, resentido y rencoroso no es creíble. ¡Este hablará de Jesús, pero nadie le creerá! Una vez me decía una persona, hablando de estos cristianos: «¡Pero son cristianos con cara de bacalao!», es decir, no expresan nada, son así, y la alegría es esencial. Es esencial vigilar sobre nuestros sentimientos. La evangelización obra la gratuidad, porque viene de la plenitud, no de la presión. Y cuando se hace una evangelización —se quiere hacer, pero eso no va— en función de ideologías, esto

no es evangelizar, esto no es el Evangelio. El Evangelio no es una ideología: el Evangelio es un anuncio, un anuncio de alegría. Las ideologías son frías, todas. El Evangelio tiene el calor de la alegría. Las ideologías no saben sonreír, el Evangelio es una sonrisa, te hace sonreír porque te toca el alma con la buena noticia.

El nacimiento de Jesús, en la historia como en la vida, es el principio de la alegría: pensad en lo que les sucedió a los discípulos de Emaús que de la alegría no podían creer, y los otros, después, los discípulos todos juntos, cuando Jesús va al cenáculo, no podían creer de la alegría (cf. Lc 24,13-35). La alegría de tener a Jesús resucitado. El encuentro con Jesús siempre te lleva a la alegría y si esto no te sucede a ti, no es un verdadero encuentro con Jesús.

Y esto que hace Jesús con los discípulos nos dice que los primeros que deben ser evangelizados son los discípulos, los primeros que deben ser evangelizados somos nosotros, cristianos: somos nosotros. Y esto es muy importante.

Inmersos en el clima veloz y confuso de hoy, también nosotros, de hecho, podríamos encontrarnos viviendo la fe con un sutil sentido de renuncia, persuadidos de que para el Evangelio no haya más escucha y que ya no valga la pena comprometerse para anunciarlo. Podríamos incluso ser tentados por la idea de dejar que «los otros» vayan por su camino. Sin embargo, precisamente este es el momento de volver al Evangelio para descubrir que Cristo «es siempre joven y fuente constante de novedad» (*Evangelii gaudium*, 11).

Así, como los dos de Emaús, se vuelve a la vida cotidiana con el impulso de quien ha encontrado un tesoro: estaban felices, estos dos, porque habían encontrado a Jesús, y ha cambiado su vida. Y se descubre que la humanidad abunda de hermanos y hermanas que esperan una palabra de esperanza. El Evangelio es esperado también hoy: el hombre de hoy es como el hombre de todo tiempo: lo necesita, también la civilización de la incredulidad programada y de la secularidad institucionalizada; es más, sobre todo la sociedad que deja desiertos los espacios del sentido religioso necesita de Jesús. Este es el momento fa-

vorable al anuncio de Jesús. Por eso quisiera decir nuevamente a todos: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (*ibid.*, 1). No olvidemos esto. Y si alguno de nosotros no percibe esta alegría, que se pregunte si ha encontrado a Jesús. Una alegría interior. El Evangelio va en el camino de la alegría, siempre, es el gran anuncio. Invito a todo cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar hoy mismo su encuentro con Jesucristo. Cada uno de nosotros que hoy se tome un poco de tiempo y piense: «Jesús, tú estás dentro de mí: yo quiero encontrarte todos los días. Tú eres una Persona, no eres una idea; tú eres un compañero de camino, no eres un programa. Tú eres amor que resuelve muchos problemas. Tú eres el inicio de la evangelización. Tú, Jesús, eres la fuente de la alegría». Amén.

15 de noviembre de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 27.

El anuncio es para todos

¡Queridos hermanos y hermanas!

Después de haber visto, la vez pasada, que el anuncio cristiano es alegría, detengámonos hoy en un segundo aspecto: es *para todos*, el anuncio cristiano es alegría para todos. Cuando encontramos verdaderamente al Señor Jesús, el estupor de este encuentro impregna nuestra vida y pide ser llevado más allá de nosotros. Él desea esto, que su Evangelio sea para todos. En él, de hecho, hay un «poder humanizador», una plenitud de vida que está destinada a todo hombre y a toda mujer, porque Cristo ha nacido, muerto y resucitado por todos. Por todos, nadie excluido.

En *Evangelii gaudium* se lee: «Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”» (n. 14). Hermanos, hermanas, sintámonos al servicio de la destinación universal del Evangelio, es para todos; y distingámonos por la capacidad de salir de nosotros mismos —un anuncio para ser verdadero anuncio debe salir del propio egoísmo— y tener también la capacidad de superar todo confín. Los cristianos se encuentran en el atrio más que en la sacristía, y van por «las plazas y calles de la ciudad» (Lc 14,21). Deben ser abiertos y expansivos, los cristianos deben ser «extrovertidos», y este carácter suyo proviene de Jesús, que ha hecho de su presencia en el mundo un camino continuo, dirigido a alcanzar a todos, incluso aprendiendo de ciertos encuentros suyos.

En este sentido, el Evangelio narra el sorprendente encuentro de Jesús con una mujer extranjera, una cananea que le suplica que sane a la hija enferma (cf. Mt 15,21-28). Jesús se niega, diciendo que ha sido enviado solo «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» y que «no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos» (vv. 24.26). Pero la mujer, con la insistencia típica de los sencillos, replica que también «los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos» (v. 27). Jesús se quedó impresionado y le dice: «Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas» (v. 28). Este encuentro con esta mujer tiene algo único. No solo alguien hace cambiar de idea a Jesús, y se trata de una mujer, extranjera y pagana; sino que el Señor mismo encuentra confirmación al hecho de que su predicación no debe limitarse al pueblo al que pertenece, sino abrirse a todos.

La Biblia nos muestra que cuando Dios llama a una persona y hace un pacto con algunos el criterio siempre es este: elige a alguno para alcanzar a otros, este es el criterio de Dios, de la llamada de Dios. Todos los amigos del Señor han experimentado la belleza, pero también la responsabilidad y el peso de ser «elegidos» por él. Y todos han sentido el desánimo ante las propias debilidades o la pérdida de sus seguridades. Pero la tentación quizá más grande es la de considerar la llamada recibida como un privilegio, por favor no, la llamada no es un privilegio, nunca. Nosotros no podemos decir que somos privilegiados en relación con los otros, no. La llamada es para un servicio. Y Dios elige uno para amar a todos, para llegar a todos.

También para prevenir la tentación de identificar el cristianismo con una cultura, con una etnia, con un sistema. Así, más bien, pierde su naturaleza verdaderamente católica, es decir para todos, universal: no es un grupito de elegidos de primera clase. No lo olvidemos: Dios elige a alguien para amar a todos. Este horizonte de universalidad: el Evangelio no es solo para mí, es para todos, no lo olvidemos. Gracias.

22 de noviembre de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 28.

El anuncio es para hoy

Queridos hermanos y hermanas:

Las veces pasadas hemos visto que el anuncio cristiano es *alegría* y es *para todos*; hoy vemos un tercer aspecto: es *para hoy*.

Casi siempre se oye hablar mal del hoy. Ciertamente, entre guerras, cambios climáticos, injusticias planetarias y migraciones, crisis de la familia y de la esperanza, no faltan motivos de preocupación. En general, el hoy parece habitado por una cultura que pone al individuo por encima de todo y la técnica en el centro de todo, con su capacidad de resolver muchos problemas y sus gigantescos progresos en muchos campos. Pero al mismo tiempo esta cultura del progreso técnico-individual lleva a afirmar una libertad que no quiere ponerse límites y se muestra indiferente hacia quien se queda atrás. Y así entrega las grandes aspiraciones humanas a las lógicas a menudo voraces de la economía, con una visión de la vida que descarta a quien no produce y le cuesta mirar más allá del inmanente. Podríamos incluso decir que nos encontramos en la primera civilización de la historia que globalmente trata de organizar una sociedad humana sin la presencia de Dios, concentrándose en enormes ciudades que se mantienen horizontales, aunque tengan rascacielos vertiginosos.

Viene a la mente el pasaje de la ciudad de Babel y de su torre (cf. Gen 11,1-9). En él se narra un proyecto social que prevé sacrificar toda individualidad a la eficiencia de la colectividad. La humanidad

habla una sola lengua —podríamos decir que tiene un «pensamiento único»—, está como envuelta en una especie de encanto general que absorbe la unicidad de cada uno en una burbuja de uniformidad. Entonces Dios confunde las lenguas, es decir restablece las diferencias, recrea las condiciones para que puedan desarrollarse unicidades, reanima el múltiple donde la ideología quisiera imponer el único. El Señor aparta a la humanidad también de su delirio de omnipotencia: «Hagámonos famosos», dicen exaltados los habitantes de Babel (v. 4), que quieren llegar hasta el cielo, ponerse en el lugar de Dios. Pero son ambiciones peligrosas, alienantes, destructivas, y el Señor, frustrando estas expectativas, protege a los hombres, impidiendo un desastre anunciado. Parece realmente actual este pasaje: también hoy la cohesión, más que la fraternidad y la paz, se basa a menudo en la ambición, en los nacionalismos, la homologación, en estructuras técnico-económicas que inculcan la persuasión de que Dios sea insignificante e inútil: no tanto porque se busca *un algo más de saber*, sino sobre todo por *un algo más de poder*. Es una tentación que impregna los grandes desafíos de la cultura actual.

En *Evangelii gaudium* he tratado de describir algunas (cf. nn. 52-75), pero sobre todo he invitado a

una evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros y con el espacio, y que suscite los valores fundamentales. Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades (n. 74).

En otras palabras, se puede anunciar a Jesús solo habitando la cultura del propio tiempo; y siempre teniendo en el corazón las palabras del apóstol Pablo sobre el hoy: «En el tiempo favorable te escuché y en el día de salvación te ayudé» (2 Cor 6,2). Por tanto, no hay que contraponer al hoy visiones alternativas procedentes del pasado. Tampoco basta con simplemente reiterar convicciones religiosas adquiridas que, por verdaderas que sean, se vuelven abstractas con el paso del tiempo. Una verdad no se vuelve más creíble porque se levante la voz al decirla, sino porque se testimonia con la vida.

El celo apostólico nunca es una simple repetición de un estilo adquirido, sino testimonio de que el Evangelio está vivo hoy aquí para nosotros. Conscientes de esto, miramos por tanto a nuestra época y a nuestra cultura como a un don. Estas son nuestras y evangelizarlas no significa juzgarlas de lejos, ni tampoco estar en un balcón gritando el nombre de Jesús, sino bajar a la calle, ir a los lugares donde se vive, frecuentar los espacios donde se sufre, se trabaja, se estudia y se reflexiona, habitar los cruces de los caminos donde los seres humanos comparten lo que tiene sentido para sus vidas. Significa ser, como Iglesia,

levadura de diálogo, de encuentro, de unidad. Además, nuestras formulaciones de fe son fruto de un diálogo y de un encuentro de culturas, comunidades e instancias diferentes. No debemos tener miedo del diálogo: es precisamente la confrontación y la crítica las que nos ayuda a preservar a la teología de transformarse en ideología (*Discurso al V Congreso Nacional de la Iglesia Italiana*, Florencia, 10 de noviembre de 2015).

Necesitamos estar en los cruces de los caminos de hoy. Salir de ellos significaría empobrecer el Evangelio y reducir la Iglesia a una secta. Frecuentarlos, sin embargo, nos ayuda a los cristianos a comprender de forma renovada las razones de nuestra esperanza, para extraer y compartir el tesoro de la fe «lo nuevo y lo viejo» (Mt 13,52). En resumen, más que querer reconvertir el mundo de hoy, es necesario convertir la pastoral para que encarne mejor el Evangelio en el hoy (cf. *Evangelii gaudium*, 25). Hagamos nuestro el deseo de Jesús: ayudar a nuestros compañeros de viaje a no perder el deseo de Dios, para abrirle el corazón y encontrar al único que, hoy y siempre, dona paz y alegría al hombre.

29 de noviembre de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 29. **El anuncio es en el Espíritu Santo**

Queridos hermanos y hermanas:

En las catequesis pasadas hemos visto que el anuncio del Evangelio es alegría, es para todos y va dirigido al hoy. Descubrimos ahora una última característica esencial: es necesario que el anuncio suceda en el Espíritu Santo. De hecho, para «comunicar a Dios» no bastan la alegre credibilidad del testimonio, la universalidad del anuncio y la actualidad del mensaje. Sin el Espíritu Santo todo celo es vano y falsamente apostólico: sería solo nuestro y no traería fruto.

En *Evangelii gaudium* recordé que «Jesús es el primero y el más grande evangelizador»; que «en cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios», el cual «quiso llamarnos a colaborar con él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu» (n. 12). ¡Este es el primado del Espíritu Santo! Por eso el Señor compara el dinamismo del reino de Dios a «un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo» (Mc 4,26-27). El Espíritu es el protagonista, precede siempre a los misionarios y hace brotar los frutos. ¡Esta conciencia nos consuela mucho! Y nos ayuda a especificar otra, igualmente decisiva: es decir que en su celo apostólico la Iglesia no se anuncia a sí misma, sino una gracia, un don, y el Espíritu Santo es precisamente el don de Dios, como dijo Jesús a la mujer samaritana (cf. Jn 4,10).

Pero el primado del Espíritu no debe inducirnos a la indolencia. La confianza no justifica la retirada. La vitalidad de la semilla que crece

por sí misma no autoriza a los campesinos al abandono del campo. Jesús, al dar las últimas recomendaciones antes de subir al cielo, dijo: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos [...] hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8). El Señor no nos ha dejado cuadernos de teología o un manual de pastoral para aplicar, sino al Espíritu Santo que suscita la misión. Y la audacia valiente que el Espíritu Santo infunde nos lleva a imitar el estilo, que siempre tiene dos características: la creatividad y la sencillez.

Creatividad, para anunciar a Jesús con alegría, a todos y en el hoy. En esta nuestra época, que no ayuda a tener una mirada religiosa sobre la vida y en la que el anuncio se ha convertido en diversos lugares más difícil, cansado, aparentemente infructífero, puede nacer la tentación de desistir del servicio pastoral. Quizá nos refugiamos en zonas de seguridad, como la repetición habitual de cosas que se hacen siempre, o en las tentadoras llamadas de una espiritualidad intimista, o incluso en un sentimiento mal comprendido de la centralidad de la liturgia. Son tentaciones que se disfrazan de fidelidad a la tradición, pero a menudo, más que respuestas al Espíritu, son reacciones a las insatisfacciones personales. Sin embargo, la creatividad pastoral, el ser audaces en el Espíritu, ardientes de su fuego misionero, es prueba de fidelidad a él. Por eso he escrito:

Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual (*Evangelii gaudium*, 11).

Creatividad, por tanto; y después sencillez, precisamente porque el Espíritu nos lleva a la fuente, al «primer anuncio». De hecho, es «el fuego del Espíritu que [...] nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre» (*ibid.*, 164). Este es el primer anuncio, que «debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial»; para repetir: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y

ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte» (*ibid*).

Hermanos y hermanas, dejémonos cautivar por el Espíritu Santo e invoquémoslo cada día: sea él el principio de nuestro ser y de nuestro obrar; sea el inicio de toda actividad, encuentro, reunión y anuncio. Él vivifica y rejuvenece la Iglesia: con él no debemos temer, porque él, que es la armonía, mantiene siempre creatividad y sencillez juntas, suscita la comunión y envía en misión, abre a la diversidad y reconduce a la unidad. Él es nuestra fuerza, el aliento de nuestro anuncio, la fuente del celo apostólico. ¡Ven, Espíritu Santo!

6 de diciembre de 2023

Franciscus



Audiencia general

Francisco

El celo apostólico del creyente 30. ¡Effetá, ábrete, Iglesia!

Queridos hermanos y hermanas:

Concluimos hoy el ciclo dedicado al celo apostólico, durante el cual nos hemos dejado inspirar por la Palabra de Dios, para ayudar a cultivar la pasión por el anuncio del Evangelio. Y esto incumbe a cada cristiano. Pensemos en el hecho de que, en el bautismo, el celebrante dice, tocando las orejas y los labios del bautizado: «El Señor Jesús, que hizo oír a los sordos y hablar a los mudos, te conceda, a su tiempo escuchar su Palabra y proclamar la fe».

Hemos escuchado el prodigio de Jesús. El evangelista Marcos se toma mucho tiempo para describir dónde tuvo lugar: «Hacia el mar de Galilea...». ¿Qué es lo que aúna estos territorios? El estar principalmente habitados por paganos. No eran territorios habitados por israelíes, sino principalmente por paganos. Los discípulos salieron con Jesús, que es capaz de abrir las orejas y la boca: el fenómeno del mutismo y de la sordera, en la Biblia, es también metafórico, y designa el cierre a las llamadas de Dios. Hay una sordera física, pero en la Biblia quien es sordo a la Palabra de Dios es mudo, es el que no comunica la Palabra de Dios.

Otro signo también es indicativo: el Evangelio relata la palabra decisiva de Jesús en arameo, *effetá*, que significa «ábrete», deja que tus oídos se abran, deja que tu lengua se abra; y no se trata de una invitación dirigida al sordomudo, que no podía oírla, sino precisamente a los discípulos de

aquel tiempo y de todos los tiempos. También nosotros, que hemos recibido la *effetá del Espíritu* en el bautismo, estamos llamados a abrirnos. «Ábrete», dice Jesús a cada creyente y a su Iglesia: ¡ábrete, porque el mensaje del Evangelio te necesita para ser testimoniado y anunciado! Y esto nos hace pensar también en la actitud del cristiano: el cristiano debe estar abierto a la Palabra de Dios y al servicio de los demás. Los cristianos cerrados siempre acaban mal, porque no son cristianos, son ideólogos, ideólogos de la cerrazón. Un cristiano debe estar abierto al anuncio de la Palabra de Dios, a la acogida de los hermanos y de las hermanas. Y por eso, este *effetá*, este «ábrete», es una invitación para todos nosotros.

También al final de los evangelios, Jesús nos entrega su deseo misionero: vayan más lejos, vayan a apacentar, vayan a predicar el Evangelio.

Hermanos y hermanas, sintámonos todos llamados, como bautizados, a testimoniar y anunciar a Jesús. Y pidamos la gracia, como Iglesia, de saber realizar una conversión pastoral y misionera. El Señor, a la orilla del mar de Galilea le preguntó a Pedro si lo amaba, y luego le pidió que pastoreara sus ovejas (cf. vv. 15-17). Preguntémonos también nosotros, hagámonos cada uno de nosotros esta pregunta: ¿amo realmente al Señor, hasta el punto de querer anunciarlo? ¿Quiero convertirme en su testigo o me contento con ser su discípulo? ¿Me tomo a pecho a las personas que conozco? ¿Las llevo a Jesús en oración? ¿Quiero hacer algo para que la alegría del Evangelio, que ha transformado mi vida, haga más bella la de ellos? Pensemos en esto. Pensemos en estas preguntas y vayamos adelante con nuestro testimonio. Gracias.

13 de diciembre de 2023

Franciscus



LA VOZ DE LOS PASTORES

Carta de los obispos de las diócesis aragonesas con motivo
del Día de la Educación en la Fe

Mons. Carlos-Manuel Escribano Subías

Mons. Julián Ruiz Martorell

Mons. Ángel-Javier Pérez Pueyo

Mons. José-Antonio Satué Huerto

Mons. Vicente Rebollo Mozos

73

La fe, una vida que hay que vivir cada día

Mons. Gerardo Melgar Viciosa

75

Evangelizar a los niños: la catequesis

Mons. Salvador Cristau i Coll

79

Carta de los obispos de las diócesis aragonesas con motivo del Día de la Educación en la Fe

✠ *Carlos-Manuel Escribano Subías, arzobispo de Zaragoza*

✠ *Julián Ruiz Martorell, obispo de Huesca y de Jaca*

✠ *Ángel-Javier Pérez Pueyo, obispo de Barbastro-Monzón*

✠ *José-Antonio Satué Huerto, obispo de Teruel y Albarracín*

✠ *Vicente Rebollo Mozos, obispo de Tarazona*

«Jesús, enséñanos a orar» (Lc 11,1)

Queridos catequistas, profesores, animadores y acompañantes de personas, grupos y comunidades en el camino espiritual de la fe:

En el Día de la Educación en la F» agradecemos al Señor todos los dones que nos concede y manifestamos nuestra gratitud a quienes ponéis a disposición de los demás vuestro tiempo, dedicación y entusiasmo en el itinerario de crecimiento en la fe.

El papa Francisco, en la carta que ha dirigido a monseñor Rino Fisichella para el Jubileo 2025, afirma: «Me alegra pensar que el año 2024, que precede al acontecimiento del Jubileo, pueda dedicarse a una gran “sinfonía” de oración; ante todo, para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y adorarlo».

Y añade: «En definitiva, un año intenso de oración, en el que los corazones se puedan abrir para recibir la abundancia de la gracia, haciendo del padrenuestro, la oración que Jesús nos enseñó, el programa de vida de cada uno de sus discípulos».

Por ello, ha parecido oportuno dedicar la formación permanente de los catequistas durante el curso 2023-24 a este objetivo. Los guiones de trabajo abordan de modo sencillo el padrenuestro.

Cuando los discípulos pidieron al Señor Jesús: «Enséñanos a orar» (Lc 11,1), él respondió pronunciando las palabras de la oración del padrenuestro, dándonos un modelo concreto y al mismo tiempo universal. Todo lo que se puede y se debe decir al Padre está encerrado en las siete peticiones. En ellas apreciamos, por un lado, sencillez, de modo que hasta un niño las aprende; y, por otro, profundidad, de modo que durante toda la vida se puede asimilar el sentido de cada una de ellas.

El catequista es «testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios», «maestro y mistagogo que introduce en el misterio de Dios, revelado en la pascua de Cristo», «acompañante y educador de quienes le han sido confiados por la Iglesia» (DC 113).

Deseamos expresaros, una vez más, nuestra cercanía de pastores, y os animamos a descubrir cada día la importancia de la vocación que habéis recibido y a valorar la responsabilidad de la misión que se os confía.

Agradecemos vuestra disponibilidad, paciencia y admirable generosidad.

Oramos por todas las personas que han dedicado muchos años a este importante servicio y que han llegado ya al encuentro definitivo con el Padre. Nuestra plegaria agradecida por todas ellas se convierte también en súplica para que el Señor suscite respuestas afirmativas en muchos corazones, de modo que se continúe desarrollando con alegría este ministerio eclesial.

Encomendamos a la Bienaventurada Virgen del Pilar vuestra vida y misión en el acompañamiento y crecimiento de la fe.

Recibid nuestro agradecimiento y nuestro afecto, junto con nuestra bendición.

29 de septiembre de 2023

La fe, una vida que hay que vivir cada día

✠ *Gerardo Melgar Viciosa*

Obispo de Ciudad Real

Hoy que están de moda las encuestas para todo, podríamos hacer una, preguntando a los cristianos bautizados lo que significa para cada uno tener fe.

Las respuestas serían innumerables, pero podríamos agruparlas en unas respuestas que se repetirían en grandes grupos y que podrían ir por este camino:

Para muchos, tener fe en Dios es creer que algo tiene que haber después de esta vida, pero que no tiene repercusión en la forma de vivir la vida.

Para otros, creer es afirmar que Dios existe y ya está.

Otros dicen que creen, pero que no practican.

Otros dicen que no creen, pero que, a sus hijos, los llevan a recibir los sacramentos porque así se ha hecho siempre.

Otros dicen que, para ser creyente, es necesario practicar y alimentar la fe, con distintos medios, para poder vivir lo que la fe les exige. Que la fe consiste en vivir un estilo de vida que Cristo pide a sus discípulos y seguidores.

En estos y otros grandes grupos, casi interminables, podríamos agrupar la manera de entender la fe.

Jesús, en el Evangelio que proclamaremos en la eucaristía de este domingo, les explica a los sacerdotes y ancianos del pueblo, con una parábola, dos actitudes que se pueden tener frente a Dios.

Se trata de un padre, que tiene dos hijos, y le dice a uno de ellos: «Ve hoy a trabajar a la viña». El hijo le contesta: «No voy, Señor», pero luego se arrepintió y fue.

La misma propuesta le hace al otro hijo: «Vete a trabajar a la viña». El hijo le contestó: «Voy, Señor», pero no fue.

Jesús les pregunta a aquellos para los cuales está hablando: «¿Cuál de los dos hijos hizo la voluntad del padre?». Ellos contestaron: El primero, que dijo que no iba, pero luego se arrepintió y fue.

Jesús les dijo a aquellos sacerdotes y ancianos: «Así os pasará a vosotros, que os adelantarán en el reino de Dios los pecadores públicos y las prostitutas, porque todos estos, aunque llevaban una vida disoluta, cuando vino Juan y les enseñó el camino de la justicia, se arrepintieron y creyeron; pero vosotros aun después de haber visto esto, ni os arrepentís ni creéis».

Traducido a nuestro lenguaje de hoy, podríamos aplicárnoslo a nosotros como creyentes y nos daríamos cuenta de que hoy hay mucha gente que fue bautizada, pero después no les dice nada la vida cristiana. Están bautizados, ya lo tienen todo hecho y su vida transcurre por caminos de negación de Dios. Es decir, viven, no como bautizados que con fallos tratan de vivir lo que el Señor nos pide, sino que viven como si Dios no significara nada para ellos.

La fe es una vida que hemos de vivir, que pide un estilo determinado de vida, que tiene unas exigencias que yo debo asumir y vivir, que Dios debe ser lo más importante para nosotros y nos pide que vivamos con un estilo determinado de vida y unas exigencias determinadas.

La fe en Dios, o se vive en la vida de cada día desde lo que Dios nos pide, desde las exigencias que lleva consigo el ser discípulo de Cristo, o no es nada, aunque de pequeños nos llevarán nuestros padres a bautizar.

Crear en Dios significa que estamos comprometidos con lo que es la voluntad de Dios y que Cristo nos explica en el Evangelio.

Pero si no conocemos ni lo que nos pide Jesús, ni conocemos al Dios que Cristo nos da a conocer en el Evangelio, si nuestra vida de fe no nos lleva a vivir de acuerdo con lo que Cristo nos propone y pone como aquello en lo que los demás conocerán que somos discípulos suyos, no estamos siendo creyentes, porque creer es vivir de acuerdo con lo que Dios nos pide, y nosotros no lo vivimos.

Si nuestra fe no es vida, nos identificamos con aquel hijo que dijo a su padre que iba a trabajar y luego no fue. Cuando nuestra fe es vida que intentamos hacer realidad cada día, aunque fallemos, pero si somos capaces de arrepentirnos y volver a intentarlo, entonces nos identificaremos con el hijo que dijo que no iba y luego se arrepintió y fue, e hizo lo que el padre le pedía, la voluntad del padre.

Hagamos de nuestra fe no algo teórico, sino que sepamos comprometernos y transformar nuestra vida porque tratamos de vivirla desde lo que Dios nos pide en cada momento.

1 de octubre de 2023

Evangelizar a los niños: la catequesis

✠ *Salvador Cristau i Coll*

Obispo de Terrassa

Hemos empezado un nuevo curso y en la mayoría de nuestras parroquias ha empezado ya, o está empezando, la catequesis parroquial. Al iniciar el curso me ha parecido necesario recalcar la importancia de la catequesis y, por eso, esta carta dirigida a todos lo es especialmente hoy a las familias con niños, a los catequistas, a los sacerdotes y diáconos y a todos los laicos implicados en esta maravillosa labor.

Porque evangelizar, más que una obligación, que lo es también, es una maravillosa misión. Transmitir la vida de Jesús y su Evangelio a los niños debe ser para nosotros uno de los mayores gozos. Por eso querría agradecer la confianza de muchas familias que llevan a sus hijos a catequesis, así como también el esfuerzo constante de los catequistas por renovarse, su dedicación a esta tarea al servicio del Evangelio y de la comunidad cristiana. Y quiero animaros porque, más allá de transmitir unos conocimientos que son sin duda necesarios, se trata de transmitir una experiencia de fe, de vida y, sobre todo, del amor de Dios. Hace falta hacer llegar a los corazones de los niños que vienen a nuestras catequesis el amor que el Señor les tiene y que descubran y experimenten cómo Dios los ama.

Sé que hoy no es fácil esta tarea. A menudo constatamos la ilusión de los niños y el poco interés de algunas familias en profundizar en la vida cristiana de sus hijos. También constatamos el descenso de las inscripciones a la catequesis y la dificultad de los propios niños para compaginar lo que viven en la catequesis con lo que después encuentran en casa,

en la calle, en la escuela, en el mundo de los deportes y las extraescolares. No es fácil afrontar ese contraste.

Pero este reto ha existido siempre, y estará siempre presente. También cuando Jesús predicaba a las multitudes, muchos se entusiasmaron, pero después se encontraban con la dificultad de vivir en medio de una cultura, de una mentalidad, de unas costumbres y de una religiosidad contrarias a lo que habían experimentado escuchando a Jesús. Sin embargo, el Espíritu del Señor trabaja en los corazones de todos aquellos que quieren escucharlo, y lo hace de manera especial en los corazones de los niños. Por eso, empezando este curso, me permito animaros en esta gran misión remarcando algunos aspectos que me parecen importantes.

Lo primero es que no podemos desanimarnos. No tenemos derecho al desánimo, no es nuestra iniciativa, llevamos a cabo una misión. Hemos sido llamados a un servicio: anunciar la buena noticia y sembrar.

Otro es que, más que transmitir unos conocimientos, se trata de transmitir una vivencia de fe y de amor. Por eso os pido que hagáis todo lo posible para acercar a los niños a la persona Jesús y, sobre todo, que les enseñéis a rezar, a hablar y a escuchar a Jesús. La oración no son solo palabras, aunque a veces hay que decirlas, pero sobre todo es abrir el corazón, hablarle y dejar que él nos hable, hablar a Jesús como un amigo habla con otro amigo, como dice san Ignacio de Loyola.

Y también debemos revisar nuestras catequesis. En muchos casos deberemos ser creativos y atrevidos, no podemos quedarnos indiferentes y con los brazos cruzados ante la dificultad, no podemos quedarnos pensando que siempre se ha hecho así.

Quisiera acabar con unas palabras del papa san Juan Pablo II en su carta dirigida a los niños el 13 de diciembre de 1994 que nos pueden ayudar. Decía el papa: «¡Qué importante es el niño para Jesús! Sin duda, podría afirmarse que el Evangelio está profundamente impregnado de la verdad sobre el niño. Incluso podría ser leído en conjunto como el evangelio del niño».

Y acaba diciendo el papa: «Permitidme, queridos chicos y chicas, que al final de esta carta recuerde unas palabras de un salmo que siempre me han emocionado: “*¡Laudate pueri Dominum!*”. Alabad, niños, al Señor, alabad el nombre del Señor. Bendito sea el nombre del Señor, ahora y para siempre. ¡De la salida hasta la puesta del sol, sea alabado el nombre del Señor!» (cf. Sal 112,1-3). ¡Aprendamos a decir también nosotros con los niños estas palabras!

15 de octubre de 2023



ESTUDIOS

La identidad cristiana hoy

Ángel Cordovilla Pérez

85

Santuarios (Santo Toribio de Liébana) e identidad cristiana

José María Lucas

103

El éxodo silencioso

M.ª Eugenia Gómez Sierra

127

A vueltas con los alejados. Claves para evangelizar al hombre
y a la mujer de hoy

Pedro López Calvo

141

El segundo anuncio del Evangelio para revitalizar la fe

Francisco Julián Romero Galván

159

La identidad cristiana hoy

Ángel Cordovilla Pérez

Profesor de la Universidad Comillas, Madrid

Estamos en un tiempo de afirmación de las identidades. El pluralismo cultural y religioso y el fenómeno de la globalización realizado a través de la economía y los medios de comunicación han provocado una reacción casi obsesiva por la búsqueda de la identidad como expresión de la dignidad de un pueblo determinado con su lengua, cultura e historias particulares. No es contradictorio que precisamente en un mundo globalizado haya una proliferación de movimientos nacionalistas, celosos de afirmar la propia identidad. El conocido politólogo norteamericano Francis Fukuyama, autor del conocido y discutido ensayo sobre *El fin de la historia y el último hombre*, ha puesto de relieve como en las sociedades occidentales actuales hay un protagonismo de esta búsqueda de la identidad, desde la demanda de la dignidad y la política del resentimiento¹.

También en el ámbito religioso nos preguntamos por la identidad cristiana en un contexto cultural donde las cosmovisiones que tratan de comprender la realidad y dar sentido a la existencia ya no son fijas o estables, sino fluctuantes; donde predomina el pensamiento fragmentario, frente a comprensiones globales y unitarias del pasado; donde el humus cultural está dominado por la conciencia de pluralidad. Esta diversidad cultural y el pluralismo religioso nos empuja, precisamente, a subrayar nuestra identidad como forma de identificación propia y, a la vez, de diálogo con los demás.

¹ Francis FUKUYAMA, *Identidad. La demanda de la dignidad y las políticas de resentimiento* (Barcelona 2019).

1. La búsqueda de la identidad cristiana

En este contexto cultural y social hoy nos preguntamos: ¿dónde se encuentra la identidad cristiana? O formulado con la pregunta de la teología de finales del siglo XIX e inicios del XX: ¿cuál es la esencia del cristianismo? Es decir, ¿qué realidad, qué contenido, qué institución es esencial al cristianismo para perdurar en su singularidad y mantenerse fiel a su verdad? La respuesta nos puede parecer sencilla, aun cuando es más compleja de lo que parece. El gran teólogo e historiador alemán Adolph von Harnack se inclinó a responder a esta cuestión con un método histórico desde una perspectiva ética. Para él, la esencia del cristianismo revelado por Jesús de Nazaret se encuentra en la paternidad de Dios y el valor infinito del alma humana². El teólogo católico Romano Guardini respondía unos años más tarde a esta misma cuestión desde una perspectiva cristológica y personal determinando que la esencia del cristianismo es la persona de Jesucristo:

El cristianismo no es, en último término, ni una doctrina de la verdad ni una interpretación de la vida. Es esto también, pero nada de ello constituye su esencia nuclear. Su esencia está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra y su destino concretos; es decir, por una personalidad histórica³.

Dos respuestas sustancialmente diferentes. Mientras que, para el primero, Jesucristo no formaría parte del contenido esencial del cristianismo, sino que sencillamente nos revela o nos muestra su contenido fundamental, para el segundo, es precisamente su persona quien constituye su esencia y entraña. Así podríamos ir viendo cómo a lo largo del siglo XX se ha ido respondiendo a esta cuestión. Desde las primeras preguntas por la esencia del cristianismo o del catolicismo, hasta las fórmulas breves de fe, pasando por las síntesis inspiradas en el símbolo de fe. Los nombres de teólogos como Karl Rahner, Hans Urs von Balthasar, Joseph Ratzinger, Hans Küng, entre otros, con sus

² Adolf von HARNACK, *Das Wesen des Christentums* (Hrsg. Von Claus-Dieter Osthövene, Tübingen 2007) 168.

³ Romano GUARDINI, *La esencia del cristianismo* (Madrid 1984) 19.

respectivas obras sintéticas son un ejemplo del intento de responder a esta cuestión⁴.

La respuesta a esta pregunta depende de la perspectiva en la que queramos que sea respondida. No es igual afrontarla desde una orientación sociológica donde deberemos subrayar los aspectos visibles e institucionales que identifiquen con claridad una religión: como el culto público, sus dogmas o doctrinas, la jerarquía, el código ético, las prácticas de piedad; o desde una mirada más teológica en la que pondremos de relieve aspectos internos referidos a la comprensión de Dios, su relación con el mundo, la comprensión del hombre, la forma de entender su destino. No obstante, no necesariamente estas dos dimensiones han de estar en alternativa, como proponen algunos: por un lado, estaría el *triángulo* formado por el culto; código; credo, destacando la dimensión visible e institucional de la identidad y pertenencia a una Iglesia o religión; por otro, los *círculos* concéntricos formados por la conciencia, la comunión y la comunidad; donde la pertenencia sería una cuestión más fluida determinada por la interioridad.

En mi opinión, la identidad cristiana se expresa perfectamente cuando la comunidad cristiana reunida en la celebración litúrgica (perspectiva sociológica), después de escuchar y acoger a Dios en su Palabra, proclama el símbolo de la fe, donde se expresan los tres misterios centrales del cristianismo: la Trinidad, la encarnación de Dios y la divinización del hombre-mundo (perspectiva teológica). Tres misterios que en el fondo están entrelazados, pues el misterio de la Trinidad se manifiesta en la encarnación del Hijo y la divinización del hombre por el Espíritu y es inseparable de ambos; así como las dos manifestaciones de Dios (encarnación-divinización) tienen su condición de posibilidad en el misterio de la Trinidad⁵.

⁴ Cf. Mariano DELGADO (ed.), *Das Christentum der Theologen im 20. Jahrhundert. Vom «Wesen des Christentums» zu den «Kurzformeln des Glaubens»* (Stuttgart 2000).

⁵ Karl RAHNER, «La Trinidad como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación», en Johannes FEINER – Magnus LÖHRER, *Mysterium salutis*, vol II (Madrid 1992) 269-340.

2. El símbolo de la fe

La primera palabra del símbolo es *credere in*. Esta puede formularse en primera persona del singular («creo») o en la primera persona del plural («creemos»). Una expresa la dimensión personal de la fe, ya que se trata de un acto personal, único e intransferible, pues la fe no es otra cosa que entregar o poner la vida en Dios como fundamento y roca de nuestra existencia. La otra enuncia la dimensión comunitaria de la fe, pues esta es una realidad que nos precede y a la que nos incorporamos junto a una comunidad y un pueblo cuya identidad se expresa, a su vez, en esa fe confesada. Precisamente esto es lo que significa la palabra *symbolon*; esa realidad visible que nos identifica y que nos une en comunión: en comunión con los creyentes, constituyendo la Iglesia como comunión de los santos; y, a la vez, en comunión con el Dios trinitario que es fundamento (Padre) alteridad (Hijo) y comunión (Espíritu) en sí mismo y para los hombres.

No hay identidad cristiana sin Iglesia, de la misma manera que nunca ha existido el cristianismo de forma aislada e individual. La misma llamada que Jesús hace para ser sus discípulos, aun siendo absolutamente íntima y personal, se realiza para formar un grupo, de apóstoles y discípulos, que lo siguen de cerca y de lejos, en radicalismo itinerante y desde la hospitalidad abriendo el hogar y la casa. Es obvio que en el origen del cristianismo no está toda la forma eclesial que posteriormente se desarrollará en la historia. Pero una cosa es evidente: el cristianismo tiene una forma esencialmente eclesial. Si la religión y la fe es una expresión verdadera de la dimensión trascendente de la persona humana, esta necesariamente tiene que configurarse de una forma comunitaria, ya que el ser humano es un ser social, un animal político, que vive y se realiza en la relación interpersonal. En el cristianismo a esta dimensión social de la religión la llamamos Iglesia (*ekklesia*).

No obstante, la Iglesia, perteneciendo a la identidad cristiana, no constituye su centro. La comunidad eclesial no se reúne en torno a sí misma, para darse culto, sino para confesar la fe en Dios en un acto de salida de sí. Paradójicamente, el símbolo que nos identifica en aquello

que creemos, nos sitúa en posición de éxtasis, de éxodo y de itinerancia. Esto constituye la grandeza del cristianismo y a la vez su debilidad. La grandeza porque el cristianismo no se agota en sus límites visibles e institucionales que pueden ser contemplados desde fuera, sino que remite a un misterio que es más grande que sí mismo y que solo puede ser contemplado desde dentro de la fe; debilidad porque esa realidad a la que remite y que constituye su centro no se impone con la evidencia que hoy reclama la cultura materialista y la sociedad tecnificada, sino que existe y se manifiesta desde la tenue palabra confesada con verdad y testimoniada con la vida en el amor.

Los símbolos tienen su origen remoto en las confesiones de fe que encontramos ya en el Nuevo Testamento (1 Tes 1,8-9a; 1 Cor 12,3; Rom 4,24-25; Rom 10,9-10, etc.). No es adecuado, por lo tanto, tener una visión dualista entre Evangelio y dogma como si fueran dos realidades heterogéneas. Dentro de la Sagrada Escritura hay confesiones de fe y estas son una expresión autorizada del contenido del Evangelio. La búsqueda de una identidad cristiana en la actualidad «puramente evangélica» que decida cortar con la urdimbre dogmática de la fe es cuando menos ingenuo y en realidad es imposible. Hay, obviamente, una primacía del Evangelio sobre el dogma, pero hoy es imposible acoger el primero sin el desarrollo legítimo del segundo como su verdadera interpretación.

Un segundo momento crucial en esta construcción de los credos es el paso del siglo II al siglo III. Ante la amenaza del gnosticismo y la influencia del platonismo medio en el cristianismo la *católica*, es decir, la gran Iglesia, se ve ante la obligación de mantener la novedad de la fe los apóstoles en ese contexto cultural nuevo y heterogéneo a la fe cristiana. La cuestión decisiva que se consolida en este momento histórico es la confesión de fe en un único Dios, el Padre revelado en Jesucristo y el creador que da origen a toda la realidad. Hay una única economía de la salvación que recorre tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento donde Dios se ha revelado en justicia y verdad (ley), en bondad y misericordia (Evangelio)⁶.

⁶ John N. D. KELLY, *Primitivos credos cristianos* (Salamanca 1980); Frances YOUNG, *The Making of the Creeds* (London 1991).

Siguiendo las «reglas de la fe» del siglo II (Ireneo de Lion, Tertuliano, Orígenes) y la celebración litúrgica bautismal, donde en modo de triple interrogatorio se realiza la renuncia al pecado y la confesión de fe en Dios, los símbolos tienen una estructura trinitaria desplegada en tres artículos. El primero referido al Padre creador, donde se asienta y fundamenta la confesión en el único Dios o el monoteísmo cristiano; el segundo referido a la confesión de fe en Jesucristo, donde se fundamenta la finalidad salvífica de la acción de Dios en la historia. Todo lo que decimos y confesamos sobre Dios es «por nosotros y por nuestra salvación». El tercer artículo referido al Espíritu Santo, donde se fundamenta la realidad de la Iglesia y gracias a él se despliega la acción constante y permanente de Dios de conducir la creación a la plenitud consumada para la que ha sido creada.

Posteriormente, en un tercer momento, los símbolos de la fe adquirirán su forma definitiva en el siglo IV, en lo que comúnmente se conoce como controversia arriana. Aquí se van a consolidar las afirmaciones de fe referidas a Jesucristo y al Espíritu Santo para afirmar de ambos que no son divinidades inferiores al Padre porque se hayan manifestado en la historia (*oikonomia salutis*), sino que comparten con el Padre la plenitud de la naturaleza divina. El Hijo es consustancial (*homoousious*) al Padre y el Espíritu coadorado y coglorificado (*homotimía*) junto con el Padre y el Hijo. La cuestión de fondo que se trata de aquilatar es que en Jesús de Nazaret acontece verdaderamente la encarnación de Dios en nuestra historia y por tanto la verdad de nuestra salvación; y que, al recibir el Espíritu Santo, por ser también divino como el Padre y el Hijo, los hombres somos verdaderamente santificados. En continuidad esencial con el testimonio de la revelación del Nuevo Testamento, la comunidad cristiana confesará la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en el Dios trinitario de forma ininterrumpida hasta hoy como núcleo esencial de la fe y de la identidad cristiana.

3. Identidad, relación y fe trinitaria

La identidad del Dios cristiano y por lo tanto también del cristianismo viene especificada por la relación, ya que de él afirmamos que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y como ya decía Gregorio Nacianceno: «Padre es

nombre de relación»⁷. Cuando el cristianismo nombra al Dios de Israel: «Padre de nuestro Señor Jesucristo» siguiendo la praxis de Jesús, desde su conciencia y oración (Mc 14,36) y la experiencia del acontecimiento de la resurrección de Cristo, estaba introduciendo la relación en la identidad monoteísta de la fe veterotestamentaria y, a la vez, estaba colocando los fundamentos para el desarrollo posterior de la teología trinitaria. Si Dios es Padre desde la relación especial que Jesús de Nazaret tiene con él, entonces la relación forma parte de la identidad esencial de ese Dios.

Quien ha mostrado esta estructura de la revelación a través de la alteridad y la relación ha sido el Evangelio de Juan. El Padre no es visible sino a través del Hijo; así como el Hijo no hace nada por su cuenta, sino que se limita a cumplir la voluntad del Padre, a hacer las obras del Padre, a decir lo que ha escuchado a su Padre; y esto solo es posible gracias a la acción del Espíritu, que sin referirse a sí mismo, se manifiesta revelando al Hijo en el corazón de los creyentes y constituyendo el ser de la Iglesia. Ninguno de los tres se revela a sí mismo, sino en relación y a través del otro. La trascendencia e incomprensibilidad de Dios se nos revela a través de la carne y humanidad del Hijo; así como la humanidad divina del Hijo a través de la sobreabundancia del Espíritu Santo.

Desde este trasfondo bíblico la teología trinitaria ha pensado la identidad personal de Dios desde la relación. Cada persona divina es *ella misma* (identidad personal) desde la relación esencial y constitutiva que cada persona es y tiene con la otra persona divina igual a ella. No es que primero sean y luego entran en relación, sino que *son en relación, son dándose*, pudiendo decir en el más alto grado de la ontología que de esta forma el ser se revela como amor en la medida en que «ser es existir para otro»⁸.

⁷ Gregorio NACIANCENO, *Oratio* 29, 16. Cf. Domingo GARCÍA GUILLÉN, «Padre es nombre de relación». *Dios Padre en la teología de Gregorio Nacianceno* (Roma 2010).

⁸ Yoannes ZIZIOULAS, *El ser eclesial* (Salamanca 2003) 41-78; IDEM, «Ontología relacional: percepciones desde el pensamiento patrístico», en John POLKINGHORNE (ed.), *La Trinidad y un mundo relacionado* (Estella 2013) 183-195.

Esta equivalencia en el ser de Dios entre identidad y relación nos abre a la fe trinitaria como ya hemos dicho verdadero núcleo de la identidad cristiana. Esta no es el resultado de un proceso especulativo que trata de representar en conceptos filosóficos la imagen de un Dios incomprensible que está más allá de toda realidad. Sino que es la respuesta a la revelación del Padre que nos da todo al entregarnos a su Hijo y comunicarnos su Espíritu.

La Trinidad no es una doctrina teórica fruto del desarrollo de la teología cristiana de los primeros siglos, sino la forma como Dios se ha comunicado a nosotros porque él es realmente así. El contenido fundamental de la fe trinitaria no es una metafísica teológica que intenta dar razón de un problema matemático, sino que partiendo de la revelación de Dios en la historia a través de la encarnación del Hijo y la divinización del Espíritu Santo trata de pensar a fondo quién y cómo es Dios en sí mismo para que pueda revelarse y darse de esta manera. Por este motivo tiene razón el teólogo Von Balthasar al afirmar lo siguiente frente a aquellos que consideran la Trinidad como un dogma prescindible en la verdadera búsqueda de la divinidad:

La Trinidad de Dios no es una realidad penúltima tras la cual se escondería una esencia insondable, inaccesible a toda criatura; más bien Dios Padre, al engendrar al Hijo y en la entrega de este al mundo, ha entregado todo por completo (Rom 8,32)⁹.

Especifiquemos, ahora, esta fe trinitaria que caracteriza al cristianismo y le otorga su última identidad desde la singularidad de cada una de las personas divinas.

4. El Padre o la dimensión gratuita y trascendente del cristianismo

En el misterio trinitario el Padre es origen y fuente de la divinidad (y por ello de toda la realidad e historia de salvación) porque su ser consiste en ser padre, es decir, en ser radical donación. El Padre es

⁹ Hans Urs VON BALTHASAR, *Teológica 2. Verdad de Dios* (Madrid 1997) 146.

Dios siendo solamente padre, es decir, entrega absoluta. Él no retiene para sí mismo el ser divino, sino que todo se lo comunica a su Hijo y, ambos, al Espíritu. En este darse al Hijo y, junto con él, al Espíritu comunicándoles su ser hasta el punto de que sean en igualdad de esencia y dignidad como él consiste su fontalidad, su autoridad y su primacía, tal y como comprendieron Hilario de Poitiers y los adres Capadocios.

Que el Padre comunique todo, excepto la paternidad, no es más que la expresión de que en Dios hay verdadera alteridad, comprendida esta no como algo negativo, sino como una realidad positiva. Que el Hijo no se convierta en Padre, aunque este último le comunique todo lo que es y tiene, es la condición de posibilidad para que pueda darse una relación entre Dios y las criaturas en la que estas puedan compartir la misma naturaleza divina, sin perder su condición creada.

En la Trinidad inmanente el Padre regala todo al Hijo salvo la paternidad, sin embargo, eso no indica que el Padre se reserve algo para sí. Como tampoco retiene algo para sí el Dios trinitario cuando permite a las criaturas «participar de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4), sin que se conviertan en el Dios que da. Así nos encontramos con el axioma de la positividad del otro¹⁰.

En la tradición cristiana —tanto en la teología griega como latina— el Padre ha sido considerado como fuente de la Trinidad y principio de unidad. Él es el origen sin origen, y el principio del Hijo y del Espíritu Santo, que a su vez son Dios como él. Esto no significa ni una disminución de su persona ni una subordinación de las otras dos porque él es principio de tal manera que no disminuye por compartir su ser (frente al modalismo y el gnosticismo) y porque lo comparte de tal manera (totalmente) que aquello a lo que da origen no es menor (frente al adopcionismo y el subordinacionismo). Su ser es donación absoluta. Desde la persona del Padre así entendida podemos comprender la afirmación de que Dios es amor, expresión del corpus joánico que el papa Benedicto XVI puso en el centro de la comprensión cristiana.

¹⁰ *Ibid.*, 147.

Esta atención a la primera persona de la Trinidad ha de ayudarnos a subrayar la dimensión gratuita y trascendente del cristianismo, habitualmente relegada a un segundo plano por la centralidad que ha tenido la historia y la dimensión ética de la fe. Misterio, gracia, don son palabras esenciales de la experiencia cristiana. Desde la fontalidad del Padre todo en el cristianismo es don y gracia que hay que saber acoger en total y absoluta disponibilidad. Todo remite a un misterio mayor, que está siempre más allá de todas de sus formas concretas e históricas de manifestación. Hoy se subraya con razón la dimensión apofática de la revelación de Dios siguiendo una larga y rica tradición cristiana. Dios no puede ser cosificado, ni falsificado. Ninguna realidad de este mundo se identifica con la realidad de Dios; esto sería idolatría. Ya sea porque otorgamos a las realidades finitas la característica de lo divino, es decir, de ser infinitas y eternas; ya sea porque la representación icónica o conceptual de Dios la confundimos con su realidad; o, finalmente, la peor forma de idolatría, porque el Dios infinito e incomprensible lo ponemos al servicio de nuestra realidad limitada.

Gregorio de Nisa en su importante obra sobre la vida de Moisés pone de relieve este carácter incomprensible del misterio de Dios Padre al que nunca podemos dominar con la visión, sino solo ver su espalda y seguirlo por el camino. No podemos dominar a Dios, convirtiéndolo en un ídolo, hay que estar siempre dispuestos a abrirnos a su incomprensibilidad y trascendencia. Dios siempre está más allá de lo que podemos decir, pensar o imaginar sobre él. El silencio y la adoración, la obediencia y la confianza, son actitudes fundamentales del creyente que enlazan perfectamente con esta dimensión trascendente e incomprensible del misterio de Dios que remite a la persona del Padre. Entiendo, al menos desde fuera, que aquí debemos hacer un esfuerzo significativo para que, desde las imágenes concretas de la piedad popular, se pueda pasar a la dimensión trascendente del misterio de Dios y evitar así la caída en formas casi idolátricas de culto a una determinada imagen o tradición popular.

5. El Hijo o la dimensión histórica y encarnativa del cristianismo

Si el Padre en la lógica del amor personal en Dios es el ser como donación total, es decir, que su ser Padre consiste en darse de tal manera que constituye al Hijo como Hijo, la segunda persona de la Trinidad, dentro de esta misma lógica, es el ser comprendido como acogida, «existencia en recepción». El Padre es entregándose y el Hijo es recibiendo y acogiendo, pero al identificarse su ser con la recepción pura del ser del Padre, esta recepción verdadera consiste, a su vez, en ser también donación de su ser a otros (proexistencia).

Esta reflexión teórica sobre el ser del Hijo es una forma de expresar la vida histórica de Jesús narrada en el Nuevo Testamento. Toda ella estuvo determinada por dos realidades que, sin poder identificarlas totalmente, en él, en su persona (vida y destino), se convirtieron en inseparables: Dios (*Abba*) y el reino (Basilea). Jesús no se anunció a sí mismo. Toda su vida y su misión (su persona) estuvieron volcadas, por un lado, hacia el reino, cuya venida anunció como inminente y que constituyó su centro y entelequia, y por otro, hacia el Padre, al que él llamó *Abba* (Mc 14,34) e invitó a sus discípulos a que tuvieran el atrevimiento de llamarlo de la misma manera en su mismo Espíritu (Lc 10,2; Gal 4,4s; Rom 8,16)¹¹.

Este carácter relacional de la persona de Jesús es el que está detrás de los títulos cristológicos que han tenido una importancia central en el desarrollo de la teología trinitaria: *Palabra* (Jn 1), *imagen* (Col 1) e *Hijo* (Ef 1). Jesús es la Palabra que estaba junto al Padre y que hecha carne nos lo da a conocer otorgándonos su misericordia y fidelidad (Jn 1); él es la imagen del Dios invisible que nos lo revela y el primogénito de toda la creación; el Hijo amado que realiza la voluntad salvífica De Dios y recapitula la historia de los hombres. En él Dios se revela como el Emmanuel, el «Dios-con-nosotros» (Mt 1,23); el Dios por nosotros (Rom 8,32) que no se reserva nada para sí; el Dios que no se avergüenza en ser llamado «nuestro Dios», el Dios de los hombres.

¹¹ Cf. Heinz SCHÜRMANN, *El destino de Jesús: su vida y su muerte* (Salamanca 2003) 21.

El nombre de cristianismo remite directamente a Cristo. Los que somos sus discípulos somos y nos llamamos cristianos. Él nos identifica y por lo tanto ha de tener un puesto singular en la pregunta por la identidad cristiana. El cristianismo surge históricamente cuando un grupo de hombres identifican el nombre personal de un judío palestinese procedente de Nazaret (Jesús) con el Mesías esperado por el pueblo judío (Cristo), formando así un nombre nuevo: Jesucristo. «En Antioquía fue donde, por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de cristianos» (Hch 11,26). Estos hombres y mujeres vieron en Jesús de Nazaret al Mesías salvador y consecuentemente lo llamaron el Cristo. Desde entonces hasta hoy, nos seguimos identificando con la misma palabra y por lo tanto con la misma persona.

Esta centralidad de la persona de Jesucristo hace que el cristianismo sea la religión del logos y de la encarnación. En el cristianismo, aunque sin anular lo que hemos dicho anteriormente sobre la dimensión trascendente e incomprensible de Dios, todo remite a una historia particular, concreta, que no podemos olvidar, ni superar. Romano Guardini acertaba cuando al preguntarse por la esencia del cristianismo remitía sin ninguna ambigüedad a la persona de Jesucristo. De manera parecida el teólogo Karl Rahner en el *Curso fundamental de la fe*, al comienzo del grado sexto afirma: «Ahora llegamos a lo simplemente cristiano del cristianismo, a Jesucristo»¹². Esto significa que el cristianismo tiene un origen normativo y una historia vinculante que ha de acoger e interpretar de forma constante y permanente que es lo que en otras palabras hemos llamado Tradición. Esta es una realidad esencial y por más que muchas veces haya que reformarla y purificarla forma parte constitutiva de su ser. El carácter histórico, tangible, sacramental, institucional, visible de la religión cristiana no es algo periférico o circunstancial que como cáscara o piel de una fruta está llamado a desaparecer, una vez que ha hecho la función de proteger el fruto que hay en su interior.

Aquí es donde se asienta la verdad de esa necesidad de «tocar» el misterio desde las imágenes representadas tan propio de la piedad

¹² KARL RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe* (Barcelona 1998) 214.

popular. El misterio de Dios remite a la historia concreta. Cristo y su voluntad desplegada posteriormente en la historia en una economía sacramental y eclesial es esencial para el conocimiento y revelación de Dios, así como para el conocimiento de la vocación plena a la que está llamado el hombre (GS 22). Cristo es esencial en la revelación de Dios y del hombre y, por ende, del cristianismo.

Cristo no es solo el fundador del cristianismo como un personaje del pasado que da origen a una religión y después desaparece. Cristo es origen del cristianismo siendo fundamento constante y futuro recapitulador. Él sigue presente en la vida de la Iglesia a través de su palabra, los sacramentos, la comunidad reunida en su nombre, los hermanos más pobres y pequeños. Por más que avancemos en la cronología del tiempo y seamos más conscientes del pluralismo en el que vivimos, esta relación con Cristo como origen, fundamento y futuro sigue siendo decisiva y esencial. No obstante, esta historia normativa que remite a nuestro origen solo se hace actual en el presente y está llena de futuro gracias a la fuerza del Espíritu Santo. Así lo afirmó Ignacio IV (1921-2012) patriarca de Constantinopla en un texto sumamente evocador:

Sin el Espíritu: Dios es un ser distante, Cristo es un personaje del pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia es una simple organización, la autoridad es dominación, la misión es propaganda, el culto es evocación, el actuar cristiano es una moral de esclavos. Pero con el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo: el universo es elevado y suplica la venida del reino de Dios, la presencia de Cristo resucitado es reconocida, el Evangelio es vida y poder, Iglesia significa comunión trinitaria, la autoridad es un servicio que libera, la misión, un Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación del misterio, el actuar humano se diviniza.

6. El Espíritu Santo o la dimensión carismática y mística del cristianismo

No es fácil hablar del Espíritu. Como dice bellamente el título de un libro del teólogo francés Bernard Sesboué, él es el «sin rostro y sin voz»¹³,

¹³ Bernard SESBOUÉ, *L'Esprit sans visage et sans voix. Brève histoire de la théologie du Saint-Esprit* (Paris 2009).

o en palabras de Von Balthasar, «el desconocido allende del Verbo»¹⁴. Sin embargo, a pesar de esta inherente dificultad, es absolutamente necesario, ya que sin él no podríamos reconocer en el rostro de Cristo la revelación de Dios, ni en su palabra, la palabra misma de Dios. El Espíritu es pura relación y referencia al Padre y al Hijo a quienes da a conocer y a los hombres a quienes hace entrar en la comunión divina. El Espíritu es el ser para otro obrando la comunión con el otro. El Espíritu es expresión suprema de *la sobreabundancia de Dios*, de su exceso.

La Escritura utiliza una gran riqueza de expresiones e imágenes para hablar del Espíritu («soplo de Yahvé», «Espíritu de Dios», «Espíritu de Cristo», «Espíritu de la Verdad», «Paráclito») y su de su acción en el mundo («aletear», «soplar», «liberar», «gemir», «resucitar», «guiar», «comunicar», «orar», etc.). Él aparece vinculado al viento, al fuego, al agua, a la ley, al deseo, al corazón, a la vida, al amor, al don de Dios, a las primicias, a las arras, a la gloria, etc. Esta riqueza nos recuerda la riqueza inagotable del misterio de Dios y de sus caminos insondables por el que él nos busca, nos guía y nos conduce a la salvación definitiva. No obstante, en esa gran variedad y pluralidad, hay un denominador común: el Espíritu proviene de Dios y a él conduce. El Espíritu estando presente en la vida del mundo, del hombre y de la Iglesia, va más allá de ellas. Siendo inmanente es trascendente. Pero una trascendencia que en vez de entenderla en términos negativos habría que traducirla por sobreabundancia. El Espíritu es el exceso de Dios en su amor a los hombres. Es la revelación de la sobreabundancia de Dios, del *Deus semper maior*.

Referirnos al Espíritu es hablar de la dimensión carismática y mística del cristianismo. Es verdad que esta dimensión ha estado poco presente en Occidente en el segundo milenio de la historia del cristianismo, pero a pesar de este «olvido» constituye una dimensión esencial. En realidad, el Espíritu Santo otorgado por Cristo resucitado es quien hace surgir, manifestarse y realizarse a la Iglesia. Por esta razón el

¹⁴ Hans Urs VON BALTHASAR, «Der Unbekannte jenseits des Wortes», en IDEM, *Spiritus Creator. Skizzen zur Theologie* (Einsiedeln ²1999) 95-105.

cristianismo en sus mismos orígenes y en su constitución permanente está tanto referido a Jesús como al Espíritu. Jesús y el Espíritu son, en realidad, el origen del cristianismo y ambos forman parte de su identidad. El doble origen del cristianismo remite a las dos misiones por medio de las cuales Dios se ha comunicado a nosotros: en el envío del Hijo, nacido de una mujer, para rescatar a los que estaban bajo la ley; y el envío del Espíritu Santo a nuestros corazones para otorgarnos la filiación adoptiva (Gal 4,4-6).

Ambas misiones son diferentes, aunque están estrechamente relacionadas y no se pueden separar. Son diferentes en cuanto que nos presentan dos formas diferentes de aparecer: la primera en una figura visible en la encarnación y la segunda de una donación inmanente, conformando e inhabitando a la persona que es destinataria de ese envío (gracia). La primera forma de presencia expresa fundamentalmente la exterioridad, historicidad y alteridad de la presencia de Dios en la historia (Jesucristo). La segunda expresa la inmanencia, trascendentalidad y comunión de la presencia de Dios en la historia (Espíritu Santo). Ambas formas personales de la misión divina han de ser subrayadas y compaginadas sin subordinación de la una a la otra. Pero son inseparables en cuanto que ambas forman parte del único proyecto salvífico de Dios en una unidad por razón del mismo origen: el Padre.

En el cristianismo hay un principio histórico-objetivo que remite a la persona del Hijo y muestra especialmente su realidad histórica; visible; verbal, institucional; sacramental y jerárquica. Y, por otro lado, un principio personal-subjetivo que remite al Espíritu Santo y pone de manifiesto su realidad espiritual, invisible; la expresión de la comunión; la experiencia de gracia; el protagonismo de todo el pueblo de Dios y la vida concreta de cada cristiano. Ambas realidades, como venimos diciendo desde el comienzo, forman parte de la identidad cristiana. La primera ha sido la perspectiva preferida por la tradición occidental-latina; la segunda por la oriental-griega. Como le gustaba decir a Juan Pablo II al recordar la fiesta de los patronos de Europa Cirilo y Metodio es tiempo de que el cristianismo vuelva a respirar por sus dos pulmones:

El recuerdo de los santos Cirilo y Metodio pone ante nuestra mirada, como una realidad inseparable de su memoria, la meta de la plena comunión que permitirá a la Iglesia respirar de nuevo con sus dos pulmones: el oriental y el occidental, y simultáneamente ofrecer con eficacia renovada al hombre de hoy la verdad salvadora del Evangelio¹⁵.

7. En el Espíritu (vivir), por Cristo (tocar), al Padre (trascender)

Una última reflexión que abra la perspectiva a la relación entre la identidad cristiana y la piedad popular. Dios se ha comunicado a nosotros, tal y como hemos visto, a través del Hijo y del Espíritu. Todo viene del Padre, fuente y fin de la historia de la salvación que se ha manifestado en la fragilidad de nuestra carne en la encarnación del Hijo y se nos ha dado en la interioridad de nuestros corazones con el derramamiento de su Espíritu. La vida cristiana consiste en que desde ese Espíritu que habita en nosotros nos conformemos a la vida de Cristo, quien finalmente nos conduce al misterio incomprensible del Padre. ¿Cómo situar la piedad popular en este dinamismo esencial de la vida cristiana que responde a su identidad?

La piedad popular es, como ya he dicho, una legítima y verdadera expresión de la vida del Espíritu en el corazón de los creyentes, que sopla y alienta como y donde quiere. No podemos poner cortapisas a esta forma popular de la vida cristiana por más que no coincida del todo con las formas más institucionales. La trayectoria del cristianismo en Latinoamérica desplazándose del catolicismo oficial hacia el pentecostalismo nos ha de hacer pensar y recapacitar sobre la necesidad de que la fe vaya acompañada de una auténtica experiencia vital que conecte con el sentimiento y la vida real de las personas. Dios no es un Dios lejano y ausente de la vida del creyente, sino que interviene de forma inmediata y eficaz a través de los dones del Espíritu.

¹⁵ JUAN PABLO II, *Ángelus* (domingo 13 de octubre de 1985). Una imagen repetida de nuevo en el *Ángelus* de 15 de febrero de 2004. La primera vez que la usa es en Discurso a los representantes de las comunidades cristianas no católicas (París, 13 mayo de 1980).

Es necesario atender a unas necesidades religiosas que van más allá de la creencia y la adhesión a unos dogmas, el seguimiento de una autoridad externa, la vinculación cultural a aquellos elementos que fundamentalmente nos conectaban con una religión o Iglesia institucional. El deseo y la necesidad de experiencia real de la salvación, el anhelo de espiritualidad, el protagonismo de la persona que en inmediatez se relaciona con la divinidad, la experiencia del Espíritu que sana la vida concreta de los fieles y anima la vida de la comunidad son características que subrayan de forma de ser cristiano en el mundo.

El Espíritu nos conduce a Cristo. Sin apagar el Espíritu, es fundamental discernir su moción. Desde el inicio del cristianismo esta ha sido una acción constante y necesaria. Desde los padres del desierto hasta Ignacio de Loyola, los cristianos han sentido la necesidad del «discernimiento de espíritus». Y aquí el criterio fundamental es si verdaderamente nos conduce al seguimiento de Cristo. Toda verdadera experiencia del Espíritu remite a Cristo, a sus palabras, a su comportamiento, a su persona. Si nos vamos asemejando más a él y configurando con él, entonces esa experiencia espiritual es auténtica y verdadera. De ahí que la experiencia religiosa vaya vinculado a un *logos*, una palabra, una doctrina evangélica y a un *ethos*, un comportamiento moral determinado que de nuevo remite a Cristo y su Evangelio.

Aquí es donde hay que situar la cuestión de la piedad popular y su relación con la jerarquía de la Iglesia (apóstol). Ella es una expresión legítima de la vida del Espíritu; del protagonismo del entero pueblo de Dios; de la expresión de la vida cristiana en el corazón de la vida de un pueblo y de su cultura. Pero, por otro lado, no puede desvincularse de la dimensión visible, institucional, verbal, moral, encarnativa del cristianismo que remite a Cristo y el apóstol, que lo representa. Soy consciente de las tensiones que esto produce. Pero la tensión no legitima la supresión o anulación de estas dos dimensiones fundamentales del cristianismo que forman parte de su identidad.

Finalmente, hay que valorar que la piedad popular es una expresión de la necesidad de un encuentro concreto y tangible con Dios. Necesitamos ver, tocar, sentir, gustar la experiencia cercana de Dios en nuestra

vida. Pero este tipo de religiosidad tiene el peligro de caer en la idolatría, confundiendo la imagen concreta que veneramos, la tradición particular que conservamos, con la realidad misma. Por eso, es necesario, finalmente, remitir todo a la realidad de Dios que siempre está más allá de cualquier representación que tengamos de él. Cuando la experiencia religiosa es verdadera, esta es necesariamente una apertura a un misterio que es siempre mayor que nosotros mismos. No nos permite encerrarnos en nuestros límites, en nuestro horizonte, en nuestra experiencia, nos abre al misterio incomprensible de Dios. En la experiencia e inmediatez del Espíritu nos encontramos con la realidad concreta y tangible de Cristo que nos conduce e introduce en el misterio incomprensible del Padre.

Santuarios (Santo Toribio de Liébana) e identidad cristiana

José María Lucas, ofm

Hermano guardián de la fraternidad franciscana de Santo Toribio

Como hermano guardián de la fraternidad franciscana que habita este monasterio y como rector de este santuario, les doy a todos ustedes la bienvenida y agradezco que hayan elegido este lugar para el desarrollo de una de las jornadas de este V Encuentro de Rectores de Santuarios y Delegados de Piedad Popular, cofradías y hermandades.

El tema de este encuentro: «Identidad cristiana y piedad popular», así como su presencia hoy en este santuario de Lignum Crucis, explicita el convencimiento de que los santuarios pueden ser, lo son de hecho, lugares muy valiosos de evangelización. A ellos acuden personas muy distintas. Vienen alejados de la fe, convertidos, peregrinos con motivaciones muy diferentes, niños y ancianos, personas de muchas nacionalidades, buscadores de experiencias religiosas. Muchas de las personas que acuden no pasan por sus parroquias, no forman parte de un movimiento eclesial, no tienen una especial simpatía por la Iglesia. Sin embargo, vienen a los santuarios buscando algo. Aunque lo hagan por turismo o el santuario sea un lugar de paso, ofrece un sentido de trascendencia que no deja indiferente. Cuando una persona se acerca a un santuario espera algo que a veces no sabe formular. Las personas que llegan hasta aquí esperan algo que nosotros, desde la peculiaridad de cada monasterio, podemos ofrecer. Cada santuario tiene que descubrir su clave evangelizadora.

La pregunta que nos hacemos es si se puede hacer una pastoral, mejor un plan pastoral, en un santuario cuando no sabemos las personas que vienen, cómo vienen, las preguntas que traen; o cuando vienen

grupos o movimientos muy identificados con una espiritualidad o colectivos nacionales que viven y expresan la fe desde su propia cultura, con frecuencia, muy diferentes a la nuestra. Normalmente quien visita el santuario, salvo que se trate de alguna fiesta o romería, pasa en él muy poco tiempo, busca conocer algo de la historia, contemplar y disfrutar del paisaje, o participar una celebración litúrgica. ¿Cómo hacer para que el paso por el santuario sea una experiencia significativa? Avanzo dos ideas que iré desarrollando a lo largo de la exposición para una pastoral de santuarios: cuidar la acogida, e ir a lo esencial en el mensaje que se quiere transmitir desde lo peculiar de cada santuario.

El monasterio de Santo Toribio de Liébana, y en los años jubilares de una manera especial, gracias a que en él se custodia la reliquia de la cruz de Jesucristo, es un importante centro que transmite los elementos nucleares de la identidad cristiana: la centralidad de Dios, Jesús y su seguimiento, la Iglesia, el perdón, la fraternidad, la solidaridad, el diálogo, el respeto a la creación, el ecumenismo. Es importante destacarlo en un momento histórico en el que lo cristiano tiende a diluirse a causa del relativismo ético, el ocultamiento de Jesús en aras a un pretendido diálogo interreligioso, la dificultad de manifestarse como creyentes en la sociedad contemporánea.

La presente comunicación no pretende ser una exposición sistemática, algo que excede mi capacidad y experiencia, sobre cómo tiene que ser la pastoral en los santuarios de cara al fomento de la identidad cristiana de los peregrinos. Más bien, quiere presentar algunos apuntes de nuestro trabajo pastoral, teniendo en cuenta las características propias de este santuario y la pluralidad de motivaciones, experiencias de vida y espiritualidades de quienes acuden anualmente a visitarlo.

Punto de partida: centralidad de la cruz y el crucificado

Este monasterio de Santo Toribio de Liébana, santuario Lignum Crucis, conserva desde hace más de mil doscientos años el trozo más grande del mundo de la cruz de Cristo. Con este motivo se ha proclamado y

celebrado un misterio central en la fe cristiana: Jesucristo crucificado, muerto y resucitado. Hay que reconocer y valorar esta tradición eclesial milenaria como el misterio de gran valor teológico y espiritual que encierra. No se trata de una devoción de valor secundario en la teología y la espiritualidad cristiana. Sin querer entrar en comparación con otros santuarios que en nada ayudan y con quienes tenemos muchos puntos en común, si creo que se puede afirmar que este es más importante que cualquier otro santuario por su larga tradición, y por el misterio que representa y recuerda.

Como en otros santuarios, en este del Lignum Crucis se une el arte y la fe como ha ocurrido siempre en la tradición secular de la Iglesia. La fe encuentra en el arte una forma de decirse, expresarse, comunicar el mensaje del Evangelio y transmitir una espiritualidad. Aquí, se escribió en el año 776 el primer comentario al Apocalipsis, obra del abad Beatus, que dará su nombre a la colección de los comentarios al Apocalipsis, que se copiarán en los *scriptoria* monásticos desde el siglo IX al XIII. Aquí, como han demostrado los recientes estudios realizados con georradar, había en el siglo IX una iglesia prerrománica, sobre la que se edificó una románica en el siglo XI, sobre la cual se ha levantado la actual iglesia del siglo XIII. Más tarde, en los siglos XVII y XVIII se monumentaliza el monasterio con la construcción de la Capilla de la Cruz, obra cumbre del barroco cántabro, para colocar en un lugar digno la reliquia de la cruz y los restos de santo Toribio de Astorga. El arte dentro de un espacio como expresión del misterio y de los contenidos de la fe. Es necesario ponerlo de relieve en estos tiempos en el que se corre el peligro de reducirlo todo a una rápida visita turística, que el turismo se coma al monasterio, y el recinto sagrado sea un lugar para fotografiar. El arte es una mediación muy importante para transmitir el mensaje.

En el centro, el crucifijo y el Crucificado. Toda la actividad pastoral del santuario tiene como centro la reliquia de la cruz. Interesa no el trozo de madera, sino quien colgó del madero, el Crucificado. La reliquia está al servicio de la transmisión del kerigma cristiano: «Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que

resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Cor 15,3-4) El crucifijo, en este caso la reliquia de la cruz, pero también el calvario que preside la nave principal de la Iglesia, son expresión de la fe en el crucificado y del sentido salvífico de su muerte. El paso de tantos peregrinos y personas que visitan el santuario nos dice que el Crucificado habla muy fuerte, ilumina los problemas de la vida, no es algo abstracto, sino es lo más real. Solo hay que saber exponerlo con verdad y radicalidad para que el mensaje cristiano, por lo tanto, la identidad, tema de este encuentro, no se quede en algo etéreo o en una idea más junto a otras ideas.

El monasterio

Está situado en el parque nacional de los Picos de Europa. Se levanta al pie del monte la Viorna que tiene una altura de 1.150 m, y está custodiado por los picos, montañas, vegetación variada, como si todo quisiera confluir en ofrecer un refugio adecuado a la reliquia de la cruz. Al decir de los peregrinos, este paisaje natural en el que se enclava el monasterio es un reclamo y una mediación para abrirse al misterio.

Los orígenes del monasterio se remontan al siglo vi. Se tiene como fundador a santo Toribio el monje, quien con cinco compañeros vino desde Palencia a este lugar para vivir vida monástica y para evangelizar a los habitantes de estas montañas cántabras. No se sabe la regla que profesaban, quizá la de san Fructuoso, u otras específicas de cada comunidad, mediante acuerdos tomados por los abades —*Regula Communis*—.

A partir del año 828, sin duda por la presencia de la reliquia de la cruz y los restos de santo Toribio de Astorga, este pequeño monasterio inicia una rápida expansión que lo llevó a constituirse como una abadía benedictina, aunque pronto, en el año 1183, pasó a ser un priorato de la abadía de San Salvador de Oña en la provincia de Burgos. La presencia benedictina cluniacense va a durar hasta la exclaustación de 1835. El monasterio estuvo deshabitado más de ciento veinte años, aunque, al ser parroquia, siempre hubo celebraciones litúrgicas. En 16 de abril de 1961 los franciscanos nos hicimos custodios del monasterio y la reliquia.

Arquitectónicamente el monasterio/santuario se caracteriza por su austeridad y sencillez. Lo importante, más que la decoración casi ausente, es el espacio que invita al recogimiento y a la oración. Muchos peregrinos valoran y dicen que la humildad del lugar ayuda al encuentro con Dios.

El *lignum crucis*

Es la razón y la fuerza de este santuario y de toda la comarca de Liébana, cuya cultura, historia y prácticas de piedad popular no se pueden entender sin la presencia de esta reliquia. En ella se condensa la presencia de Dios en este santuario que atrae a tantos peregrinos que nos visitan, es la memoria del amor de Dios entregado en Jesús, es el símbolo de un amor que habla alto porque quien murió en el leño entregó su vida hasta morir por amor.

Sin pretender hacer un recorrido histórico, sí quiero destacar algunos datos sobre el encuentro de esta reliquia y su presencia en este santuario. Nos cuenta la tradición que fue hallada por santa Elena, madre del emperador Constantino, en unas excavaciones que mandó realizar en el monte Calvario, después de ordenar derribar una estatua a Júpiter y un templo a Venus, que, a finales del siglo II, había mandado construir el emperador Adriano. En los estratos más bajos del Gólgota aparecieron varias cruces, una de las cuales se concluyó después de un proceso de discernimiento, que era la cruz de Cristo.

El brazo horizontal de la cruz se quedó en la sacristía del Santo Sepulcro, otro trozo fue enviado al emperador y otro al papa. Allí se la encontró santo Toribio, que había peregrinado a Jerusalén en el siglo V. Permaneció unos siete años como custodio de las reliquias que se conservaban en el Santo Sepulcro. Por las tensiones internas con los judíos y por las incursiones frecuentes de los persas, Toribio, con el permiso del obispo Juvenal, sacó las más valiosas, entre ellas, el brazo izquierdo de ese madero horizontal, quedando el derecho en Jerusalén.

Ya en España, depositó las reliquias en Astorga, ciudad de la que fue nombrado obispo y en la que murió hacia el año 474. Allí permanecieron las reliquias hasta el año 714 en el que Astorga fue arrasada por Tariq. Ante el peligro que suponía la invasión musulmana, los devotos de Astorga sacaron las reliquias y los restos de santo Toribio llevándolos a Monsacro de Morcín, en Asturias, de donde vienen a este monasterio de San Martín de Turieno, nombre del primitivo cenobio, a finales del siglo VIII o principios del IX.

El primer documento escrito en el que se menciona la presencia de la reliquia es de 1316, aunque abundan los indicios que hablan de que siglos antes ya estaba la reliquia aquí. En 1958 se llevó a analizar un trozo de esta madera al Instituto de Investigaciones Forestales de Madrid, que concluyó que se trata de una madera de ciprés, *Cupressus sempervirens* L, muy abundante en los montes de Palestina y que la madera tiene una antigüedad de más de dos mil años. Por tanto, la ciencia certifica lo que la historia, la tradición y la fe han venido afirmando desde hace siglos.

La reliquia de la cruz no es una pieza de museo o una curiosidad. Para quien la mira con fe es «libro abierto que enmuda toda elocuencia». Habla de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Un mensaje que en la tradición de la Iglesia ha tenido acentos diferentes. La Iglesia, desde la primera generación, manteniendo su integridad y unidad, ha tenido miradas diferentes sobre la pasión. Nos ha regalado cuatro versiones, la de los evangelistas y la de Pablo. Cada visión tiene sus acentos y nos regala miradas distintas de la pasión de Jesús, así como rostros diferentes de Jesús y de su figura. No es igual la visión de Marcos que la de Juan. Todas las miradas de Jesús en la cruz son ricas y se complementan. Esta pluralidad de miradas a la cruz es importante tenerla en cuenta en la pastoral de este monasterio.

La adoración de la reliquia

Lo señalo porque es un momento importante en la transmisión del mensaje de la cruz. Hasta el covid, los peregrinos pasaban y besaban o tocaban la reliquia. Ahora se hace una venia, una genuflexión... Es un

momento de gran intensidad y carga emotiva en el que se puede ver las lágrimas de muchas personas que visibilizan su historia de vida, su manera de comprender y vivir la fe y lo que significa la contemplación de la reliquia. Hay quienes agradecen, otros piden, otros simplemente están. Todos los días nos encontramos con infinidad de historias humanas y descubrimos la fuerza de la cruz que esta reliquia visibiliza. No es fácil, y no nos toca a nosotros discernir la emotividad del momento y lo que queda después, pero no podemos olvidar el testimonio de personas concretas que afirman que venir aquí y adorar la cruz, el sentirse interpelado por ella, estar y agradecer delante de la cruz les ha cambiado la vida.

Evidentemente no se trata de una veneración a la madera, sino de un acto de adoración a quien estuvo clavado en ella, al que muriendo nos regaló la vida, al que está a nuestro lado en todos los momentos y circunstancias de nuestra existencia. Para muchos es un momento de encuentro con aquel al que se ha estado buscando durante mucho tiempo. «Cuantos caminos recorridos hasta llegar a ti», decía un joven peregrino con lágrimas en los ojos al pasar delante de la cruz.

La adoración de la reliquia va precedida normalmente por una explicación de la historia de cómo ha llegado hasta este monasterio y una catequesis sobre el significado de la cruz. Este es un momento importante que ayuda a muchas personas a situarse en el lugar y en el misterio que están contemplando. No nos detenemos en la explicación del arte del monasterio, la cultura, aunque se dan algunos apuntes de ello, sino en la cruz, el mensaje que transmite del amor incondicional de Dios.

Años jubilares

Una peculiaridad que distingue a este santuario es el de ser uno de los cuatro lugares en el mundo en el que se celebraban años jubilares extraordinarios de carácter perpetuo (actualmente son siete). Cada vez que el 16 de abril, fiesta de santo Toribio de Astorga, cae en domingo, se abre la puerta del perdón iniciándose un año jubilar.

La tradición de celebrar años jubilares en este santuario es muy antigua. Ya en el año 1445, unas actas capitulares registradas en Palencia sobre las peregrinaciones a Tierra Santa y Roma incluyen lo siguiente: que si algunos de los beneficiarios quisieran visitar el cuerpo del glorioso santo Toribio de Liébana tendrían el derecho a la bula del jubileo que se llevaría a cabo durante quince días. Pero el comienzo real será en 1512, cuando el 23 de septiembre el papa Julio II reconoce de manera provisional la demanda del prior de Santo Toribio, perteneciendo el convento a la diócesis de León, acerca de la indulgencia con estas palabras: «Todos y cada uno de los fieles que visitaren la iglesia en la que descansa el mismo santo Toribio, en otro tiempo obispo de Astorga, y donde se guarda una gran parte de la cruz del Señor que allí resplandece con continuos milagros, en la fiesta del predicho y cuando cae en domingo y en los siete días siguientes, puedan ganar indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados». Tres años más tarde, su sucesor León X, mediante la bula *Dignitatus est Salvator*, confirmaba a este santuario como lugar jubilar permanente.

La razón por la que la bula de 1515 justifica este jubileo dice:

Que en la iglesia de dicho monasterio [...] existe, además del cuerpo de santo Toribio de Astorga que allí reposa, una parte grande de la dicha cruz del Señor, con el agujero de uno de los clavos que traspasaron las manos y los pies del Señor, y muchas otras reliquias allí guardadas, que el propio santo Toribio, al cesar en el cuidado de la sacristía del Sepulcro del Señor en Jerusalén, que rigió durante siete años, se dice que, por consejo divino, trajo desde Jerusalén y aquí depositó; en cuyo honor se dice que todos y cada uno de los fieles cristianos de ambos sexos, con espíritu penitencial y habiendo confesado y visitando la Iglesia y el trozo de la cruz y las reliquias citadas, la voz común desde antiguo en aquella comarca contaba que ganaban indulgencia plenaria y remisión de los pecados por concesión de la Sede Apostólica¹.

Hasta el año 1967 el tiempo jubilar se extendía por siete días. Pablo VI dio la posibilidad de ganar la indulgencia durante todo el año equiparando el jubileo lebaniego al compostelano. Hasta la actualidad hay documentados setenta y ocho años lebaniegos.

¹ J. GONZÁLEZ ÉCHEGARAY, «Historia del monasterio lebaniego y de su año jubilar», en AA. VV. *Año Jubilar Lebaniego* (Cantabria Tradicional, Torrelavega 2006) 43-44.

La celebración de los años jubilaes de carácter extraordinario ha hecho de este monasterio un centro de peregrinación no solo de personas de Liébana y de Cantabria, sino de distintas regiones de España y, cada vez más, de diferentes partes del mundo. Las peregrinaciones eran fruto de la devoción, pero, sobre todo, de la convicción de las gentes de que, en este lugar, y al contacto con la reliquia de la cruz, se producían muchos milagros, curaciones de enfermos físicos y mentales. El historiador benedictino fray Antonio de Yepes escribe en el 1609 que ninguno de los enfermos que llegaban a este lugar a visitar la cruz «que no quede libre del demonio, y así acuden a este santuario de todas partes del reino en romería».

La afluencia de peregrinos propició la creación de albergues en el camino para su alojamiento y hospitales para la atención y cuidado de los enfermos. Muy cerca del monasterio estaba el hospital San Lázaro. De esta manera el amor cristiano se hizo concreto en aquellas personas más débiles que venían a este santuario para adorar la cruz de Jesús, dar gracias, pedir por ellos o por otros.

Los peregrinos

Las motivaciones de quienes vienen a este santuario son muy variadas. Llegan aquí en excursiones programadas, parroquias, colegios, asociaciones culturales, movimientos eclesiales, hermandades, cofradías, grupos folclóricos, personas que vienen andando por alguno de los cuatro caminos de peregrinación que terminan en el santuario. Centrándonos en los grupos y personas que vienen con una intencionalidad religiosa, cada uno tiene su propia idiosincrasia que se pone de manifiesto en las celebraciones, en el modo de expresar su piedad, en el vestido, las imágenes religiosas que algunos traen. Es importante reconocer y asumir esta pluralidad celebrativa, descubrir su valor y orientarla, si fuera necesario, hacia una fe más madura, pero sin que eso suponga una negación de lo que tienen de verdad, de expresión de la confianza en Dios y camino de encuentro con él. Junto a esta valoración, hay que presentar el mensaje de la cruz, su riqueza y significación. En este sentido se hace

necesaria una acogida cercana y de calidad, las catequesis sobre la cruz que solicitan varios grupos, la proximidad a las personas para contestar a sus preguntas.

El cardenal Gianfranco Ravasi, en una conferencia que impartió en la embajada de España ante la Santa Sede², distingue tres tipos de peregrinos: los que lo hacen con los pies, como un reto físico; luego los que peregrinan con los ojos, buscan la belleza, conocer otros lugares o culturas; por último, están los que peregrinan con el corazón buscando el misterio, la presencia trascendente que encierra el santuario. Hay, pues, tres tipos de personas que nos visitan. Están los no creyentes, cada vez son más, carecen de una cultura mínima religiosa, por lo tanto, no entienden casi nada de lo que representa el santuario y su mensaje. Entran sin pararse en nada, sacando fotos a todo, no reconocen el lugar sagrado en el que están. En este santuario esto se da mucho al ser un reclamo turístico muy importante en la provincia de Cantabria y en la comarca de Liébana. Tenemos el reto de que evitar que el santuario se convierta en un lugar que visitar y que pierda todo su sentido sagrado. Están también los que son sensibles a lo espiritual a quienes hay que ofrecerles espacios de silencio, posibilidad de encuentro con algún responsable del santuario que los ayude a abrirse a otra realidad. Por último, están quienes vienen con una motivación creyente, saben qué es lo que se van a encontrar, lo buscan, lo celebran y lo agradecen. Nuestra acción pastoral se dirige principalmente a estos últimos.

El gran desafío que tenemos es cómo abrirse a una pastoral que tenga en cuenta de manera diferenciada a todas las personas, hacer que el santuario conserve su esencia y transmita el mensaje que le es propio.

Santuario Lignum Crucis e identidad cristiana

Damos por supuesto que en las ponencias anteriores se han explicado detalladamente los contenidos de la identidad cristiana, las condicio-

² Cf. *Vida Nueva* 3273 (4-10/6/2022) 24-30.

nes que la hacen posible, así como las amenazas a las que se ve sometida en este momento histórico, principalmente el pluralismo religioso que tiende a rebajar los propios elementos identitarios en aras a un diálogo interreligioso en el que se niega lo específicamente cristiano, la centralidad de Jesucristo, para equipar el cristianismo a otras religiones o espiritualidades, el relativismo moral, el auge de espiritualidades no específicamente religiosas, la influencia cada vez mayor de las religiones orientales, los medios de comunicación social y redes sociales.

Partimos de la convicción de que la identidad no es algo dado, sino algo por descubrir. Se trata de un proceso que dura toda la vida. Caminar hacia la identidad cristiana está íntimamente unido a la maduración humana, con el logro de una identidad personal y social estable, con los procesos vitales de crecimiento. No es lo mismo en la adolescencia que en la vida adulta, ni que se tenga una experiencia, aunque solo sea inicial de fe y encuentro con Jesús, que no tenerla. Entendemos que la identidad cristiana es el eje vertebrador de la existencia, lo que la fundamenta y da consistencia. Supone la experiencia teologal de encuentro con Dios, pero alcanzarla, normalmente, suele llevar tiempo. Teológicamente la identidad es fruto de un proceso en el que la persona recupera su ser «a imagen y semejanza de Dios», llamada por Dios a realizarse en Cristo.

Por otra parte, las personas, muchas de otros países, que viene a este monasterio lo hacen con su propia identidad cultural en cuyo marco expresa su identidad cristiana. Vivimos la fe en representaciones culturales distintas que se ponen de manifiesto en la imagen que se tenga de Dios, en la comprensión de Jesús, en la diversidad celebrativa. Esto puede ser motivo de conflicto, pero una pastoral de santuario tiene que valorar todo lo que el peregrino trae y su manera de expresarlo, no rechazarlo y creer que la gracia de Dios y la disponibilidad de la persona hacen posible el encuentro, la experiencia mística.

No le toca a un santuario plantearse una pastoral de procesos que permitan a la persona un crecimiento progresivo en su identidad cristiana porque quienes vienen no permanecen mucho tiempo. Sin embargo, el santuario si ofrece lo que yo llamo un «mensaje focal», en

nuestro caso representado por la reliquia de la cruz, y momentos celebrativos de gran intensidad que pueden ser el inicio de algo nuevo y que la persona vuelva a su hogar transformada. Para que eso pueda darse, el mensaje tiene que transmitirse de una manera muy directa. Tiene que enganchar con la realidad y anhelos que están viviendo las personas, interpelar y ofrecer caminos. Cada santuario tiene su propio mensaje que comunicar: puede ser mariano, de devoción a algún santo, o el de la cruz, como en este, pero en lo particular de cada santuario están contenidos todos los elementos que constituyen la identidad cristiana.

En esta comunicación, voy a señalar algunos núcleos conocidos de la identidad cristiana y la manera como tratamos de predicarla y fomentarla en este santuario, sin ocultar todo el camino que nos queda por recorrer. El símbolo del que partimos es la reliquia de la cruz. Si como decía Kant «el símbolo da que pensar», tenemos en esta reliquia un medio privilegiado para transmitir la identidad de la experiencia cristiana. La cruz y el crucificado es la sabiduría de Dios: «Nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. Mas para lo que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza y sabiduría de Dios» (1 Cor 1,23-24).

El amor de Dios

En un mundo en el que lo divino, Dios, queda tantas veces diluido o se confunde con energías, misterios, lo primero que recuerda esta reliquia es el amor concreto y personal de Dios. Un amor que hemos palpado en la cruz de Cristo: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su único Hijo para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros» (Rom 5,8).

La cruz revela la plenitud del amor de Dios. En el misterio de la cruz se pone de manifiesto plenamente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, aceptó pa-

gar un precio muy alto: la sangre de su Hijo unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en el acto supremo de amor y de libertad del nuevo Adán³.

La cruz de Jesús es la prueba tangible del amor de Dios. La cruz muestra a Dios como puro amor generoso y universal. Un Dios que se abaja para abrazar la realidad humana en toda su complejidad. Un Dios que muestra todo su amor y belleza, no en la omnipotencia, sino en la fragilidad. El mensaje de la cruz no es el sufrimiento ni el juicio, sino el inmenso amor de Dios que se entrega todo entero. Este es lo primero que queremos transmitir a quienes vienen a este santuario. Cada peregrino busca, en el fondo, encontrarse con ese amor de Dios representado en la reliquia de la cruz. Somos criaturas naciendo del amor de Dios. Esta es nuestra verdad más honda, por lo tanto, sobre el hombre siempre cabe una mirada esperanzada. La historia, la propia vida, no camina hacia su destrucción porque Dios está sosteniendo todo con su amor, «la cruz es esa marca de amor»⁴. Dios no es un ser sádico, vengativo, al acecho ante cualquier error. Dios es, y solo puede ser, amor.

Junto a la reliquia de la cruz, otro símbolo del amor y misericordia de Dios lo encontramos en la puerta del perdón que se abre en los años jubilares. Entrar por ella es un momento muy significativo para peregrinos y visitantes. Simboliza la acogida y el abrazo de Dios como al hijo pródigo de la parábola. Resulta llamativo la fuerza que tiene este gesto de atravesar la puerta del perdón. No son pocos los que consideran que ya con ello «han ganado» el don del jubileo, o quienes piensan que solo por atravesar la puerta se perdonan todos los pecados. Por eso, para evitar malentendidos o alimentar una espiritualidad mágica, al comienzo de la eucaristía del peregrino, a la vez que se les da la bienvenida, se explica el significado de atravesar la puerta, se hace una pequeña catequesis sobre el amor de Dios manifestado en Jesucristo, y se recuerdan las condiciones que establece la Iglesia para recibir el don del jubileo.

³ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Cuaresma 2007* «Mirarán al que traspasaron».

⁴ M. SÁNCHEZ MONGE, «Marcados por la cruz del Señor» Carta pastoral con motivo de la celebración del Año Jubilar de *Santo Toribio de Liébana 2023* (Obispado de Santander) 29.

Jesús vive

La reliquia de la cruz nos recuerda que el que murió en ella está vivo, que no es un personaje del pasado, ni una doctrina, sino alguien que murió y resucitó y permanece vivo para siempre. Ser cristiano no consiste en saber cosas sobre Jesús, es vivir desde el convencimiento de que está vivo y es un tú con el que la persona puede encontrarse: «Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe carece de sentido y seguís aún hundidos en vuestros pecados» (1 Cor 15,17). Este anuncio de que Jesucristo vive es un elemento de la identidad cristiana que se transmite con fuerza en este santuario. Él es fundamento que no se puede cambiar (1 Cor 3,11), sobre el que se construye el ser cristiano.

Aquí llegan personas que no son creyentes, están las que vienen movidas por una religiosidad natural o por motivos espirituales no expresamente cristianos, están quienes se hacen preguntas sin encontrar respuestas. Nosotros el anuncio que hacemos es que se puede creer en Dios sin creer en Jesús, pero no se puede ser cristiano sin creer en Jesús resucitado. La fe cristiana no es una creencia o una experiencia religiosa, es el resultado de un encuentro con alguien que está vivo y con quien se puede establecer una verdadera relación de amor⁵.

En este sentido es importante proponer caminos de encuentro con él. El punto de partida es siempre la situación real de las personas con sus gozos y tristezas, certezas y preguntas, sus valores y creencias. Una acogida de calidad, una escucha atenta, sin juicios ni prisas, un diálogo sincero son los previos que hacen posible que puedan iniciar un proceso que termine en el reconocimiento de Jesucristo como un tú viviente. Después están los lugares de encuentro con el Resucitado: la Palabra de Dios, los sacramentos de la eucaristía y penitencia, los pobres, la comunidad, la Iglesia que celebra que Jesús está presente en medio de ella.

⁵ «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1.

Si el encuentro de amor con Cristo es posible, el camino del cristiano es el seguimiento de aquel que se ha manifestado como amor entrañable hasta configurar la propia vida con la de él. Lo podemos llamar amor de identificación con Jesús, «ser en Cristo», en términos paulinos, que es un aspecto nuclear de la identidad cristiana. Esto es necesario transmitirlo en todas las celebraciones que hacemos y en todos los encuentros que tenemos con los peregrinos. La reliquia de la cruz es una llamada a ser como Jesús, a escuchar su Palabra y a cumplirla. Es el símbolo que nos da a conocer toda la historia de Jesús y nos introduce en ella para vivir lo mismo que él vivió. No se contempla la reliquia desde fuera, sino que, en ese «largo y amoroso mirar» que es la contemplación, la persona se va identificando cada vez más con ella.

La identificación con Jesús lleva a plantearse la vida desde Jesús y a preguntarse qué es lo que haría él en mi situación. Esto quiere decir que Jesús se convierte en la referencia esencial de la vida que lleva a amar hasta el extremo. Esto es lo esencial cristiano.

En la fe de la Iglesia

El punto de partida de la fe en Jesús está en la Iglesia, una Iglesia plural pero que mantiene la unidad de la fe en expresiones culturales diferentes. Se es cristiano en la Iglesia edificada sobre el fundamento de los apóstoles que vieron al Resucitado, creyeron en él y nos han transmitido su Palabra. Después de más de dos mil años seguimos remitiéndonos a los acontecimientos y a los testigos de primera hora. Los hechos que ocurrieron en Palestina se actualizan de generación en generación hasta el final de los tiempos en la vida de la Iglesia. En la oración de la ofrenda que diariamente lee un peregrino durante los años jubilares se dice: «Somos tu Iglesia y queremos vivir como miembros vivos de tu cuerpo, amándonos los unos a los otros como tú nos has amado».

Creemos que es importante destacar este elemento identitario en un momento histórico en el que las heridas de la Iglesia parecen más evidentes. No pocos de quienes vienen reniegan de la Iglesia, de su

magisterio, de sus normas morales, critican sus escándalos, no para pocos la Iglesia es una institución que pertenece al pasado, que necesita actualizarse porque ya no responde a las necesidades de esta sociedad. Es necesario escuchar con mente abierta y acoger estas críticas. Pero, también, hay que anunciar que no se puede conocer a Jesús y ser cristiano al margen de la Iglesia. Ser cristiano y pertenecer a la Iglesia se da en el mismo acto del bautismo, por lo tanto, no está a merced de las propias disposiciones o inclinaciones personales. Todo lo recibimos de la Iglesia, los sacramentos, la Palabra, las celebraciones, la iluminación y orientación para transitar por la vida. La Iglesia es el subsuelo de todo cristiano. En ella están las raíces que nutren la vida.

El sentido de Iglesia se fomenta ya desde el comienzo con el rito de acogida ante la puerta del perdón. Es la manifestación de una Iglesia plural, distintas formas de entenderla, distintas espiritualidades y estados de vida, y una Iglesia universal formada por personas que vienen de distintas partes del mundo.

Luego está la celebración de los sacramentos y la Palabra que actualizan a Jesucristo muerto y resucitado. La fe de la Iglesia que se preocupa por despertar la presencia de Jesucristo resucitado que está presente en la asamblea.

Por último, María. No estamos en un santuario mariano, aunque sí en la ruta de muchas personas que hacen peregrinaciones por santuarios marianos. Aprovechamos los tiempos litúrgicos, las solemnidades, fiestas y memorias marianas, como ocasión para transmitir el sentido de pertenencia a la Iglesia.

Para la misión. La fraternidad

La oración de ofrenda que ya hemos mencionado termina con este deseo: «Que bajemos de este santuario con una fe más viva y una esperanza más firme; para que nuestras vidas, al comprometerse y responsabilizarse en los grandes problemas de la Iglesia y del mundo, sean más gozosamente útiles para los demás», y con la petición final

con la que concluye la oración: «Señor, cuenta con nosotros». El amor a Dios vivido en medio de las realidades cotidianas de sufrimiento. La cruz es siempre un lugar vocacional. Y la vocación del cristiano es el compromiso de ayuda, la solidaridad con los que sufren, el servicio que redime. Lo que se pide en esa oración de la ofrenda es estar atentos a los infiernos en los que viven tantas personas, descender a ellos, como lo hace Jesús, mancharse con la vida de tantos para intentar sacarlos de ahí.

El trabajo por una sociedad más fraterna, el estar en el mundo al lado de las víctimas, es elemento constitutivo de la identidad cristiana. Venir al santuario y contemplar la cruz tiene una concreción muy práctica: «comprometerse con los problemas del mundo y que nuestra vida sea útil a los demás».

La Iglesia y el mundo presentan muchos retos. Unos tienen que ver con la evangelización como tarea de todos los cristianos. En una sociedad cada vez más plural y secular, hay que asumir la secularidad en lo que tiene de positivo, es necesario fomentar el compromiso evangelizador en las personas que vienen. Hay que aprovechar cualquier momento, casi siempre suelen ser breves, para hacerlo, transmitir que la misión del cristiano es la misión de Cristo. «Comprometerse y responsabilizarse con los grandes problemas de la Iglesia». Descubrir la propia vocación dentro de ella, y cómo contribuir con ella para el desarrollo de la misión⁶.

Y comprometerse y responsabilizarse de los problemas del mundo que necesita de nuestro trabajo y entrega para construir una sociedad, más justa, fraterna, más humana y cristiana. Entendemos que es urgente fomentar en los cristianos el compromiso con los más necesitados. No es posible una identidad cristiana sin un compromiso con el mundo, no es posible la identidad sin vivir la fraternidad: «El que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve. Este es el mandamiento que hemos recibido de él: que el que ame a Dios, ame

⁶ «Descubrir cuál es nuestra misión en este mundo es mucho más que conseguir un puesto de trabajo o elegir unos estudios. Descubrir nuestra vocación, aquella a la que Dios nos llama, es encontrar el sentido de nuestra vida». M. SÁNCHEZ MONGE, «Marcados por la cruz del Señor»..., 53.

también al hermano» (1 Jn 4,20), no es posible mirar la cruz de Jesús y permanecer ciegos a las cruces del mundo.

De forma concreta, durante el año santo, se hace la colecta que siempre va destinada a dos proyectos sociales, uno de carácter local propuesto por la diócesis de Santander, y el otro, más global, elegido por la fraternidad franciscana y que tiene como finalidad la ayuda a los cristianos que viven en Tierra Santa, a través de nuestros hermanos franciscanos, custodios de los santos lugares.

Ecología

Creo que cada vez es menos discutible incluir la ecología como un elemento de la identidad cristiana. Así lo ha puesto de manifiesto el magisterio de los últimos papas⁷. Cada vez es más evidente que el cuidado de la creación forma parte del mensaje cristiano. Así lo vemos y así lo manifiestan muchos peregrinos que quedan impresionados por los caminos recorridos hasta llegar aquí. Se visita el santuario que está emplazado en el Parque Nacional de los Picos de Europa. Esto es un reclamo para muchas personas que peregrinan movidas por el deseo de contacto con la naturaleza, de paz y encuentro consigo mismas y de búsqueda de una experiencia espiritual verdadera. La majestuosidad del paisaje recuerda que la persona no es el centro, que el mundo le pertenece a Dios, por lo tanto, hemos de cuidarla y respetarla⁸. La espiritualidad en su dimensión ecológica está presente en todo el entorno: el monasterio, la vegetación, en los sonidos del bosque, las

⁷ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (miércoles 17 de enero de 2001); BENEDICTO XVI, *Discurso ante el Parlamento alemán* (22 de septiembre de 2011); FRANCISCO, *Laudato si'* (2015).

⁸ «Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que “gime y sufre dolores de parto” (Rom 8,22). Olvidamos que nosotros mismos somos tierra (cf. Gen 2,7). Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura». FRANCISCO, *Laudato si'*, 2.

cumbres de los montes, los hitos que señalan las rutas de peregrinación, las ermitas dispersas en el monte.

Como fraternidad franciscana que está presente en este monasterio, tenemos en nuestro fundador, Francisco de Asís, «el modelo más bello»⁹ para transmitir este mensaje de respeto a la naturaleza. El *Cántico de las criaturas* que él compuso es una loa a la belleza de Dios. Francisco va a ser el primero que en el cristianismo llame hermano o hermana a las cosas inanimadas extendiendo el concepto de fraternidad no solamente a las personas, sino a la creación entera.

Siendo consciente de la importancia de esta dimensión ecológica entendida desde los valores del cristianismo, en la pastoral, nos falta encontrar la manera adecuada de incorporar este elemento a la evangelización. Tenemos un rico magisterio, pero nos puede faltar la manera de transmitirlo cristianamente.

Ecumenismo

Lo incluyo como elemento identitario porque expresa la petición de Jesús de que todos sean a uno (Jn 17,21). El ecumenismo lo vivimos principalmente con nuestros hermanos ortodoxos que solicitan celebrar su eucaristía varias veces al año, principalmente la víspera de la fiesta de la Exaltación de la Cruz, aunque la relación con ellos se limite, casi siempre, a prestarles la ayuda que necesitan para el desarrollo de sus celebraciones. El que estas se hagan en el santuario y que sean presididas por la reliquia de la cruz hace crecer el sentido de fraternidad, y sirve de manera práctica al fomento del sentido de la comunión. La palabra y la cruz nos unen más que cualquier teoría.

Mediaciones que ayudan al fomento de la identidad cristiana

Señalo algunas mediaciones de las que nos servimos para fomentar la identidad cristiana en la pastoral del santuario.

⁹ *Ibid.*, 10.

ACOGIDA

Una buena acogida es la condición previa para que este santuario sea un centro de evangelización. Como hemos dicho, vienen personas con motivaciones muy diferentes, de edades muy distintas, de culturas diversas. Es importante que quienes nos visitan se sientan a gusto, escuchados si lo necesitan, que quienes vienen sientan que nos interesan, que son importantes. Acoger la diversidad expresiva de la fe. De esta acogida son responsables las personas voluntarias que colaboran en el desarrollo del año santo y la fraternidad franciscana que habita en el monasterio. Hace años se elaboró un protocolo de acogida a los peregrinos que sigue vigente.

Entendemos que las personas voluntarias que colaboran con nosotros no son, sin más, informadores turísticos. Su persona, su forma de estar, de dirigirse a la gente, el servicio gratuito que prestan forman parte del mensaje que este santuario quiere transmitir. Por eso, es importante estar con ellos, escucharlos, estar atentos a sus necesidades. Se les intenta dar una formación básica sobre la historia del santuario y el significado de la reliquia de la cruz. Durante el año santo se tiene con todos los voluntarios una reunión semanal de coordinación

En esta acogida de calidad hay que mencionar con gratitud a la Cofradía de la Santísima Cruz. Fue fundada en 1181 y es la más antigua del mundo. Tiene entre sus finalidades la de custodiar y «adorar a Jesucristo en la madera de la cruz donde redimió a la humanidad; la propagación del culto a la santísima cruz, cuyo trozo mayor se conserva en el monasterio de Santo Toribio de Liébana»¹⁰.

También está siendo muy importante el disponer de un albergue diocesano para la acogida de peregrinos. El permanente contacto con las personas responsables de la gestión y mantenimiento del albergue, el trabajo conjunto, el servicio de voluntariado en el monasterio que prestan algunas personas del albergue, ha propiciado iniciativas como la de que los peregrinos que lo deseen puedan venir a rezar Laudes con la fraternidad franciscana, encuentros informales, acompañamientos...

¹⁰ *Estatutos de la Cofradía de la Santísima Cruz*, art 2.

IR A LAS CUESTIONES DE FONDO

El continuo paso de personas y la brevedad de las visitas obliga a plantear las grandes cuestiones de fondo que toda persona lleva consigo y la respuesta que aporta la fe en el poco tiempo del que se dispone. Cada persona que viene aquí, independientemente del motivo que le ha traído y del tiempo que permanezca con nosotros, lo hace con su historia, con sus preguntas y cuestiones sin resolver. Hay que explicitar eso que muchos no se atreven a formular: ¿qué será de nosotros, hacia dónde vamos?, ¿qué es lo que realmente queremos?

Y junto a esto ofrecer el mensaje de la cruz de que Dios no es un juez, sino un amante, por tanto, que toda persona es amada por Dios y que la prueba más grande de este amor está simbolizada en la reliquia de la cruz, expresión del amor hasta dar la vida. San Francisco de Asís escribía que quien se acerque a nosotros tiene que percibir que es amado. Para poder hacerlo hay que buscar espacios y tiempos de encuentro que hagan posible este descubrimiento.

EL SANTUARIO COMO ESPACIO SAGRADO

El presentar y preservar el santuario como un espacio sagrado es un esfuerzo que hay que hacer quizá más que en otros momentos. La afluencia de visitantes, el que el monasterio entre en el circuito de visitas turísticas, la pérdida del sentido de lo trascendente hace que se pueda diluir su sentido sagrado. Cuando se entra al santuario se tiene que percibir que está habitado por alguien, que es un signo de la presencia divina, que hay un tú que lo envuelve todo y con el que se puede entrar en relación. Tiene que propiciar que la persona pueda sacar lo que lleva dentro y ponerlo en manos de un Dios que le sale al encuentro, en nuestro caso, en la reliquia de la cruz. Cuando se pierde el sentido de lo sagrado, ya no suscita preguntas, ya no sirve para el fomento de la identidad del cristiano. Somos quienes vivimos en el monasterio y atendemos el santuario quienes primero tenemos que estar convencidos de que estamos en un lugar sagrado, que todo debe hacer referencia a Dios. Hay que cuidar los detalles, una música de fondo, luz adecuada

que invite al recogimiento, un olor suave, unas flores, y orientar a quienes visitan el santuario en el sentido de respeto y decoro al lugar. Es importante que haya un espacio para la oración silenciosa. Nosotros intentamos, no siempre lo conseguimos, que la Capilla de la Cruz sirva a quien lo desee para hacer un tiempo de oración personal.

PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA Y CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS

La proclamación de la Palabra y la celebración de los sacramentos es un punto común a todos los santuarios. La escucha de la Palabra es un momento importante de la pastoral del santuario. La «mística» del lugar, el espacio, la celebración, la explicación de las lecturas pueden ayudar a profundizar en el ser cristiano. En este santuario que alberga la reliquia de la cruz —y durante el año santo—, disponemos de un leccionario propio con lecturas escogidas que hacen referencia a la misericordia de Dios, al pertenecer y ser en Cristo, a la cena del Señor y a su pasión. Sobre estas lecturas se hace la predicación, que quiere ayudar a las personas que celebran la eucaristía con nosotros a una comprensión más exacta y madura de la identidad cristiana. También se procura que haya catequesis, charlas y encuentros en torno a la Palabra.

La celebración de los sacramentos, especialmente reconciliación y eucaristía, son lugares privilegiados de encuentro con aquel que, muerto en la cruz, ha resucitado.

El sacramento de la reconciliación tiene especial importancia. Son numerosas las personas que vienen a la confesión después de muchos años sin hacerlo con un deseo sincero de cambiar de vida. La escucha sin prisas, el ayudar a la persona a abrirse a la misericordia de Dios, el que tome conciencia de su verdad y responsabilidad con su vida, el proponerle caminos de renovación... Estas personas encuentran en este sacramento un lugar privilegiado. Sería necesario proponer celebraciones comunitarias de la penitencia dando a la reconciliación un sentido más eclesial, más comunitario y más participativo.

La celebración de la eucaristía debe tener en cuenta la diversidad celebrativa de los distintos grupos que vienen y que desean participar

en ella y expresar su identidad colectiva o nacional con sus cantos, sus estandartes y banderas, sus trajes. Cuando vienen grupos diversos, la participación de todos ellos en la celebración eucarística es signo de comunión eclesial y universalidad de la Iglesia. Es necesario una mente abierta, al mismo tiempo que discernir qué es lo que se puede y no se puede hacer.

EL ACOMPAÑAMIENTO

Mi experiencia personal en el tiempo que llevo es la necesidad de buscar espacios y tiempos para el acompañamiento. No siempre sabemos hacerlo, no siempre nos hacemos lo suficientemente visibles para que quien lo desee pueda ser escuchado. Pero existe esta demanda real. Muchas personas vienen aquí y quieren experimentar algo importante para su vida y necesitan orientación. Son importantes la celebración de los sacramentos, las catequesis sobre el significado de la cruz, el cuidado del espacio sagrado del santuario, pero también la presencia de agentes pastorales que se presten a acompañar historias de vida. A veces será acompañar en silencio, otras rezar una oración juntos, otras decir una palabra. Creo que es un aspecto que cuidar en la pastoral de los santuarios.

Conclusión

El santuario de Lignum Crucis, por la presencia de la reliquia de la cruz, por su larga tradición, lugar jubilar extraordinario y por el entorno geográfico en el que está enclavado, es un lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo y de transmisión del mensaje cristiano. Es en la relación con Jesús donde nos estamos jugando nuestra identidad.

Constatamos que las personas que vienen al santuario, generalizando, son cada vez menos cristianas. Esto plantea retos, quizá el más importante es que no se pierda el sentido sagrado del santuario. Tenemos un gran desafío. Distinguir lo turístico de lo celebrativo para que no se lo coma, potenciar o crear mediaciones nuevas: acompañamiento con personas preparadas, cuidar espacios y tiempos de oración.

Creemos que es importante fomentar el sentido de Iglesia, así como el compromiso cristiano por una sociedad más justa. Muchas de las personas que vienen no tienen ninguna relación con la Iglesia institucional. No hay identidad plenamente cristiana sin Iglesia. Respecto al compromiso, la reliquia de la cruz nos pone delante a todos los crucificados de nuestra sociedad. No nos podemos conmovir ante un madero que nos recuerda a Cristo y no hacerlo ante quienes lo están pasando mal.

El éxodo silencioso

M.ª Eugenia Gómez Sierra, MSM

1. Introducción

Cuando oímos la expresión: «Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré» (Gen 12,1) viene a nuestra memoria la historia de un hombre fiel, Abrahán, al que reconocemos como el padre de la fe. Alguien que dio un «sí» permanente a la llamada de Dios.

Esta revelación provoca en nosotros una alegría interior y un regocijo con el que nos sentimos identificados, pero ¿qué ocurre con nuestros jóvenes que durante un tiempo han compartido con nosotros esa fe y ahora parece que invierten el versículo y se quedan solamente con la expresión: «Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre» sin descubrir la belleza de la promesa que Dios nos hace? ¿Cuáles son las razones por las que el abatimiento y el cansancio los lleva a dejar la fe y su compromiso con la Iglesia?

Realmente, nadie conoce con certeza la respuesta a estas preguntas que provocan en los creyentes tantos desvelos. Pero quizás sí sería bueno reflexionar sobre posibles causas o comportamientos que suscitan en los jóvenes sentimientos de crítica y rechazo al seguimiento de Jesucristo y al vínculo filial con la Iglesia.

Con gran atrevimiento por mi parte me he permitido interrogar a bastantes universitarios, de los cuales extraeré algún testimonio para la siguiente reflexión¹. En mi contacto con ellos, después de largas conversaciones, he llegado a algunas conclusiones que considero personales y que me atrevo, con temor, a plantear en estas líneas, sin que esto tenga mayor valor que mi deseo de ponerlo en común con otros.

¹ La reproducción de estos testimonios ha sido autorizada por los autores.

2. La incertidumbre de la identidad madura

El discurso de los jóvenes críticos o decepcionados con la religión se apoya, frecuentemente, en ciertos tópicos que tienen que ver con la indemostrabilidad de la experiencia religiosa y la aceptación del misterio. Al joven le cuesta creer que Dios pueda irrumpir en nuestra vida sin más, gratuita y amorosamente, a él le gusta comprobarlo y saberlo todo, sin dar cabida a alguien que parece escaparse de sus manos, por eso abandona la práctica religiosa². «La principal (razón³) es que al fin y al cabo la religión y la existencia de Dios es algo que no se puede contrastar y verificar que sea real, ya que no hay ningún método para comprobarlo y solo quedaría la fe como pilar que sostiene la creencia, lo cual es algo complicado de conseguir». El joven busca certezas y no las encuentra, no comprende la respuesta de Jesús a quien le pregunta: «Maestro, ¿dónde moras?» (Jn 1,35).

En los diálogos juveniles es común oírles decir que de pequeños fueron engañados por sus familias, sus profesores, sus catequistas y sus educadores, pero que ya son demasiado mayores para creerse estos cuentos⁴. Como testimonia una joven universitaria diciendo: «Porque mucha gente considera muchas de las cosas que cuenta la Iglesia algo imposible y con el uso de la razón al crecer comienza a verlo como una mentira».

Ingenualmente consideran que las creencias infantiles no necesitan un proceso de maduración como otros aspectos de la vida y las desechan por considerarlas un límite en su desarrollo personal, incluso después de años de participación en la vida eclesial.

² M. E. GÓMEZ, *Adolescencia, espacio para la fe* (PPC, Madrid 2014) 54.

³ El término «razón» es nuestro, no lo incluye el autor.

⁴ *Ibid.*, 54. En este momento «el tópico de la transmisión de las creencias desde el seno familiar y de la vivencia de la práctica religiosa por imposición entra con frecuencia en crisis en esos momentos evolutivos. [...] La mayoría está convencida de que la creencia no tiene que determinar ni las actitudes ni mucho menos el comportamiento religioso, simplemente la creencia es el resultado lógico de su actividad intelectual, que explica y da seguridad a su mundo en caos».

La aparición del pensamiento lógico les ha abierto un mundo nuevo lleno de horizontes por surcar, en el que el mar de «lo religioso» parece no tener cabida. Sus olas suenan a infantilismo, a dependencia e imposición, por eso, prefieren quedarse en la arena sin mojarse, a pesar de que su interioridad reclama con fuerza un puerto seguro donde recalar.

Abrir el pensamiento al mundo de lo *posible* además de lo real⁵, implica vivir de una manera distinta a la de las etapas anteriores. Ahora las relaciones interpersonales ya no son siempre seguras y de protección, sino que pueden implicar un riesgo, una exposición ante lo desconocido, que exige una apuesta y una elección como es el caso de la fe.

Configurar la nueva identidad personal supone descubrir la vida como una vocación, una llamada a la que hay que responder con un sentido⁶, a veces, contrario al que se ha venido viviendo con anterioridad. El deseo de cambio y el ansia por la independencia puede llevar a romper con lo heredado sin que paralelamente se dé una pregunta por el significado de la presencia de Dios en la propia vida.

La crisis de identidad no conlleva necesariamente una crisis de fe, sobre todo cuando existe una experiencia religiosa profunda y el joven ha llegado a descubrir el valor del amor de Dios en su vida. La llamada de Dios espera una respuesta personal que supone reconocer y acoger la grandeza del amor de Dios en nuestro «yo» y el carácter liberador que conlleva su seguimiento. Un encuentro cara a cara con la mirada de Jesús, en cuyo rostro resplandece la misericordia del Padre, para que se ilumine y plenifique las raíces del propio ser.

El joven actual, inyectado con el virus del consumismo, el individualismo y el utilitarismo de la sociedad en la que ha nacido, se pregunta para qué sirve Dios en su vida, qué le puede aportar en esa dura

⁵ *Ibid.*, 28.

⁶ F. TORRALBA, *La inteligencia espiritual* (Plataforma Editorial, Barcelona 42011) 79: «La búsqueda de sentido no es un producto de la cultura, ni un fenómeno artificial. Emerge de lo hondo del ser, como una necesidad primaria, como una pulsión fundamental».

tarea que lleva a cabo para construir su identidad. Desafortunadamente, su respuesta, en clave de utilidad material, encuentra el vacío y la nada, lo que lo lleva a desentenderse o, incluso, a oponerse a la existencia de Dios. «Por otro lado, la sociedad es muy individualista y la religión, entre otras cosas, consiste en la entrega a los demás, sin esperar ningún beneficio a cambio, y puede que mucha gente no esté dispuesta a ello».

Si la pregunta por la utilidad de Dios se responde con un conjunto de «noes» lo que aparece es el desánimo y el rechazo, porque creer, aparentemente, no ofrece ninguna ventaja frente al no creer y la práctica religiosa se convierte en una pérdida de tiempo y energía. Muchas veces lo que ocurre es que falta la luz para apreciar la fuerza invisible de la gracia y el tesoro inimaginable de la comunión con Dios. Dios no es la autoridad que prohíbe, que vigila y castiga, como creen ellos, sino el Padre amoroso que protege con su sombra cada paso de nuestra historia.

Por otra parte, encontramos otra dificultad referida al contexto cultural consumista⁷ en el que se mueven los jóvenes y al que aún no hemos dado respuesta en la Iglesia. El joven cree que la felicidad se encuentra en la posesión de cosas, muchas cosas, cada vez más cosas, sin las cuales es imposible la vida. Sin embargo, el seguimiento de Jesucristo invita a lo contrario, al despojamiento de cosas vanas y superficiales para ir abandonándose lentamente en los brazos de Dios. El «vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y luego ven y sígueme» (Lc 18,22) se presenta como una montaña gigante a la que no es tan fácil enfrentarse.

En definitiva, podemos decir que parte de las situaciones dolorosas de abandono de la Iglesia que se producen entre nuestros jóvenes podrían explicarse por causas culturales que han ensombrecido la naturaleza humana y han hecho de ella algo que no es real y a lo que no hemos tenido el valor de enfrentarnos. Provocan escalofríos comentarios del estilo de: «Además, la Iglesia como institución ha establecido

⁷ F. TORRALBA, *Inteligencia espiritual en los niños* (Plataforma Editorial, Barcelona 2012) 98.

prohibiciones o limitaciones a los seres humanos que no les permiten formar parte de ellos como es el colectivo LGTBI, los cuales no son bien recibidos».

Sin embargo, creemos que existen razones más profundas que deberían interpelarnos *ad intra* en la comunidad eclesial, en las que vamos a detenernos a continuación.

3. La tradición

Al mirar hacia atrás sorprende como la historia de la Iglesia nos habla de su gran capacidad para adaptarse a la realidad a lo largo de los siglos, así como, de su sabiduría para anunciar la belleza del Evangelio a todo tipo de personas. Basta recordar la proeza de los catecismos indígenas, o los pórticos de las catedrales para comprender cómo cada momento histórico tuvo su respuesta para acercar la fe.

La multitud de formas, lenguajes y estrategias que han surgido con el tiempo nos hablan de la vivacidad del Espíritu y de su presencia entre los hombres para que la fe fuera transmitida de generación en generación.

Entonces, ¿es que nos ha abandonado ahora el Espíritu? Ciertamente no⁸. Él permanece entre nosotros y nos impulsa, con fuerza, a continuar con nuestra misión, pero contando con la realidad en la que vivimos. La fuerza de la buena noticia no ha decrecido en estos tiempos, a pesar de que muchos niños y jóvenes encuentran realmente razones para rechazar la tradición.

⁸ La evangelización es la tarea y misión esencial de la Iglesia. La Iglesia dejaría de serlo si no evangelizara. A lo largo de la historia, ella ha venido cumpliendo esa tarea. Para ello, con el dinamismo de la encarnación de Jesús, se inserta en la historia de la humanidad y en cada uno de los pueblos para anunciar así el Evangelio del Señor. La Iglesia, pues, vive para evangelizar.

A lo largo de la historia, con diversos métodos y formas de acción, la misma Iglesia ha ido adaptándose para rendir al ciento por uno en esa misión. Lo hace, ciertamente, con la luz del Espíritu Santo, quien es el protagonista principal de la misión. En los tiempos recientes, se habla de una *nueva evangelización*. Esto no significa que haya un cambio esencial en la misión y en el contenido de esta. San Juan Pablo II le da las características a esa nueva evangelización cuando afirmó que se trataba de «nueva en métodos, nueva en expresiones y nueva en ardor». en: https://www.celam.org/cebitepal/detalle_t.php?id=69

Algunos jóvenes consideran la tradición como una imposición y no alcanzan a ver la riqueza que tiene en sí. «Creo que desde que somos pequeños nos ha impuesto mucho el tema de la religión, la fe y todo lo que tiene que ver con ello. En muchas ocasiones lo veíamos como una obligación más que como algo que podemos disfrutar y aprender, por lo cual, en cuanto teníamos la oportunidad de alejarnos de ello lo hacíamos».

No ven en la tradición la presencia y la acción del Espíritu sino un conjunto de costumbres, normas y tradiciones que les resultan obsoletas y antiguas. «Considero que, a día de hoy, los jóvenes se alejan de la fe porque hay muchos aspectos sociales o incluso ideas que piensan que se quedan alejados de la “sociedad” que se está formando día a día». «Los jóvenes no van a la Iglesia porque se ha quedado anticuada. La Iglesia se ha convertido en un lugar lúgubre donde solo van ancianos». Piensan que la Iglesia ha de adaptarse a los tiempos y cambiar esos comportamientos para hacerse más acorde con sus gustos y sus necesidades. Algunos han vivido experiencias de imposición en el ámbito familiar y se han resistido a hacer propio eso que consideraban «manías» de los más cercanos.

A la gran mayoría le ha faltado la comprensión del verdadero significado de los símbolos y los ritos sagrados que realizamos, a pesar de haber sido educada en centros católicos, y como consecuencia no ha logrado nunca disfrutar de la ternura de la relación con Jesucristo.

Muchas veces los jóvenes han sido instruidos en la fe desde un procedimiento meramente intelectual o afectivo, sin que se los haya puesto en contacto con el misterio, sin que se haya producido nunca una experiencia religiosa, ni tan siquiera, sin que hayan gozado de participar en la comunidad eclesial con autenticidad. Sus vivencias religiosas no han pasado de unos ratos en los que se compartían buenas relaciones personales.

Nos permitimos reproducir literalmente un texto de una joven universitaria para que se pueda apreciar la opinión que expresa y la desafección con la que habla al considerar en tercera persona la experiencia que ella misma ha vivido durante muchos años en el seno eclesial:

Creo que una de las razones de que una persona se aparte de la fe y de la Iglesia es porque tienen su fe en modo «automático». En un colegio católico como el mío puede que recen la oración de por la mañana como si recitasen una poesía, y que hagan lo mismo con la oración de por la tarde. Tienen los rezos y el hecho de creer en Dios tan automatizado como caminar, lo hacen casi sin pensar y «porque toca», por lo que al salir del colegio se alejan de su fe, porque yo no hay nada externo ni interno que los empuja a creer o rezar.

Ha faltado el encuentro con Dios, no se ha reconocido en él a quien nos ofrece la salvación y da sentido pleno y último a nuestra vida y, como consecuencia, no se ha dado verdaderamente un seguimiento.

¿Es lo mismo la formación religiosa que la transmisión de la fe? ¿Son suficientes los saberes para seguir a Jesucristo? Realmente no y de esto se quejan con dureza y resentimiento algunos jóvenes. «Al final una Iglesia que no quiere ni intenta llegar a los jóvenes, que no se muestra como un lugar lleno de gozo e ilusión, que no se actualiza y que, en definitiva, busca hacer lo mismo de siempre sin ningún tipo de muestra de interés no es atractiva». Es el testimonio vivo y auténtico el que hace creíble en los jóvenes la verdad de lo que se anuncia. Es la alegría contagiosa del Resucitado hecha vida en cada uno de los cristianos lo que se contagia y lo que lleva a preguntarse ¿qué tiene él que a mí me falta?

¿Será entonces que no dejamos transparentar suficientemente la luz que recibimos cada día en la oración y en nuestra participación en la vida sacramental? En parte sí y en parte no. El «sí» puede estar asociado a las prisas y la lista interminable de tareas que nos abruman haciendo pensar, a los que nos contemplan desde fuera, que ser cristiano es, a veces, una misión titánica a la que ellos no quieren enfrentarse. Interpela en lo profundo de nuestro ser eclesial la respuesta hiriente de una joven en la que se denuncia el afán desordenado por la tarea apostólica: «No quiero ser como mi padre, corriendo siempre y sirviendo a todo el mundo como si él fuera Dios. A mí no me gusta el esfuerzo».

Por el contrario, el «no» puede explicarse por la ausencia de silencio y calma en la vida de los más jóvenes. El ritmo trepidante de la vida y

los deseos insaciables de hacerlo todo, de tenerlo todo y de conocerlo todo dificultan muchas veces las condiciones para que se despierte en la persona el ansia de Dios.

En la sociedad de las prisas falta la calma para valorar experiencias como la del profeta Elías huyendo de la persecución de Jezabel. Cuando, impulsado por Dios, Elías se esconde en una cueva y ve el terremoto, el huracán, el fuego, Dios no está en ninguno de ellos. Después del fuego hubo «un ruido como el de una brisa suave» y en la calma y el silencio Elías encuentra a Dios y se cubre el rostro con el manto. El profeta sale al encuentro de Dios y él le habla (cf. 1 Re 19,9-18). El texto hebreo dice literalmente que Elías oyó «el ruido o la voz de un silencio (*demama*) suave».

¿Ofrecemos a los jóvenes oportunidades para este tipo de experiencias de encuentro con ellos mismos y con los deseos profundos de su corazón? ¿O más bien nos acosa el miedo y la incertidumbre, porque pensamos que los jóvenes no van a responder a este tipo de iniciativas? Dios habla con nitidez en el silencio ofreciendo su suave compañía y espera pacientemente el reconocimiento de su voz por parte del hombre para seguirlo.

Los jóvenes, muchas veces, buscan con fuerza y energía el sentido, pero les falta la serenidad suficiente como para reconocer lo profundo, lo verdadero, por eso no les resulta fácil el encuentro con Dios. Se deslumbran con el resplandor de la primera perla que encuentran, sin tener paciencia suficiente para descubrir el diamante que se encuentra un poco más allá, necesitan la belleza, pero se confunden con lo bonito⁹.

Les asusta el silencio, porque temen lo desconocido y, sobre todo, porque tienen un miedo espantoso a la soledad, a pesar de que en el fondo la mayoría de las veces viven solos aun estando rodeados de mucha gente. La sociedad del ruido en la que han crecido llenos de estímulos desde que vieron la luz los ha adormecido para mirar en lo profundo y su oído del alma está des acostumbrado a oír el murmullo del amor divino.

⁹ G. MOURÉ, *El síndrome de Mozart* (SM, Madrid 2003) 34.

Sin embargo, es posible que el joven se desprenda de su móvil, de su tablet y de cientos de cosas que le aturden para darse la vuelta y mirar hacia su origen descubriendo un lazo invisible con su creador.

4. El problema del mal

Los adultos hablamos alegremente de las supuestas maldades de la juventud actual sin caer en la cuenta de que no es lo mismo hablar desde la tranquilidad que hacerlo desde el dolor. En las generaciones anteriores se han vivido sufrimientos y horrores que produjeron heridas, pero que fueron cicatrizando al calor de las familias. Hoy en día muchos niños viven desde la herida y el llanto contenido situaciones de separación, de abusos, de incompreensión y de miseria y buscando consuelo se preguntan dónde está Dios.

Las heridas humanas abiertas y sangrantes buscan siempre un culpable sobre el cual cargar el sufrimiento y el dolor, si no lo encuentran en la tierra buscan más arriba. Alexis Carrel afirmaba, en su célebre frase, que la persona humana, «es a la vez mármol y escultor», por eso necesita darse razones frente a las heridas hechas con su propio cincel.

Es cierto que el ser humano posee la capacidad de sufrir y de hacerlo con significado, pero es incapaz de hacerlo sin Dios. Cuando Dios ha sido apartado de la realidad cotidiana se sufre con crudeza los envites del sufrimiento en una proporción casi inversa al placer disfrutado. La furia del mal es aún más visible cuando se pasa la vida buscando el disfrute permanente¹⁰. Ahí tenemos una buena razón para que el joven abandone la Iglesia. La Iglesia anuncia un significado redentor del sufrimiento y guarda silencio ante el misterio que encierra, pero el joven que vive, en general, una vida de placer exige razones explícitas porque le resulta incomprensible el silencio como respuesta. Por eso se

¹⁰ «De esta manera ese mundo de sufrimiento, que en definitiva tiene su sujeto en cada hombre, parece transformarse en nuestra época —quizá más que en cualquier otro momento— en un particular “sufrimiento del mundo”; del mundo que ha sido transformado, como nunca antes, por el progreso realizado por el hombre y que, a la vez, está en peligro más que nunca, a causa de los errores y culpas del hombre» (SD 8).

pregunta: «¿Cómo es posible que les pasen cosas tan malas a personas tan buenas?». Su lectura de la realidad no se fija en el misterio sino en el mérito, siendo desconcertante el hecho de que al bueno le toque sufrir como ocurría en los primeros tiempos del Antiguo Testamento.

Hoy en día el joven se sigue preguntando por el significado de la muerte del inocente y se le hace incomprensible que Dios omnipotente y onnisciente sea incapaz de frenar el dolor y el sufrimiento humano. El joven no entiende de la síntesis divina que aproxima la trascendencia a la inmanencia, le parece incompatible la existencia de Dios, un Dios que te quiere y que, en expresión suya, «permite» que nos pasen cosas malas.

Juan Pablo II, en la encíclica *Salvifici doloris* presenta el sufrimiento como una experiencia profundamente humana, a través de la cual es posible irradiar al mundo el amor. La justificación a este argumento es que el sufrimiento ajeno exige de cada uno el don desinteresado del propio «yo en favor del otro»¹¹. Este misterio es bello, pero no evidente, sino que requiere de un amplio camino educativo que, a veces, nos ha faltado en nuestros procesos catequéticos.

Ni los niños ni los jóvenes han sido educados para comprender la verdad oculta que se encierra en el dolor. A ellos les cuesta bastante salir de sí en servicio de los otros, salvo cuando el otro es conocido o está vinculado a él con los lazos de la amistad. Y a nosotros ¿acaso no nos cuesta acompañarlos en este recorrido del misterio que muestra nuestra debilidad?

¹¹ JUAN PABLO II, *Salvifici doloris* (1984) 29. «Siguiendo la parábola evangélica, se podría decir que el sufrimiento, que bajo tantas formas diversas está presente en el mundo humano, está también presente para irradiar el amor al hombre, precisamente ese desinteresado don del propio “yo” en favor de los demás hombres, de los hombres que sufren. Podría decirse que el mundo del sufrimiento humano invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano; y aquel amor desinteresado, que brota en su corazón y en sus obras, el hombre lo debe de algún modo al sufrimiento. No puede el hombre “prójimo” pasar con desinterés ante el sufrimiento ajeno, en nombre de la fundamental solidaridad humana; y mucho menos en nombre del amor al prójimo. Debe “pararse”, “conmoverse”, actuando como el samaritano de la parábola evangélica. La parábola en sí expresa una verdad profundamente cristiana, pero a la vez tan universalmente humana. No sin razón, aun en el lenguaje habitual se llama obra “de buen samaritano” toda actividad en favor de los hombres que sufren y de todos los necesitados de ayuda».

La respuesta cristiana a ¿qué es el mal y de dónde viene?, es bien distinta de la que dan otras tradiciones culturales y religiosas, en las que se cree que la existencia es un mal del cual hay que liberarse. En nuestra cosmovisión es necesario aceptar algo que a los jóvenes les desconcierta, que la existencia, sea como sea, y lo que existe son un bien que no contradice la bondad del Creador y el bien de las criaturas.

Sin embargo, hay momentos en los que sostener esta creencia se hace difícil, como, por ejemplo, cuando una madre pierde a su hijo pequeño o un niño ve morir a sus padres en un accidente, porque estos acontecimientos reclaman un salto en el vacío para fiarse del amor infinito de Dios.

El ser humano sufre a causa del mal, que es una cierta falta, limitación o distorsión del bien. Sufre a causa de un bien del que él no participa, del cual es en cierto modo excluido o del que él mismo se ha privado (SD 7). Así pues, en el concepto cristiano la realidad del sufrimiento se explica por medio del mal que está siempre referido, de algún modo, a un bien. La compañía y la cercanía de los adultos han de ayudar a los que avanzan por un camino de madurez a comprender esos momentos de ausencia como un acontecimiento al que dar un sentido.

Los jóvenes no han sido formados en el sentido misterioso del dolor y del sufrimiento en ningún momento de su vida, aunque sus experiencias estén llenas de amargura no han logrado descubrir que el sufrimiento pertenece a la trascendencia del hombre, como afirmaba Juan Pablo II en su encíclica *Salvifici doloris* (SD 2). Nadie los ha introducido en la certeza de que el hombre está llamado a superarse a sí mismo misteriosamente precisamente en el sufrimiento. Nadie lo ha hecho desde el acompañamiento sencillo y a la vez profundo que implica el estar simplemente a su lado sin dar razones sino presencia.

5. Pertenecer desde la fragilidad

Muchos jóvenes que han sido creyentes practicantes no se sintieron en la Iglesia como en casa, aún más, no la sintieron como una

madre¹². Ese malestar los llevó a abandonarla, quizás porque, en realidad, su proceso formativo de iniciación cristiana no les otorgó un sentido verdadero de pertenencia. En ella no encontraron esa característica tan propia de la madre que no es solo la de dar la luz, sino la de ofrecer ternura y cuidado a lo largo de la vida para que el hijo no se hiera nunca y siempre se sienta seguro y acompañado. Muchas veces ha faltado el vínculo materno-filial que sirve de asidero seguro al que agarrarse en los tiempos de tempestad.

Cuando se habla con estos jóvenes se escucha con pena que «la Iglesia es en realidad de los sacerdotes, los obispos y las monjas» como si se tratara de una organización donde cada uno desempeña un trabajo y en el que no hay sitio para que ellos hagan nada, les suena a propiedad ajena a la que no pertenecen. Hablan con frialdad de una comunidad a la que encuentran como responsable de muchos males que han escuchado por los medios de comunicación y que ni siquiera se han molestado en enjuiciar con serenidad. Son víctimas de una manipulación intencionada y responsables pasivos de haberse dejado manipular por comodidad.

Los desaciertos de la Iglesia son presentados con exageración y aborrecimiento, lo que provoca en ellos tal rechazo que desean abandonarla sin más. No desean ser identificados con abusos ni malas costumbres, pero huyendo despavoridos no son capaces de pensar con objetividad en la verdad. Cuando dejan la Iglesia no sienten la orfandad de una familia que hace tiempo los acogió en su seno compartiendo el mismo Padre y la misma madre.

Muchas veces, esos muchachos no han llegado a descubrir ni la responsabilidad de su compromiso bautismal ni el verdadero sentido de comunidad, su pertenencia ha sido simplemente un rito de inserción social que no ha dejado huella en su personalidad. Aunque es cierto que como cualquier bautizado estuvieron implicados en la

¹² FRANCISCO, «La Iglesia es femenina porque es “iglesia”, “esposa”: es femenina y es madre, da a luz». Es, por tanto «esposa y madre», en *L'Osservatore Romano* (21-05-2018, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes, 15 de junio de 2018).

construcción, cuidado y embellecimiento de la Iglesia y que recibieron la nueva tarea (*munus*) de hacer presente en el mundo el reino de Dios, no siempre fueron conscientes de ello, a veces, ni siquiera se les enseñó.

La misión que recibieron en el bautismo quedó oculta, en secreto, o bien, porque se sintieron débiles para llevarla a cabo, o bien, porque sintieron que los que la llevaban a cabo lo hacían con tanto protagonismo personal que ellos no tenían nada que aportar.

Son muchos los que hablan de la decepción provocada por el comportamiento de creyentes. También son bastantes los críticos con esa soberbia oculta que hace de la Iglesia un «terreno» con nombre propio y no precisamente el nombre de Jesús. Estas denuncias, no siempre bien fundadas, nos deben hacer pensar en la necesidad de un cambio creativo para vivir no como fósiles del pasado sino como evangelizadores que abren brecha¹³ y saben implicar a todos los que llegan en la misión del anuncio del amor de Dios.

No siempre es verdad que los jóvenes abandonan la religión por el mal ejemplo de otros cristianos, pero no deja de ser comprometido el hecho de que nuestro ejemplo no solo no sea un imán que atrae a otros porque muestra la luz radiante de Cristo, sino que desanima o desalienta a otros en su camino hacia Dios.

¹³ «¿Cuáles son las características del celo evangélico verdadero según Pablo? Para esto, me parece útil el texto que hemos escuchado al inicio, una lista de “armas” que el apóstol indica para la batalla espiritual. Entre estas está la prontitud para propagar el Evangelio, traducida por algunos como “celo” —esta persona es un celante en el llevar adelante estas ideas, estas cosas—, e indicada como un “calzado”. ¿Por qué? ¿Por qué el impulso por el Evangelio está vinculado a lo que se pone en los pies? Esta metáfora hace referencia a un texto del profeta Isaías, que dice así: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sion: “Ya reina tu Dios!”!» (52,7).

También aquí encontramos la referencia a los pies de un anunciador de buenas noticias. ¿Por qué? Porque quien va a anunciar debe moverse, ¡debe caminar! Pero notamos también que Pablo, en ese texto, habla del calzado como parte de una armadura, según la analogía del equipamiento de un soldado que va a la batalla: en los combates era fundamental tener estabilidad de apoyo, para evitar las insidias del terreno, porque a menudo el adversario llenaba de trampas en el campo de batalla, y para tener la fuerza necesaria para correr y moverse en la dirección adecuada. Por esto, el calzado es para correr y evitar todas estas cosas del adversario», FRANCISCO, *Audiencia general* (12-4-2023).

6. Conclusión

Son muchas y muy profundas las razones que llevan a ciertos jóvenes a abandonar la fe después de haber permanecido insertos en la vida de la comunidad cristiana. No es fácil analizar las causas, pero sí lo es observar las consecuencias. Cuando los jóvenes se separan de Dios empobrecen su vida y dejan de gozar de la fuente de la gracia y a nosotros, los creyentes, nos toca mostrar la fuerza de la esperanza.

Valgan para concluir estos versos de Charles Péguy en los que se nos recuerda que hemos de vivir acogiendo con renovada ilusión esa juventud que encontrará en la Iglesia la ternura de una madre fiel:

Mi pequeña esperanza
es la que se duerme todas las noches,
en su cama de niña, después de rezar sus oraciones,
y la que todas las mañanas se despierta
y se levanta y reza sus oraciones con una mirada nueva.

Yo soy, dice Dios, Señor de las Tres Virtudes.

[...]

Y mi pequeña esperanza no es nada más
que esa pequeña promesa de brote
que se anuncia justo al principio de abril.

(C. PÉGUY, *La pequeña esperanza*).

A vueltas con los alejados. Claves para evangelizar al hombre y a la mujer de hoy

Pedro López Calvo, CSsR

«**M**isionero». Esa es la palabra que me define, mi vocación de siempre, la pasión que hace que me levante cada día con renovada ilusión.

Un día mis padres me llevaron a Santa Fe, al colegio que tenían los redentoristas y fue allí donde conocí a la Congregación y, sobre todo, a los misioneros que venían de América Latina y de África. Sus testimonios de alegría, de compromiso con los pobres fueron lo que me cautivó. Con ellos me enamoré de este carisma misionero y entré en la Congregación.

Desde entonces mi vida ha sido la misión: predicando durante veinte años misiones populares en España y en América Latina, evangelizando a los jóvenes, animando la misión compartida con los laicos, coordinando la evangelización de mi provincia española y la de la Congregación.

Y en todo este tiempo me ha guiado un deseo, que Jesucristo y su buena noticia llegasen a todos, especialmente a los alejados.

Desde esa experiencia nacen estas líneas, que no quieren ser más que un compartir con vosotros intuiciones, búsquedas, intentos, convicciones surgidas en el quehacer evangelizador de mi día a día.

1. Una gran preocupación: los alejados

Soy consciente, como lo somos todos, de que en nuestra Iglesia hay una preocupación generalizada por los alejados; son muchos, cada vez más. Y no sabemos muy bien qué hacer.

Tengo que reconocer que, para otros muchos, sacerdotes y laicos, la única preocupación es cómo atender a los que llegan a nuestras parroquias, qué ofrecerles para que puedan vivir su fe; la preocupación por los que están fuera es escasa. De ahí que no dediquen tiempo a esa cuestión y que no se esfuercen por crear estructuras y dinamismos que pongan a la parroquia en estado de misión.

Yo, naturalmente, me sitúo entre los que viven con preocupación el hecho de que muchos hermanos nuestros, que han vivido la fe en nuestras comunidades, hoy no se encuentren entre nosotros.

A lo largo de mis años de ministerio pastoral me he hecho muchas preguntas sobre este tema, preguntas a las que no siempre he encontrado respuesta.

Una de las preguntas, y no la menos importante, es tratar de entender quién se ha alejado de quién; si han sido los llamados «alejados» los que han abandonado su práctica de fe y se han alejado de la Iglesia, o si quizá hemos sido nosotros los que nos hemos alejado de sus vidas, de las situaciones personales, sociales o religiosas que estaban viviendo sin dar respuesta a sus necesidades y haciendo posible una ruptura, a veces insalvable.

Otras muchas preguntas se agolpan en mi mente al afrontar este tema: ¿por qué se han marchado?, ¿querrán los alejados volver a «casa»? ¿por qué regresan algunos de ellos?, ¿queremos nosotros que vuelvan?, ¿tenemos fuerzas y motivación para salir a su encuentro?, ¿tenemos una buena noticia que comunicarles?, ¿está la comunidad preparada para acoger a los que deciden volver?

Realmente es un tema complejo al que no podemos dar una respuesta simplista. Pero ya me parece muy importante que nos preocupe

el hecho de que miles de hermanos abandonen la fe, se distancien de la Iglesia o dejen de celebrar con nosotros la eucaristía.

Y me alegra el hecho de que en muchos ámbitos de la Iglesia estemos buscando formas de dar una respuesta pastoral a esta situación.

2. Una buena noticia que compartir

Pero no basta con poner el foco en los destinatarios de la evangelización. Considero que es fundamental mirar previamente a los evangelizadores. Porque ¿somos todos aptos para anunciar el Evangelio, estamos todos preparados para ser y llevar la buena noticia que es Jesucristo a los hombres y mujeres de nuestro tiempo?

Sí, doy por supuesto que así debería ser, pero la realidad no siempre confirma esa suposición.

TESTIGOS DE UNA EXPERIENCIA

Confieso que quedé cautivado, como tantos cristianos, con la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco. Todo en ella habla de Evangelio, de seguimiento de Jesucristo, de pasión evangelizadora, de vida. Y en un lenguaje directo, sencillo, motivante, que toca la fibra más sensible de la persona.

Es la experiencia de encuentro personal con Jesucristo lo que ha dado sentido a nuestra vida como cristianos. De ahí la insistencia del papa a renovar nuestro encuentro personal con el Señor:

Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor». Al que arriesga el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos [...]. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que

siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!¹.

Y es que solo el que ha experimentado en su vida a Jesucristo resucitado puede convertirse en su testigo delante de los hombres.

Ha sido en el encuentro con el Señor donde hemos ido conociendo el rostro y el corazón de nuestro Dios, un Dios que es Padre y ama entrañablemente a cada uno de sus hijos, se encuentren en la situación en que se encuentren; un Dios que es bondad y misericordia, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta de su conducta y viva; un Dios que tiene un plan de salvación para cada uno de nosotros y para el mundo.

Ha sido en el encuentro con el Señor como hemos ido conociendo y asimilando los valores del reino, el sueño de Dios para el mundo y para el hombre; un reino que es posible, que ya está en marcha y que se construye poniendo en práctica el mandamiento del amor y el programa que suponen las bienaventuranzas.

Sí, somos afortunados los cristianos por haber tenido la suerte de vivir este encuentro con el Señor, un encuentro que ha ampliado hasta el infinito nuestro horizonte, y nos ha abierto a una vida plena y feliz.

Muchas veces me pregunto si a la base de la salida de tantas personas de nuestra Iglesia no estará la falta de esta experiencia de encuentro con Jesucristo, el no haberse sentido amado, redimido por el Señor, el no haber experimentado a Dios como Padre bueno que te ama siempre, también en el momento concreto que estás viviendo.

Quizá este sea el camino que emprender para acercarnos a nuestros hermanos alejados, compartir nuestra propia experiencia, ser testigos de una experiencia que transforma la vida y da un sentido nuevo a todo.

¹ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 3

Así nos lo pedía a los redentoristas nuestro XXV Capítulo General:

Los redentoristas de hoy somos llamados a narrar historias de redención, la historia de un Dios que se ha hecho presente en Jesús de Nazaret; la propia historia personal de cada uno de nosotros².

Se trata de nuestra propia historia personal, nuestra historia de llamada y de respuesta al Señor. Eso es lo que da sentido a nuestra vida como cristianos, y lo que tenemos que anunciar al mundo de hoy.

UNA RENOVADA PASIÓN POR ANUNCIAR EL EVANGELIO

Lo sabemos bien, el discípulo queda constituido en misionero. Son los dos movimientos propios del discípulo: llamados «para estar con él», que expresa la relación personal del discípulo con su Señor, y «para enviarlos a predicar», que indica la misión o servicio de Jesús, en el que participará también su seguidor.

Fue la experiencia de sentirme profundamente amado por el Señor lo que me llevó a tomar la decisión de dejarlo todo y poner mi vida al servicio del Evangelio. Era imposible callar lo que ardía dentro de mi corazón. Hasta tal punto que decidí entrar en una congregación misionera para dedicar cada día de mi vida a llevar la buena noticia a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, especialmente a los más abandonados.

Por eso vivo con cierta perplejidad el momento que vive nuestra Iglesia, que habla permanentemente de evangelización y, a la vez, muestra signos de repliegue al templo, que parece tener miedo de salir a la calle y dialogar con el mundo: una Iglesia en la que los agentes de pastoral dedican la mayor parte del tiempo a cuidar, y a veces a entretener a los de dentro, pero con una escasa preocupación por salir a las calles; unos cristianos más preocupados por las cuestiones litúrgicas que por el servicio a los más pobres, y por la promoción de la caridad y la justicia.

² XXV CAPÍTULO GENERAL, *Mensaje final* (2016) 10.

Las palabras de Francisco en su discurso improvisado a los capitulares redentoristas el 1 de octubre de 2022 vinieron a recordarnos donde poner el foco:

Ir a misionar, salir a misionar, o sea, la dimensión misionaria. Un redentorista sin este horizonte de la misión no se entiende, aunque tenga que estar sentado toda su vida en un escritorio. El horizonte de la misión. Y, para eso, la capacidad de salir de la propia zona de confort³.

Esa misma es la invitación de Francisco en la *Evangelii gaudium* para toda la Iglesia, el camino para renovar nuestra vocación misionera:

Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los obispos de Oceanía: «Toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial⁴.

3. Un nuevo estilo evangelizador

Me parece evidente que necesitamos un renovado impulso evangelizador en nuestra Iglesia, un nuevo dinamismo que nos haga ponernos en camino hacia los hombres y mujeres de nuestro tiempo que andan buscando respuestas, sentido, aunque a veces no sean conscientes de ello.

JESUCRISTO, REFERENTE DE EVANGELIZACIÓN

Es a Jesucristo a quien tenemos que volver la mirada cuando nos planteamos por qué y cómo tenemos que evangelizar; no podía ser de otra manera.

³ FRANCISCO, *Mensaje a los capitulares* (1-10-2022).

⁴ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 27.

Él es el enviado de Dios para acercarnos el rostro y el corazón del Padre, para inaugurar su reino en nuestro mundo.

Y es su forma de hacerlo lo que tiene que inspirarnos a nosotros, sus seguidores, para continuar la misión por él encomendada.

CERCANÍA HUMANA

Es muy interesante comprobar la dinámica de Dios que se manifiesta en Jesucristo. Él, que estaba junto al Padre, se acercó a nosotros, se hizo uno de los nuestros, una persona más. Así, desde dentro, aprendió a comprender las dificultades, los sufrimientos y esperanzas de las personas.

Los evangelios nos presentan la persona de un Jesús cercano: compasivo con los enfermos, amigo de pecadores, defensor de las mujeres y de los niños, atento a las necesidades de la gente, salvador de cualquier persona por encima de las trabas de la ley. La misma vida de Jesús es la que evangeliza.

PALABRAS DE VIDA

El mensaje de Jesús y sus palabras son «nuevas» para el corazón y el oído de la gente sencilla. Motivan el interés y admiración de los pobres, y a la vez, el rechazo de las autoridades. Jesús anuncia el reino de Dios con palabras sencillas y sinceras, vitales y profundas, estimulantes y exigentes.

OBRAS DE BONDAD

Jesús no solo anunció el reino de Dios con la palabra, sino que lo realizó con sus obras de bondad y misericordia. Las acciones y milagros de Jesús fueron, ante todo, signos visibles de que el reino de Dios había llegado.

LA ENTREGA DE LA VIDA

Jesús murió como consecuencia de su predicación y de su acción. Jesús permaneció fiel al proyecto de Dios y fue consecuente hasta el final

con lo que había anunciado. Para los primeros discípulos la muerte y resurrección de Jesús fueron el mayor signo de la presencia salvadora de Dios en medio de su pueblo.

CLAVES PARA EVANGELIZAR AL HOMBRE DE HOY

El quehacer misionero de la Iglesia, continuando el mandato de Jesucristo, ha sido impresionante. Los cristianos se han esforzado por llegar a todas las personas, en cualquier lugar del mundo y en la situación concreta en la que se encontrasen. Y en cada momento han buscado la forma más adecuada para que el Evangelio llegase como buena noticia para los hombres de cada tiempo y lugar.

Precisamente por ello, en un momento como el que vivimos de cambio de época, necesitamos tener en cuenta algunas claves imprescindibles para evangelizar al hombre y a la mujer de nuestro tiempo.

Desde mi experiencia misionera, comparto algunas que considero fundamentales.

1. Salir al encuentro de los alejados

Está claro que no podemos permanecer encerrados en nuestros templos ni en nuestros actuales esquemas pastorales si queremos llegar a los alejados que, no lo olvidemos, están fuera.

Urge un cambio de dinámica en los cristianos que nos ponga en camino hacia donde se encuentran los alejados. La invitación del papa Francisco en *Evangelii gaudium* es clara:

En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de «salida» que Dios quiere provocar en los creyentes [...]. Hoy, en este «id» de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio⁵.

⁵ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 20.

Para ello se requiere una nueva disponibilidad misionera que nos capacite para asumir la itinerancia que permita nuestra presencia donde sea necesario, así como una gran apertura tanto en lo referente a los grupos que hemos de evangelizar cuanto a los medios utilizados al servicio de la misión.

Y solo desde la cercanía, estando presentes entre los alejados, donde ellos viven, trabajan, luchan o se divierten, podemos facilitar espacios para el encuentro y el anuncio del Evangelio.

2. En actitud de diálogo

Es desde la cercanía con las personas como puede producirse el encuentro, que adquiere la forma de diálogo. Un diálogo que acoge la situación particular que viven las personas, sus sueños y sus preocupaciones, sus alegrías y sus sufrimientos, y la buena noticia que trae Jesucristo y que puede iluminar y dar sentido a la situación que viven las personas.

No podemos acercarnos a las personas tratando de imponer nuestra propuesta, ni siquiera proponerla, sin antes ponernos a la escucha. Ese es el estilo de Dios, y ese debe ser nuestro estilo: el respeto a la persona, el amor a los hombres y mujeres concretos de nuestros días.

Y el diálogo que entablemos con nuestra gente debe ser claro, afable, confiado, prudente.

3. Ayudando a suscitar preguntas sobre Dios

Quizá uno de los grandes problemas con que nos encontramos a la hora de evangelizar es que estamos tratando de dar respuestas a preguntas que no se hace la gente. Y hoy es demasiado común encontrarse a muchas personas que no se preguntan por el sentido de la vida o por lo trascendente.

Una de las claves para hacer posible el anuncio de la buena noticia a los alejados es ayudarlos a hacerse preguntas, a cuestionarse, a preguntarse por el sentido de la vida y por la existencia de Dios.

Y es que la fe surge cuando el hombre empieza a hacerse preguntas, y cuando alguien lo acompaña a encaminarse hasta la respuesta, Dios. Es verdad que hay que cuidar este acompañamiento, que se debe cuidar con esmero el contenido, el lenguaje, el estilo para que conecten con la situación vital de la persona que se hace preguntas trascendentales.

4. *Centrados en el kerigma*

La tentación que siempre nos acecha a los cristianos a la hora de llevar adelante la tarea de la evangelización es hacer una proclamación moralista sobre lo que debe o no debe hacer un cristiano, o una denuncia del mundo contemporáneo. No es ese el camino.

Lo que necesita el hombre de hoy, cuando llega a hacerse preguntas sobre Dios, es escuchar lo central del kerigma, la buena noticia de Jesucristo, rostro amoroso del Padre, e iniciador de su reino de amor y de justicia. Lo que tenemos que anunciar es que en Jesucristo la redención es abundante.

Francisco lo define con claridad en *Evangelii gaudium*:

Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante⁶.

Jesucristo y su Evangelio tienen que llegar al hombre de hoy como buena noticia que libera, que salva, que transforma. Ya habrá tiempo para adentrarse, más adelante, en las profundidades de la vida cristiana.

5. *Hacer comprensible el lenguaje*

Asistimos a una crisis del lenguaje cristiano. Tengo la impresión de que utilizamos un lenguaje que solo llega, y con cierta dificultad, a los

⁶ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 35.

miembros de la comunidad cristiana, pero que resulta incomprensible para el hombre y la mujer de hoy.

Urge traducir nuestra fe y nuestra espiritualidad a un lenguaje sencillo y asequible, con el objetivo de que todos los entiendan y a todos les diga algo.

No hay que reinventar contenidos, pero sí tenemos que hacer un esfuerzo significativo para expresar la fe con palabras y signos asequibles para el hombre de la calle, en un lenguaje normal, con palabras vivas que se entiendan a la primera.

El paradigma de nuestra comunicación lo encontramos en Jesús. Las parábolas de Jesús, con una comunicación teológica al alcance todos, son dichas con palabras de siempre, con un lenguaje incisivo, lleno de sabiduría, repleto de emoción, fresco e inmediato, que provoca la implicación de quien escucha.

6. En misión compartida

El anuncio del Evangelio al hombre de hoy requiere un nuevo estilo de evangelizadores, hombres y mujeres que conozcan los entresijos más profundos de la mente y del corazón de las personas. Y ¿quién mejor para ello que el cristiano de a pie que vive, trabaja, comparte, lucha y se alegra con los vecinos de sus barrios y ciudades?

Es en ese contacto directo donde los cristianos pueden narrar su propia experiencia de un Dios amigo y salvador, y pueden presentar el testimonio de una vida convertida y sanada por Jesucristo; y, al mismo tiempo que vivan comprometidos por la liberación integral del ser humano. Para ello hacen falta auténticos cristianos con conciencia de su misión evangelizadora y suficientemente formados.

Por tanto, toda la comunidad parroquial es la que se pone en «estado de misión»: el equipo sacerdotal de la parroquia, los religiosos del lugar y los laicos. Solo se requiere de todos ellos una fuerte conciencia de su misión evangelizadora y una adecuada formación que posibiliten el desempeño de la misión encomendada.

4. Espacios de encuentro con los alejados

Cualquier espacio y ocasión es bueno para dar testimonio de nuestra experiencia de encuentro con el Resucitado, pero es verdad que hay espacios que facilitan el encuentro con los alejados, y propician un clima de apertura al anuncio de Jesucristo.

En mi vida misionera he descubierto cuatro espacios que me han posibilitado encuentros fecundos con los alejados.

EVANGELIZACIÓN DESDE LA ATENCIÓN A LOS MÁS DESFAVORECIDOS

Desde los comienzos de mi vida misionera los más abandonados estuvieron presentes entre mis prioridades; no podía ser de otra manera para un miembro de la Congregación fundada por san Alfonso María de Liguori para anunciar el Evangelio a los más abandonados, especialmente a los pobres.

Por eso mismo cada verano me desplazé hasta América Latina para misionar las zonas más pobres de Honduras, Bolivia, Perú o Venezuela. Esta presencia, que fue moldeando mi carácter y mi manera de vivir, fue siempre lugar de encuentro y de anuncio de Evangelio para muchos de mis amigos y conocidos que se cuestionaban mi presencia entre los más pobres.

En España asumí la tarea de coordinar la pastoral social de la provincia y la animación de nuestra ONG Asociación para la Solidaridad.

Desde mi experiencia puedo afirmar que la opción decidida por los más abandonados se convierte en un momento evangelizador extraordinario para los que, aun alejados de la fe, se unen como voluntarios a nuestro trabajo solidario. En un tiempo de cuestionamiento fuerte para ellos.

De igual modo los gestos de solidaridad con un caso de emergencia del barrio, el compromiso con una comunidad concreta de los países en vías de desarrollo, la atención a los parados o la presencia en asociaciones de vecinos se convierte en un ámbito extraordinario de encuen-

tro y de sinergia con los alejados de la fe que, sin embargo, comparten la inquietud solidaria y la lucha por la justicia.

Es necesario estar atentos ante las preguntas que surjan en las personas, y convertirlas en espacios de evangelización.

LA CELEBRACIÓN COMO MOMENTO EVANGELIZADOR

Sabemos por experiencia que muchos alejados se hacen presentes de forma ocasional en nuestras celebraciones para acompañar a familiares o amigos con ocasión de algún acontecimiento particular. Me refiero más explícitamente a funerales, bautismos, primeras comuniones o celebración del matrimonio.

La celebración se puede convertir entonces en un momento evangelizador donde se unen la palabra y el signo. De ahí la importancia de cuidar con sumo esmero la celebración, ya que muchas personas pueden acudir a ella con preguntas que andan buscando respuesta.

De manera especial hay que cuidar la acogida a todos los que se acercan, la creación de un clima de familia, el lenguaje que se utiliza por parte de los que animan la celebración, y el contenido del mensaje, que tiene que centrarse en el kerigma.

LA RELIGIOSIDAD POPULAR⁷

Creo que podemos afirmar que la religiosidad popular sigue jugando hoy un papel muy importante en la experiencia de fe de nuestra gente y en la realidad eclesial española. Es más, yo diría que estamos en un momento de auge de la religiosidad popular.

En la misma Iglesia no deja de sorprendernos que disminuye la práctica sacramental y, sin embargo, aumenta el número de hermandades y cofradías y el número de hombres y mujeres que se incorporan a ellas. En concreto en España son muchas las personas que se están incorporando masivamente a los actos de religiosidad popular y a sus estructuras.

⁷ Desarrollé este tema en la ponencia presentada en el I Congreso Internacional de Cofradías de Vírgenes Patronas: Bilbao y Vitoria-Gasteiz, 5-8 de diciembre de 2006.

Estoy convencido de que nos encontramos ante una oportunidad única. En el momento concreto que vive nuestra sociedad la religiosidad popular podría convertirse en promotora de una pastoral de frontera. Y eso por la sencilla razón de que trata con muchas personas para quienes su única relación con Cristo y la Iglesia es su Cristo, su Virgen, su cofradía o la romería de su pueblo. Desde la religiosidad popular se puede llevar el Evangelio al pueblo sencillo y desde el Evangelio responder a las inquietudes que brotan del corazón del hombre moderno.

Y no conviene olvidar que la religiosidad popular, y muy especialmente las cofradías y hermandades, tiene en sus filas a los grupos que ha ido perdiendo la Iglesia: hombres, jóvenes, matrimonios jóvenes.

Este es el gran reto de las asociaciones, cofradías y hermandades: «contar y celebrar la historia de Jesús de Nazaret» a toda la gente que se acerca a ellos.

Y no olvidemos el carácter público de las manifestaciones propias de la religiosidad popular: a muchas personas les salimos al encuentro, un encuentro que, si es gratificante, puede convertirse en un encuentro de salvación.

En el momento que estamos viviendo creo que se nos plantea un reto de importantes dimensiones: descubrir, discernir y valorar lo que de positivo hay en la religiosidad popular, y encauzar todas sus potencialidades en una clara línea evangelizadora.

LA MISIÓN POPULAR COMO MEDIO PRIVILEGIADO DE EVANGELIZACIÓN DE LOS ALEJADOS

Durante veinte años he sido misionero itinerante, recorriendo pueblos y ciudades de España y de América Latina. Como os podéis imaginar, soy un enamorado de la misión popular o parroquial.

Desde mi experiencia puedo afirmar que la misión popular ha sabido conectar con la sensibilidad del pueblo. Por eso ha sido un método de evangelización que ha perdurado a lo largo de los siglos.

Es verdad que ha tenido la flexibilidad suficiente como para saber adaptarse a los hombres y mujeres de cada tiempo y ponerse a su servicio.

El Concilio Vaticano II y las orientaciones pastorales en el posconcilio, y los profundos cambios políticos, sociales y culturales, de la segunda parte del siglo xx hicieron posible que los misioneros redentoristas primero, y poco después otras congregaciones como los claretianos, paúles o pasionistas hicieron posible la puesta al día de la misión popular para que respondiera a las exigencias del momento.

UN TIEMPO DE EVANGELIZACIÓN EXTRAORDINARIA

La misión popular es una acción pastoral extraordinaria, que quiere ayudar a la pastoral ordinaria, poniendo a la comunidad parroquial en estado de misión. Ella es la protagonista de todas las acciones.

La misión popular no es simplemente un acto puntual, aislado y extraordinario de pastoral evangelizadora, sino un proyecto concebido en forma de proceso con tres etapas bien definidas: premisión, misión y posmisión, que ocupa varios años de trabajo misionero.

UNOS OBJETIVOS CLAROS

La misión popular es un tiempo fuerte de evangelización extraordinaria durante el cual la comunidad, ayudada por los misioneros, se autoevangeliza fortaleciendo la experiencia cristiana de esa comunidad, promoviendo el nacimiento de grupos de catequesis de adultos, ayudando a establecer caminos de acercamiento a los alejados, y potenciando así el proyecto pastoral de la propia comunidad.

TIEMPO DE ENCUENTRO CON LOS ALEJADOS

El proceso misionero permite el encuentro directo y cercano con los alejados de la zona misionada: las visitas realizadas a las casas de la parroquia por los misioneros y los agentes de pastoral de la parroquia durante la premisión; el encuentro en asambleas familiares con los vecinos en

sus casas, o los encuentros con jóvenes, adolescentes y familias durante la misión; y la continuidad de los grupos surgidos durante el tiempo fuerte de misión, manteniendo una presencia permanente entre los vecinos son ejemplos claros de encuentro con los alejados, en un clima de diálogo, confianza y respeto.

5. Preparar a la comunidad para la acogida

Una preocupación, y no pequeña, que debemos tener presente es cómo preparar a la comunidad cristiana para la acogida de los que se acercan a ella después de un primer encuentro con Jesucristo y su Evangelio. Muchos de los alejados no tienen una imagen positiva de la Iglesia, por alguna experiencia negativa o por la imagen que han recibido de ella en los ambientes sociales o familiares en los que se ha movido.

Por eso resulta fundamental ofrecerles una experiencia cálida, alegre, evangélica de la Iglesia.

Francisco, en *Evangelii gaudium*, nos marca la pauta:

La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes [...]. Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad, y tampoco las puertas de los sacramentos deberían cerrarse por una razón cualquiera [...]. A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas⁸.

Desde ahí resulta de capital importancia cultivar el talante acogedor de la comunidad cristiana y de los encargados de recibir a los que, por el motivo que sea, se acercan hasta nosotros.

De igual modo es necesario realizar un acompañamiento individualizado de los que se acercan, siempre desde la escucha sincera, el diálogo fraterno y el respeto a la situación personal, proceso y toma de decisiones personales de la persona que inicia un proceso de acercamiento.

⁸ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 47.

La comunidad que acoge debe acompañar a los que se acercan a ella y desean iniciar un proceso de iniciación en la fe ofreciendo catequesis de estilo catecumenal que ayude a las personas a encontrarse con Jesucristo y a sentirse impulsadas a ser constructoras de su reino.

Por último, me parece fundamental en este momento cuidar las celebraciones con esmero, especialmente la eucaristía, para que los que se acercan hasta nosotros buscando respuestas y sentido experimenten la presencia del Resucitado en medio de la comunidad.

El segundo anuncio del Evangelio para revitalizar la fe

Dr. Francisco Julián Romero Galván

Director de la Comisión de Evangelización, Catequesis y Catecumenado de la CEE

Los artículos precedentes nos ponen en sintonía en lo que deseamos reflexionar en este número de la revista *Actualidad Catequética para la Evangelización*. El hombre de hoy se sitúa ante lo religioso de una manera concreta. Esta la tenemos que acoger y respetar como evangelizadores si queremos responder a las necesidades que él tiene y si deseamos proponerle el Evangelio del Señor para que descubra el amor de Dios y su salvación. Estar con él, compartir su vida, escuchar, diálogo, propuesta del kerigma... Debemos evangelizar desde unas nuevas claves, pero ofreciendo a Jesucristo con toda su autenticidad. No ofrecemos la vida de Alguien del pasado, sino del presente que ilumina la vida y da un horizonte nuevo, un sentido genuino. Solamente quien se encuentra con Jesucristo, se deja amar por él, lo ama, lo sigue y lo imita encuentra el gran tesoro. No podemos ofrecer en primer lugar una doctrina, sino a una Persona, a Jesucristo. El encuentro con él permitirá la búsqueda constante del bien, de la belleza, de la verdad. Quien se encuentra con él se interroga, se pregunta... y espera respuestas. Jesucristo es la verdad que da respuesta a todo lo que anida en lo profundo del corazón del hombre.

En efecto, el encuentro con Cristo consigue que algunos soliciten a la Iglesia el bautismo porque desean ser cristianos. Por otra parte, muchos de nuestros contemporáneos han recibido en su infancia el bautismo, pero no participan de la vida de fe. A ellos hace falta anunciarles de nuevo el kerigma para que se encuentren con el Señor y puedan

revitalizar su vida cristiana. En nuestro contexto estos últimos son una mayoría. Esta realidad nos exige a la Iglesia incrementar el segundo anuncio, la segunda propuesta de Jesucristo. Es mucha la mies. Los trabajadores tienen que trabajar sin descanso. Él estará con nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos. Es un reto precioso el que tenemos. La alegría del Evangelio hay que volverla a proponer a los hombres de nuestro siglo que necesitan, quizás, más que nunca, una luz que pueda orientar sus pasos.

Llamados a evangelizar

Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos (Mt 28,19-20).

Este imperativo de Jesús a sus discípulos sigue resonando en las entrañas mismas de la Iglesia. En efecto, todo bautizado porque es profeta, está llamado a proclamar la buena noticia del Señor a sus contemporáneos para que conozcan a Cristo, se encuentren con él, lo amen, sean sus discípulos y lo imiten en su vivir cotidiano. Solo así podrán tener vida y una vida en abundancia. Jesucristo es el verdadero modelo de hombre. Presentar la vida del Hijo de Dios, su palabra y su obra al hombre de nuestro tiempo es ofrecerle un don para que su vida tenga sentido y pueda ser vivida de manera auténtica. Evangelizar, por tanto, sigue siendo para la Iglesia un imperativo en este momento de la historia.

Ahora bien, solamente quien ha sido evangelizado, se ha encontrado con Cristo y vive en intimidad y en comunión con él puede hacer prender en otros el don de la fe que posee. Cuando el creyente no vive con Cristo pierde el ardor, el fuego por transmitir la fe. Cree en unos principios, en unos conceptos, en unos valores..., pero no en una persona que da sentido y horizonte a toda su vida¹. Sin vida con Cristo y en intimidad con él no puede haber transmisión de fe, el cristiano pierde su ser profeta.

¹ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1.

El papa Francisco nos dice que debemos ser conscientes de que en nuestra tarea de evangelizar Dios nos primerea². Efectivamente, antes de que nosotros lleguemos por el testimonio y la palabra, el Señor ya ha estado primero y ha hecho actuar su gracia en la persona a la que queremos transmitir la fe. Tenemos que sabernos unos instrumentos en las manos del Señor. Es él quien realiza la evangelización, aunque quiere contar con nosotros. Por eso siempre nos precede en la acción y continúa después de nosotros. Además, el santo padre nos invita a evangelizar siempre con alegría. Los hombres de hoy no pueden recibir la buena noticia del Evangelio a través de evangelizadores tristes y desalentados, sino de discípulos que irradian alegría y paz³.

En nuestro tiempo

El discípulo misionero⁴ es un enamorado de su contexto y de sus contemporáneos. Vivimos en un tiempo concreto, ni mejor ni peor que otros, sino que es el que es, el nuestro, con sus aciertos y errores, con sus valores y contravalores. En ese mundo del que formamos parte no estamos solos, otros viven con nosotros y compartimos la vida en todo su sentido. Con nuestros prójimos debemos compartir lo que somos y lo que son y anunciarles la buena nueva de Jesucristo si no la conocen.

Sin ser exhaustivos, podemos describir la sociedad y la cultura en la que estamos integrados como una realidad secularizada. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo viven como si Dios no existiera, organizan su vida sin tenerle en cuenta para nada, más aún, en muchas ocasiones lo rechazan y lo ponen en duda. La ciencia y la técnica dan el criterio de verdad. Va apareciendo una nueva antropología y el hombre es considerado un ser líquido. Ya no estamos bajo el paraguas del régimen

² «La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos» (FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 24). (EG 24).

³ Cf. EG 10.

⁴ Cf. EG 119.

de cristiandad en el que Dios ocupaba el centro, y la vida social y cultural giraba en torno a él. Estamos en busca de una nueva época que empieza a despuntar. Hemos crecido en sensibilidad, en igualdad, en ser generadores de paz. Este tiempo nuevo lo tenemos que aceptar con realismo, sabiendo que en él estamos llamados a proclamar el Evangelio de Jesucristo pretendiendo que nuestros semejantes se encuentren con el Maestro y lo sigan⁵. Todo un reto ilusionante y esperanzador para la Iglesia que vive en este siglo. El entusiasmo de los creyentes y la acción del Espíritu permitirá que el mandato misionero de Cristo pueda hacerse realidad.

Volver a proclamar el Evangelio: el segundo anuncio

El Evangelio es para todos los hombres y mujeres. Nadie queda excluido de él. Cada persona tiene derecho a que la Palabra de Dios le llegue y pueda calar en sus entrañas, despertando la fe, creciendo en ella y dando frutos. Ahora bien, el campo en el que tenemos que sembrar la semilla es el corazón de los hombres de nuestro tiempo. Algunos escucharon el Evangelio por vez primera, pero una inmensa mayoría, especialmente de adultos, que en su infancia y adolescencia ya la recibieron, ahora se encuentran alejados de Dios y de la fe, se muestran indiferentes ante ella o la rechazan. Estos en su día recibieron una catequesis adaptada a su edad y celebraron los sacramentos de la iniciación cristiana, al menos el bautismo. Esta gran legión de jóvenes y adultos tienen que ser destinatarios de un anuncio explícito del Evangelio si la Iglesia, que es madre, desea seguir cumpliendo el mandato misionero de Cristo. Para ellos no será el primer anuncio evangélico, será la segunda propuesta. Esta propuesta desea llegar al corazón del oyente, hacer que el mensaje sea provocador, le interese y pueda dar respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. Efectivamente, cada comunidad

⁵ Una descripción más exhaustiva de la realidad social y cultural en la que vivimos y a la que estamos llamados a evangelizar la podemos encontrar en: CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Fieles al envío misionero. Líneas pastorales 2021-2015* (Madrid, EDICE 2021) 11-32.

cristiana, cada discípulo de Cristo como discípulo misionero, sabe que una gran masa de personas lo están convocando a que transmitan la belleza de la fe. Es una gran interpelación para la Iglesia.

¿Cómo y quiénes han de realizar el segundo anuncio?

La primera cuestión que debemos aclarar es quiénes lo deben realizar y cómo comenzar el segundo anuncio del Evangelio. En efecto, la comunidad cristiana es la responsable última de la transmisión de la fe⁶. A ella le compete proclamar la buena nueva y engendrar nuevos discípulos de Cristo, ejercer la maternidad espiritual. Cada uno de los bautizados, marcados por el sello del profetismo en su bautismo, está llamado a salir a los entresijos del mundo en el que vive y compartir con sus contemporáneos sus gozos y alegrías, sus tristezas y esperanzas⁷. Por tanto, cada discípulo de Cristo, imbuido de un fuerte ardor evangelizador, está llamado a llevar la semilla del Evangelio a su vida familiar, laboral, de relaciones humanas, en la red social en la que se mueve y en las realidades culturales en las que participa. Allí, en contacto con los hombres y mujeres, proclamará el kerigma, es decir, que el Señor nos ama, murió y resucitó por nosotros, nos acompaña... posibilitando que la fragancia del amor y de la misericordia divina se hagan presentes con el fin de ofrecerles una nueva vida. Después, a los que se les despierte la fe y el deseo de seguir a Cristo, se los acompañará para que sean iniciados en la fe, en la conversión y en la vida cristiana hasta alcanzar la madurez⁸. Se trata de ser una Iglesia que sale en busca de sus prójimos para ser un hospital de campaña y allí, en el corazón del mundo, anunciar a Jesucristo con espíritu misionero. Por tanto, la tarea del anuncio es cuestión de todos y cada uno de los cristianos. No puede ser un servicio que se delegue.

Clarificada la primera cuestión de quiénes son los que deben anunciar el Evangelio, abordamos el cómo hay que hacerlo, de qué manera

⁶ Cf. EG 11-134.

⁷ Cf. GS 1.

⁸ Cf. EG 31-34.

presentar de nuevo a los ya bautizados y no evangelizados la buena noticia de la salvación.

«El hombre de hoy cree más a los testigos que a los maestros, y si cree a los maestros es porque son testigos»⁹ decía san Pablo VI. Esta verdad ilumina nuestra acción evangelizadora. Se transmite la fe en Jesucristo más por las obras que por las palabras. El testimonio personal y eclesial provoca interrogantes, dudas, inquietudes... que permiten a quien observa el testimonio la búsqueda de la razón de ese comportamiento o actitud. Aquí la gracia de Dios lleva a la persona a pedir razones al testigo de por qué actúa de esa manera¹⁰. Comienza el acompañamiento eclesial.

Efectivamente, la primera acción del cristiano es estar, compartir la vida. Allí ofrece su testimonio personal con coherencia. El discípulo de Cristo se sitúa ante lo que los otros viven, los escucha, sirve, acompaña...y pone en juego su caridad enraizada en el amor a Dios y en el amor de Dios. Este testimonio provoca inquietud. En este momento surge el diálogo que es el camino para buscar, discernir, ver lo que sucede, poner a flote la oscuridad, las dudas. Al mismo tiempo, el testimonio puede generar indiferencia o crítica en la persona. No siempre el testimonio arranca deseos nobles, en ocasiones genera rechazo y se pone en tela de juicio a quien lo proporciona. Lo cierto es que el testimonio siempre provoca una reacción que puede dar paso a una acogida de la verdad de la fe o a un rechazo de esta. La persona nunca permanece indiferente.

Normalmente quienes están más abiertos en su interior al testimonio son aquellos a quienes la existencia los zarandea, bien positivamente, bien negativamente. Las heridas de la vida, la enfermedad, el sufrimiento, la soledad, la pobreza, los acontecimientos gozosos como el nacimiento de un hijo, el progreso en la realidad vital... hacen vulnerable a la persona que en esos momentos se predispone mejor al testimonio de la caridad. En medio del diálogo y del acompañamiento,

⁹ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 41 (EN 41).

¹⁰ Cf. EN 21; EG 33.

se vuelve a anunciar a Jesucristo, su amor, su misericordia, su cercanía, su salvación a quien está lejos de él. Debe posibilitar el encuentro efectivo y afectivo con él. Anima a que se abra a la gracia y busque a Jesucristo con el fin de que ilumine su existencia y dé respuesta a lo que está viviendo. Acompaña para que tenga simpatía por Jesucristo y su Evangelio y adquiera una predisposición a escuchar del seno de la Iglesia una palabra de vida y esperanza¹¹.

Cuando la persona se muestra abierta y predispuesta a querer revitalizar la vida cristiana, el primer paso que se tiene que dar es ayudarla por medio de una precatequesis a consolidar su decisión. Mas adelante, después de recorrer esta etapa, realizará la etapa catequética en la que se afianzará como cristiano y madurará en la fe inicial y en el deseo de conversión con el que empezó a redescubrir la fe. Así nos dicen los obispos españoles que tiene que ser el tiempo de la precatequesis:

La precatequesis es un tiempo de búsqueda (RICA 6) en el que el adulto, interesado por el Evangelio, busca al Señor. Este carácter de búsqueda, con vistas a una firme opción de fe, es lo que define a esta etapa, condicionando su específica metodología.

La precatequesis es la acción con la que la Iglesia acoge y acompaña al hombre que, aunque bautizado en la infancia, queda ahora impactado por el anuncio del misterio de Cristo. Intuye que algo nuevo, aún no descubierto, se encierra en él: ninguna persona se lo hizo ver o, al menos, no tiene conciencia de haber podido vivir esa ocasión.

Esta inquietud o interrogante es ya fruto de la gracia. El Espíritu Santo, maestro interior, suscita, sostiene y alimenta esa pequeña llama por la que el hombre busca al Dios vivo. En la precatequesis el adulto cuenta ya con un primer dato espiritual: la sed de Dios, el interés por el Evangelio¹².

El testimonio de la caridad y de servicio al hombre y al mundo puede provocar también en algunos creyentes la inquietud de verse lejos de la verdadera vida de fe. Entonces se preguntan el porqué de esa

¹¹ Cf. EG 34.

¹² COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Catequesis de adultos. Orientaciones pastorales* (Madrid 1990) 204. (CA)

forma de vivir de la que ellos no participan, no la conocen, naciendo el deseo de querer revitalizar la fe y aprender los tesoros de la vida cristiana, recorriendo un proceso de iniciación a la vida cristiana.

Otras veces, la precatequesis se dirige a adultos en quienes la religiosidad está ya presente. No vienen de una situación de lejanía. Se trata, entonces, de ayudarlos a descubrir el verdadero rostro de Dios de la redención, tal y como se ha manifestado en Jesucristo. A pesar de tantos años de práctica religiosa aún no lo han descubierto.

Impactados también por el anuncio del misterio de Cristo e intuyendo igualmente que algo nuevo, nunca percibido, se oculta en él, desean, a partir de su religiosidad, buscar el verdadero rostro del Dios de Jesús¹³.

Efectivamente, la comunidad cristiana sale al mundo para vivir su fe y dejar rastro testimonial de su vida cristiana. Quienes son interpelados por la forma de ser y vivir preguntan el porqué a los testigos. Ellos les responden con naturalidad y sencillez ofreciendo las razones que sustentan el vivir de ese modo. Esta Iglesia en salida no surge de modo espontáneo, y menos en estos momentos en el contexto eclesial en el que vivimos. Las comunidades cristianas han de ser educadas para ser misioneras, para salir y evangelizar a sus contemporáneos sin miedos ni complejos. A la formación hay que añadir la necesidad de animar a los creyentes para que tengan estos criterios y emprendan estas acciones para evangelizar. El Espíritu Santo nos precede y acompaña, impulsa la acción y fecunda la obra. El Señor estará con nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos.

Hay que dedicar tiempo a formar a la comunidad cristiana para que realice con ardor el segundo anuncio con nuevos lenguajes y nuevos métodos. La propuesta evangélica, se les dirá, será fecunda si está relacionada con lo existencial y es capaz, como ya hemos dicho, de responder a las preguntas, dudas e inquietudes de aquellos que están en camino hacia Dios. Tiene que ser una evangelización de persona a persona, sin grandes teorías, sino más bien propuestas esperanzadoras para una persona que necesita encontrar la luz de la belleza y la verdad de la existencia.

¹³ CA 204.

No olvidemos que la acción misionera y la conversión son un don gratuito de Dios que sale al encuentro del hombre entre los entresijos de su historia y lo invita a poner los ojos en él. La persona responde a esa invitación con su adhesión de fe, o la negación a la propuesta, así se la hace consciente que su historia es una historia de salvación en la que interviene Dios de modo gratuito y la acompaña en su devenir, salvándola y amándola misericordiosamente.

¿A quién destinar el segundo anuncio?

Los destinatarios de nuestro anuncio del Evangelio los podemos clasificar del siguiente modo:

1. Aquellos que, aunque poseen la gracia bautismal, no han completado los sacramentos de la iniciación cristiana. Les falta recibir la eucaristía o la confirmación, o los dos sacramentos. Fueron bautizados de pequeños, pero no han recibido el resto de los sacramentos iniciáticos.
2. Adultos que fueron iniciados en la fe de niños y recibieron los sacramentos de la iniciación cristiana, pero a los que las experiencias de la vida, el mal ejemplo de algunos creyentes, el desinterés de su familia, el interés por otras cuestiones y valores los hizo alejarse de la fe y organizar su vida sin tener en cuenta a Dios.
3. Adultos que se consideran cristianos, pero les falta hacer un proceso de iniciación para madurar su fe y profesarla con autenticidad. Algunos miembros de la comunidad de fe precisan consolidar su ser creyente poniendo raíces y cimentando su fe y su conversión. Nos referimos, entre otros, a personas vinculadas con la religiosidad popular, miembros de la vida parroquial que no tuvieron oportunidad en su momento de profundizar en su vida de fe, aquellos otros que no se han alejado de la vida cristiana, pero son inconstantes, practican poco, seleccionan los núcleos de su fe...

Este grueso número de bautizados llaman a la Iglesia para que les ofrezca un proceso de iniciación cristiana mediante un acompañamiento que posibilite, primero, el despertar a la fe y, después, con ejercicio maternal, avanzar en el aprendizaje de la vida cristiana para culminar con la profesión de fe madura y un corazón nuevo convertido.

Muchos métodos y acciones nuevos de segundo anuncio para despertar la fe

En la Iglesia han surgido en los últimos tiempos distintos métodos que buscan precisamente ayudar a muchos creyentes a revitalizar su fe. Cada uno con su estructura propia y con su modo de hacer característicos desean ofrecer a los alejados de la fe a Jesucristo para que se despierte en ellos el deseo de seguirlo, de ser sus discípulos, de amarlo y de imitarlo. Todos ellos están contribuyendo a que la Iglesia anuncie la salvación traída por Cristo y que da sentido y horizonte a la existencia. Junto a estos métodos, en las parroquias, comunidades religiosas o movimientos laicales también se proponen iniciativas que tienen los mismos objetivos y que están dando frutos. Todos ellos son signos de esperanza porque harán florecer a la Iglesia.

Sin embargo, estos métodos y acciones que se realizan para el segundo anuncio del Evangelio no pueden convertirse en sí mismas en el principio y el final de la evangelización. En efecto, no solo buscamos hacer surgir de nuevo la fe, sino afianzarla y darle crecimiento por medio de un proceso que termine haciendo discípulos de Cristo con madurez. Por lo tanto, estos métodos y acciones de primer o segundo anuncio deben animar a quienes participan a que realicen un itinerario de fe, un catecumenado, que posibilite a quien se ha deslumbrado por la luz de Cristo poner las raíces de la vida cristiana y hacer madurar su fe y su conversión. Solamente cuando hagamos entre todos un proceso unitario será posible iniciar con autenticidad en la fe a los que desean ser cristianos. Los métodos y las acciones son un medio para llegar al fin que es la iniciación cristiana de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. No puede terminar el itinerario cristiano con los primeros balbuceos, ya

que estaríamos dañando y engañando a la persona. Necesitamos que la gracia divina avance en la persona para que esta viva en comunión con Cristo y adquiera su forma de ser y de vivir y esto solamente lo da un camino de profundización o catecumenado. No podemos quedarnos en el primer peldaño, más bien estamos obligados a ascender en la escalera que conduce a la profesión de fe y a la integración en la vida cristiana de quien participa en esos métodos o acciones.

Etapas del proceso de la evangelización

Hacerse cristiano comporta un proceso y un camino en el que entran en juego la gracia de Dios, la actitud de quien está recorriendo el camino, la actividad de la Iglesia y el contexto en el que se desarrolla¹⁴. El itinerario se sustenta en el anuncio y en la liturgia. Se recorre el camino de la mano de otros cristianos que acompañan al grupo y a cada uno en particular en su avance espiritual. Todo este proceso espiritual tiene unas etapas que son las que ayudan con sus objetivos, catequesis y celebraciones a que paso a paso el iniciando vaya madurando su fe y se consolide en ella.

PRIMERA ETAPA: EL PRECATECUMENADO

Cuando la persona muestra simpatía por Jesucristo y por el Evangelio, quien la ha acompañado en los balbuceos de la fe, la lleva de nuevo a la Iglesia para que sea acogida por los pastores y los responsables. La fe no es patrimonio de los evangelizadores, debe quedar claro que la fe que se propone es la fe de la Iglesia y es la Iglesia la que abre los brazos a quien desea reiniciarse en ella y le hace la propuesta de la precatequesis.

En el ámbito eclesial se organiza un grupo de simpatizantes a quienes se acompaña anunciándoles lo nuclear de la fe con el fin de que investiguen si se adhieren o no a ella, al tiempo de que entren en contacto con los miembros de la comunidad y vean si quieren formar parte de esta.

¹⁴ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 5.

El primer tiempo, o etapa, por parte del candidato exige investigación, y por parte de la Iglesia se dedica a la evangelización y precatecumenado, que acaba con el ingreso en el grado de los catecúmenos¹⁵.

En efecto, el segundo momento del tiempo del precatecumenado tiene que posibilitar la catequesis sobre el kerigma, la reflexión sobre él, la introducción en la vida comunitaria y la práctica de los primeros pasos en el encuentro con Jesucristo y en la experiencia de fe.

En este periodo se hace la evangelización, o sea se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo. Enviado por él para salvar a todos los hombres, a fin de que los no cristianos [en nuestro caso los ya cristianos porque poseen el don del bautismo], al disponerles el corazón el Espíritu Santo, crean, se conviertan libremente al Señor, y se unan con sinceridad a él, quien, por ser el camino, la verdad y la vida, satisfaca todas sus exigencias espirituales; más aún, las supera infinitamente¹⁶.

De la mano del catequista, el grupo de simpatizantes, iluminados por la gracia divina, se dejarán tocar por el Señor y experimentarán su cercanía y la de los cristianos. De manera misteriosa nacerá la fe inicial, una fe incipiente pero que está dispuesta a crecer, florecer y dar fruto, y el deseo de conversión, es decir, el descubrimiento de que la propia vida debe cambiar y mejorar, seducida por el conocimiento de Cristo Jesús. Ahora el creyente se pondrá en las manos de la Iglesia para que lo acompañe en ese crecimiento como una madre. Ha cambiado de la posición de la indiferencia ante la fe y ante Dios a la búsqueda de la fe y de una nueva vida que le permitirá encontrar el camino para realizarse como ser humano y alcanzar la felicidad que anda buscando.

De la evangelización, llevada a cabo con el auxilio de Dios, brotan la fe y la conversión inicial, con las que cada uno se siente arrancar del pecado e inclinado al misterio del amor divino. A esta evangelización se dedica íntegramente el tiempo del precatecumenado, para que madure la verdadera voluntad de seguir a Cristo y de pedir el bautismo [en este caso de renovarlo en su corazón]¹⁷.

¹⁵ RICA, *Observaciones previas*, 7.

¹⁶ RICA, *Observaciones previas*, 9.

¹⁷ RICA, *Observaciones previas*, 10.

El anuncio del kerigma busca que el candidato pueda encontrarse con Dios y tenga sus primeras experiencias de fe. Para ello se precisa que se lo ayude con oraciones adecuadas¹⁸. Por lo tanto, la catequesis no está referida a lo doctrinal sino más bien a posibilitar un conocimiento interno de Cristo que permita la experiencia de fe y el deseo de emprender un camino de seguimiento.

[Habla de los requisitos para acceder al rito de entrada en el catecumenado] Para dar este paso se requiere en los candidatos una vida espiritual inicial y los conocimientos fundamentales de la doctrina cristiana: a saber, la primera fe concebida en el tiempo del precathecumenado, la conversión inicial y el deseo de cambiar de vida y de empezar el trato con Dios en Cristo, y, por tanto, los primeros sentimientos de penitencia y el uso incipiente de invocar a Dios y hacer oración, acompañados de las primeras experiencias en el trato y espiritualidad de los cristianos¹⁹.

SEGUNDA ETAPA: EL CATECUMENADO

Después de celebrar el rito de entrada en el catecumenado, comienza la segunda etapa que necesita tiempo para que el catequizando pueda convertirse y avanzar, paso a paso, en la vida cristiana.

El catecumenado es un tiempo prolongado, en el que los candidatos reciben la instrucción pastoral (la catequesis) y se ejercitan en un modo de vida apropiado, y así se los ayuda para que lleguen a la madurez las disposiciones de ánimo manifestadas a la entrada²⁰.

En el catecumenado se tiene que realizar una catequesis adecuada que presente íntegramente la fe cristiana de manera sistemática y orgánica, acomodada al año litúrgico y al domingo como día del Señor, con un lenguaje adaptado a los destinatarios. No solo se presentan los dogmas y las verdades de fe, sino también un íntimo conocimiento del misterio de la salvación²¹.

¹⁸ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 13.

¹⁹ RICA, *Observaciones previas*, 15.

²⁰ RICA, *Observaciones previas*, 19.

²¹ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 19.1.

De la misma manera, los catequizandos tienen que ejercitarse en la práctica de la vida cristiana en todas sus dimensiones: aprenden a orar, a vivir la vida en Cristo, a celebrar los sacramentos y la liturgia cristiana, a hacer apostolado, a ejercitarse en la caridad para con todos, especialmente con los pobres, a tener los sentimientos de Cristo. En definitiva, a emprender un camino espiritual²².

Por otra parte, durante este tiempo celebrarán los ritos propios de este momento: celebraciones de la Palabra, exorcismos menores y bendiciones. Crecerán en un conocimiento de lo que se celebra en cada rito litúrgico, especialmente del sacramento de la eucaristía²³.

Los catequizandos deben aprender a cooperar activamente en la evangelización y en la edificación de la Iglesia con el testimonio de su vida y la profesión de la fe²⁴.

Es una etapa propicia para que se afiance la fe y el creyente aprenda la vida cristiana con la catequesis y con el ejercicio de ella de la mano de su catequista que lo orientará y lo animará en sus dudas y dificultades.

TERCERA ETAPA: PURIFICACIÓN O ILUMINACIÓN

Después del rito de elección, el catequizando entra en una etapa de preparación para renovar en la noche de la Vigilia pascual su fe. En este tiempo, que coincide con la Cuaresma, se dan unas catequesis espirituales que permitan un conocimiento más íntimo de Cristo y una purificación de aquello que es débil en la vida del que quiere renovar su fe. Se realizan los escrutinios y las entregas del símbolo de la fe y del padrenuestro²⁵.

CUARTA ETAPA: LA MISTAGOGÍA

Renovada la fe en la Vigilia pascual, comienza el tiempo de pascua que será el propio para una catequesis mistagógica. Estas catequesis mista-

²² Cf. RICA, *Observaciones previas*, 19.2.

²³ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 19.3.

²⁴ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 19.4.

²⁵ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 21-26.

gógicas pretenden dar una explicación espiritual de los sacramentos del bautismo, la confirmación y la eucaristía. Los catequizandos irán avanzando en el descubrimiento de todo lo que entrañan estos sacramentos y de cómo vivirlos y de sus exigencias. Además, en este tiempo se invita al ejercicio de la caridad y a integrarse en la comunidad cristiana. Tienen que descubrir la vocación que el Señor les ofrece y su entrega y servicio en la comunidad de la que ya forman parte. Culmina este periodo con la celebración de la fiesta de Pentecostés²⁶.

El catecismo de adultos *Buscad al Señor*

La Iglesia de España con el fin de ayudar a los catequistas y sacerdotes en la tarea de la iniciación cristiana de adultos ha publicado un catecismo llamado *Buscad al Señor*. En él se encuentra el itinerario descrito anteriormente con el fin de que el catequizando pueda pasar de una etapa a otra del proceso de hacerse cristiano. El mismo itinerario se va afianzando paso a paso en el seguimiento del recorrido de sus temas. No busca ni pretende una mera transmisión de conocimientos doctrinales, su pretensión es ayudar al catequizando al encuentro con Cristo y a ir aprendiendo el camino de la vida cristiana por medio de un lenguaje adecuado y respondiendo a los planteamientos de quienes lo están utilizando.

Junto al catecismo *Buscad al Señor* está la guía para la catequesis. El catecismo es para la catequesis. Catecismo y catequesis se necesitan mutuamente. La guía orienta al catequista y al sacerdote en la catequesis. No es un añadido. Es un recurso imprescindible. En el proceso de iniciación cristiana la liturgia y los ritos tienen un valor determinante. Por ello se acompaña el catecismo *Buscad al Señor* y a su guía con una carpeta de las celebraciones fundamentales del proceso iniciatorio.

Catecismo de adultos, guía y carpeta de celebraciones son unos instrumentos al servicio de la iniciación cristiana de adultos como ayuda y orientación de aquellos que tienen la preciosa misión de iniciar en la fe.

²⁶ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 37-40.

Conclusión

Buscamos cómo acompañar en su proceso de fe y de conversión a aquellos que se encuentran con Jesucristo y desean ser cristianos después de anunciarles por segunda vez el Evangelio. El despertar su fe, engendrar en su corazón la semilla del Dios vivo y hacer que tenga sus primeros brotes. La invitación gratuita de Dios a hacer camino con el pueblo de Dios y la respuesta del oyente ante la propuesta. Ambas convergen en la fe inicial y el deseo de conversión. Después llega el acompañamiento de la Iglesia por medio del catecumenado con el fin de que puedan ser discípulos maduros.

Es cada vez más numeroso el grupo de quienes solicitan a la Iglesia, después de un tiempo de inquietud y búsqueda de la fe, el don del bautismo, precedido de una sólida iniciación cristiana. Sin embargo, somos consciente de la gran masa de quienes de niños recibieron el don del bautismo, participaron en la catequesis de infancia, y quizás de adolescencia, fueron educados en un colegio de ideario cristiano, recibieron valores sociales y culturas cristianas..., pero la fe no enraizó en ellos, se cansaron de ella o el ambiente los arrastró para no tenerla en cuenta, consolidando una indiferencia hacia lo religioso cristiano. Estos alejados de la fe ya poseen la gracia bautismal oculta en su corazón, la cual hay que despertarla de nuevo y ponerla en valor.

Estos cristianos sacramentados, pero no evangelizados, son un grupo que debe suscitar a la Iglesia una seria reflexión con el fin de ver cómo llegar a ellos y hacerles una propuesta renovada de la fe y de la vida cristiana. Este es uno de los mayores retos de la Iglesia de nuestro tiempo. No hablamos de un puñado de personas, nos referimos a un grueso bastante numeroso de ya discípulos de Cristo que viven al margen de lo que son. ¿Es necesario que la Iglesia se proponga salir al mundo donde viven estos hombres y mujeres y hacerles en su realidad existencial la propuesta del Evangelio que abandonaron? ¿Tiene la Iglesia el ardor necesario para acometer esta hermosa tarea evangelizadora? ¿No es este quehacer un reto ilusionante y esperanzador que va a renovar las comunidades parroquiales, asociaciones y movimientos apostólicos?

«Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor» (Jn 10,16). Las ovejas que abandonaron el redil hay que ir en busca de ellas y encontrarlas. Cuando las encontremos tenemos que compartir lo que son, escuchar, dialogar, sufrir y gozar juntos, sanar sus heridas si es necesario, proponer la vuelta a Jesucristo como el camino para el sentido de la vida. Hacer el esfuerzo evangélico de interesarnos por sus vidas para que en ellas Dios vuelva a ofrecerse como salvación.

Esta tarea es un reto exigente que necesita poner en acción a cada uno de los miembros de la comunidad cristiana para que emprendan la misión de llevar el Evangelio a quienes ya disponen de la semilla de la fe en su corazón para hacerla germinar y dar fruto.

No podemos contemplar la realidad desde el desencanto y la queja. Los que se fueron, o nunca llegaron a entrar, necesitan no solo el testimonio coherente de quien vive con él, sino la referencia de una comunidad que vive el Evangelio y lo anuncia porque es un tesoro para ella. Descubrir un testigo con profundo ardor misionero y una comunidad de discípulos que camina por el Evangelio y hace presente el reino de Dios replanteará su indiferencia religiosa y permitirá acoger la propuesta de la buena noticia para hacerla suya y recomenzar en la fe cristiana.

Necesitamos formar a los creyentes en aquello que tanto subraya el papa Francisco, que cada cristiano sea discípulo y apóstol, misioneros en los ambientes donde desarrolla su existencia.

Aquí está, desde nuestro punto de vista, la gran misión de la Iglesia hoy: reconducir hacia Jesucristo a quienes se han alejado de él, para que vuelvan a su redil y gocen de las hermosas praderas de su reino.



EXPERIENCIAS

Celia Sánchez: «Los padres son los primeros catequistas de sus hijos»

Entrevista de Javier Martínez

179

Identidad cristiana y piedad popular, del 18-20 de septiembre
en el seminario de Monte Corbán

185

Celia Sánchez: «Los padres son los primeros catequistas de sus hijos»

Entrevista de Javier Martínez

Miembro de la Secretaría diocesana de Comunicación de Mondoñedo-Ferrol

Celia Sánchez Teijido es, además de madre de familia, catequista vocacional y agente de pastoral con un gran compromiso en varias parroquias de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol. Un testimonio valioso y esperanzado que hoy queremos compartir.

¿Cuándo comenzó tu compromiso parroquial y cómo empezaste a participar en la pastoral parroquial, arciprestal y diocesana?

Desde muy niña, y me preparaba para hacer mi primera comunión, ya tenía muy claro que quería ser catequista, como las que yo tenía, y poder enseñar lo que sabía de Jesús a los demás niños.

Con 12 años comencé en la parroquia de San Martiño de Xuvia-El Couto (así se llamaba entonces) a dar catequesis a los niños más pequeños, de la mano de don Arsenio. Con 16 años comencé a trabajar en hostelería e hice una parada de diez años. Al dejar este trabajo, volví a hablar con don Arsenio, ya tenía libre el domingo para incorporarme de nuevo al equipo de catequistas, acompañando a los chicos de confirmación.

Con 35 años me fui a vivir a Meirás (Valdoviño) y cuando mi hijo Martín hizo la primera comunión se necesitaban catequistas. Es ahí cuando el padre Juan Cabo, CMF (que Dios lo tenga en su gloria), me invitó a colaborar en la catequesis. Inmediatamente dije que sí y dos años después centralizamos en Baltar la catequesis de O Val, Meirás y

Baltar. Esa fue la semilla de lo que hoy es el centro de catequesis de la UPA Claret, a la que paulatinamente se han ido sumando las demás parroquias: Lago, San Bartolo, Sequeiro, Castro y San Mateo.

Como parte de mi formación catequética asistí, de mano de los padres claretianos Juan Cabo y Jesús Pérez, a un retiro espiritual de cuatro días en la casa de ejercicios que los claretianos tienen en León. Esa experiencia marcó un antes y un después en mi vida, racional, emocional y espiritualmente. Mi vida siempre estuvo muy vinculada a la Iglesia, es como un imán que me atrae, no sé cómo. Es una necesidad, un sentimiento y un amor muy profundos que no puedo expresar con palabras.

Desde el año 2009, ya como coordinadora del equipo de catequesis, comencé a asistir a los encuentros arciprestales para formación y preparación de convivencias para los chicos; y a participar en lo que puedo y en lo que el horario de nuestra catequesis me permite. Aparte de la experiencia adquirida, dentro de mis posibilidades estoy siempre abierta a las formaciones catequéticas que se me presenten.

¿Qué experiencia guardas de los momentos compartidos y qué dirías especialmente que aporta esta comunidad de sacerdotes claretianos?

La mejor experiencia para mí es la convivencia, la cercanía, la escucha, el acompañamiento y los consejos que he ido recibiendo de cada uno de aquellos con los que he colaborado, y este ya es el decimotavo año que estoy a su lado. He aprendido a ver, sentir, interiorizar y asimilar la Sagrada Escritura de otra manera, a mirar con otros ojos y ver la mano de Dios en todo lo que nos rodea. A ver las huellas de Jesús a través de sus ojos, los ojos de los Hijos del Inmaculado Corazón de María, los CMF. Aportan el espíritu de san Antonio María Claret, el anuncio del Evangelio, la necesidad de que Dios sea conocido, amado y alabado por todos. Suscitan en los seglares la necesidad de unión para formar grupos que trabajen juntos por el bien de la comunidad parroquial y de la UPA. Se preocupan especialmente por los enfermos, por los más

necesitados, por los que menos tienen, por los niños, por las personas más vulnerables, las que están solas...

Una experiencia muy interesante que ya cuenta con años de práctica es el oratorio de niños. ¿En qué consiste?

En Baltar comenzamos en el año 2014 a poner en práctica el oratorio de niños. Lo hacemos de una manera muy sencilla y a la vez muy profunda. Lo que pretendemos es que los niños aprendan a encontrar a Jesús en su corazón.

Tenemos una capilla dentro del propio convento, allí colocamos diez sillas alrededor de la alfombra en la que está la Sagrada Biblia (la Palabra de Dios) y una vela que representa el Espíritu Santo; esa alfombra es un espacio sagrado y no se puede pisar; en el sagrario está el Santísimo y los pequeños lo ven. Una vez que todos están sentados comenzamos con una explicación de los símbolos y a hablarles muy suavemente para que se vayan relajando. Cerramos los ojos y les decimos que intenten sentir a Jesús, pues él está allí, delante de cada uno: «Cuando dos o más se reúnan en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Les explicamos que pueden hablar con Jesús, contarle sus cosas más íntimas, lo que ellos llevan en su corazón. Hacemos unos minutos de silencio. A continuación, escriben en un folio cómo ha sido su experiencia, lo que han sentido... Finalizamos todos de la mano alrededor de la alfombra rezando el padrenuestro, el avemaría y el gloria.

¿Cuál es el papel de los padres en la catequesis y cuál es su importancia?

Es acompañar a sus hijos, que estos vean y sientan que es importante lo que van a hacer, pues sus padres comparten esa experiencia a la vez que ellos mismos, y formarse un poquito más para poder iniciarlos en la fe católica. Su tarea es fundamental, ellos son los primeros catequistas de sus hijos: en casa, en su forma de vivir, de hablarse, de escucharse, de amarse y especialmente a la hora de comunicarse con los hijos, con dulzura, ellos aprenden lo que es el amor porque son amados, aprenden a

perdonar cuando sus padres los perdonan, a pedir perdón si se portan mal, a ser responsables, a compartir con sus hermanos. Todo ello forma parte del proceso catequético, también al rezar con ellos los ayudan a conocer a Dios. Los niños son como un papel en blanco y todo lo que sus padres, con su ejemplo, escriben en ese papel son los pilares fundamentales de su carácter para toda la vida. No obstante, no han faltado padres reticentes que presentan excusas por recibir la catequesis familiar. Pedimos al Espíritu Santo que toque sus corazones, para que se den cuenta del papel que desempeñan en su vida cristiana, en tanto que son los primeros catequistas de sus hijos.

¿Qué tareas de apoyo y evangelización realizas en tu entorno y cuáles son los objetivos que te marcas o te gustaría que se alcanzasen?

Soy miembro activo en varios grupos: coordinadora de la catequesis y catequista; secretaria del Consejo de Pastoral de la UPA; colaboradora en el mantenimiento y cuidado del templo; miembro del grupo de oración y Biblia; del grupo de La Palabra; participo también en el grupo de adoración de la UPA; como en el grupo sinodal. Ayudo en la formación de los catequistas jóvenes; colaboro con el padre Luis Cabiellés en la edición, maquetación y distribución de una hojita digital, de cuatro páginas que hemos titulado *Padres jóvenes* y que enviamos mensualmente por *email*. Mis objetivos son muy sencillos: continuar mi formación personal para poder ayudar más y mejor a quien me necesite; conseguir mayor implicación en las necesidades de la parroquia por parte de los seglares; la asistencia de los jóvenes a las actividades que se les ofrecen; y me encantaría que algún día se terminara el «siempre se hizo así» para poder avanzar en muchos proyectos.

¿Qué necesidades te preocupan más en la pastoral diocesana y en las parroquias de hoy?

Me preocupan muchas cosas: el menor número de sacerdotes; el envejecimiento de los seglares que participan en las celebraciones eucarísticas; la falta de interés de los jóvenes y de los padres y madres

por formarse en lo que respecta a la liturgia; la falta de catequistas; la falta de niños en la catequesis, porque prevalecen sus actividades y deportes. Desgraciadamente, remitiéndome a los hechos que veo en nuestra realidad, los sacramentos se están convirtiendo en actos sociales sin concederles la profundidad que se merecen. Ahora parece que está de moda ser ateo, no creer en nada que no se pueda demostrar, pasar de la Iglesia y todo lo relacionado con ella... ¿Será que la fe está en crisis o que no transmitimos la buena noticia de manera que despierte el interés de los laicos por nuestro Señor Jesucristo, por el Evangelio? José A. Pagola publicó hace unos años un libro que me parece muy interesante y viene muy bien en estos tiempos de «retroceso espiritual». Su título es *Volver a Jesús*. Yo también creo que hay que volver a Jesús, al principio, a la piedra angular.

12 de octubre de 2023

Identidad cristiana y piedad popular, del 18-20 de septiembre en el seminario de Monte Corbán

Durante los días del 18 al 20 de septiembre de 2023 la Comisión para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado, en su área de Piedad Popular, Santuarios y Peregrinaciones, ha tenido en Santander unas Jornadas para los responsables diocesanos. La reflexión ha girado en torno a la identidad cristiana y la piedad popular, en concreto, cómo trabajar en toda la riqueza de la piedad popular sobre lo esencial e identificativo de la vida cristiana.

El encuentro ha permitido el intercambio de experiencias y la reflexión seria sobre la pastoral evangelizadora en las diferentes realidades. Dios sigue abriendo caminos y llevando su salvación a muchas personas por medio de la piedad popular en las hermandades y cofradías, en los santuarios y en las peregrinaciones. Estamos ante un signo de esperanza. Participaron delegados de muchas diócesis de España.



INFORMACIONES

«Catequistas para servir», lema del curso 2023-2024 en la diócesis de Tui-Vigo	191
El equipo diocesano de Lérida de Primer Anuncio empieza a caminar	192
El primer anuncio, prioridad pastoral de la archidiócesis de Burgos para el nuevo curso	194
La hoja de ruta para promover el encuentro con Jesús en una Iglesia sinodal y evangelizadora en la archidiócesis de Burgos	196
Se clausuró la I Jornada de Pastoral de la diócesis de Canarias	198
La organización de la Jornada Diocesana del Primer Anuncio centra la reunión del obispo con los delegados diocesanos de Segorbe-Castellón	200
Presentación de la programación pastoral y «envío» evangelizador	201
Misa de inicio del curso catequístico 2023-2024 en la diócesis de Santiago de Compostela	202
Envío diocesano de catequistas en la catedral de Teruel	204
Envío diocesano e institución de catequistas en la diócesis de Zaragoza	205

Comienzo del curso de catequesis con novedades en la diócesis de Tarazona	206
Óscar Díaz a los catequistas de Sevilla: «Vuestra vocación es el servicio»	207
Celebración de envío de los catequistas	208
Nace la Escuela para Catequistas en la diócesis de Vitoria	209
Comienza a caminar el Secretariado para la Pastoral de las Personas con Discapacidad en la diócesis de Burgos	210
Más de 300 catequistas en el encuentro diocesano en Ciudad Real	212
Envío de catequistas en la diócesis de Alcalá de Henares	214
Don Francisco Romero Galván aborda «El primer anuncio y la iniciación cristiana» en la Formación Permanente del Clero en la diócesis de Cuenca	216
VIII semana de Religiosidad Popular: «Vivir la fe en una cofradía» en la diócesis de Valladolid	217
«¿Y quién se ocupa de los que no van a la parroquia?», entrevista sobre la propuesta de evangelización en Zamora	218
El II Congreso Diocesano de Catequesis reunió a 300 catequistas en Toledo	220
La Delegación de Acogida y Atención a las Personas con Discapacidad celebra el Día Internacional de las Personas con Discapacidad en la diócesis de Cuenca	223
Este sábado, rito de admisión al catecumenado de adultos en la catedral de Oviedo	224

«Los cofrades debemos sentirnos muy vinculados a la Iglesia
y transmitir la fe»

226

Catequesis inclusiva en las parroquias

228

Postales navideñas de la Delegación de Personas con Discapacidad
en la diócesis de Coria-Cáceres

230

«Catequistas para servir», lema del curso 2023-2024 en la diócesis de Tui-Vigo



El Secretariado de Catequesis de la provincia eclesiástica de Santiago de Compostela ya ha publicado los materiales para este nuevo curso pastoral, bajo el lema «Catequistas para servir». Continuando con el trabajo emprendido el año anterior, las delegaciones de Galicia ponen el foco en la figura del catequista, que «realiza un servicio y un ministerio pastoral imprescindible para la evangelización, que asegura la transmisión de la fe», tal y como explican en los materiales de este año.

El cartel de este año consta de cuatro elementos clave que explican la esencia de este servicio y ministerios del catequista: un botón de inicio, la página evangélica del prólogo del Evangelio de san Juan, un dibujo de un catequista con niños junto a un camino de huellas; y recortes con los distintos ámbitos de la transmisión de la fe —la familia/casa, la comunidad y la escuela—.

Además de las explicaciones del lema y del cartel de este año, los materiales incluyen el subsidio litúrgico para la eucaristía de inicio de curso. En muchas parroquias de la diócesis de Tui-Vigo, la catequesis se inaugura el primer (o el segundo) domingo de octubre.

Diócesis de Tui-Vigo, 18 de septiembre de 2023

El Equipo Diocesano de Lérida de Primer Anuncio empieza a caminar



El Equipo Diocesano del Primer Anuncio, que reúne a ocho personas convocadas por el Área de Evangelización, que tiene como responsable al delegado de Apostolado Seglar, Manolo Díaz, se encontraron el pasado 9 de septiembre con el objetivo de unirse a la llamada que hace la Conferencia Episcopal para avanzar en lo que se denomina el primer anuncio de la fe. Por este término se entiende una propuesta breve y concentrada (la buena nueva de Jesús), ofrecida al hilo de la vida y en un contexto de amistad y de diálogo. El encuentro con Jesús se puede considerar también como un regalo que, aparte de experimentar personalmente, hay que compartir con los demás.

La Iglesia, ya desde los primeros apóstoles, viene haciendo este primer anuncio. Sin embargo, en un contexto histórico y social de cambio, los cristianos y cristianas tienen que aprender a anunciar a Jesucristo de otras maneras que puedan conectar con las personas de hoy. Por este motivo, este nuevo Equipo Diocesano de Primer Anuncio, se propone formarse y organizarse, para poder ser un motor que ayude a la diócesis de Lérida a avanzar en su labor evangelizadora de la sociedad.

Esta primera reunión del curso, sirvió para compartir lo que les había aportado la lectura de la documentación sobre el primer anuncio durante el verano, así como para planificar el trabajo que se va a realizar durante el curso.

Diócesis de Lérida, 21 de septiembre de 2023

El primer anuncio, prioridad pastoral de la archidiócesis de Burgos para el nuevo curso



Hasta hace unos años, la fe se transmitía en la familia, en la escuela, en la cultura popular. La parroquia era una institución que articulaba el modo de vivirla y todo conformaba un «cosmos de identidad católica». Ahora, sin embargo, «el régimen de cristiandad» ya no existe, la sociedad se ha secularizado y ha caído fuertemente la «cosmovisión cristiana». Pero «aún estamos a tiempo para salvar el barco; hay que salir de la zona de confort y anunciar el Evangelio a una sociedad sedienta».

Bien lo sabe Teresa Valero, quien se considera «fruto del primer anuncio» emprendido en 2007 en Solsona; un proceso evangelizador que ella lidera ahora como delegada diocesana. Para resolver la crisis, es necesario «regresar a nuestra identidad y vocación más profunda como Iglesia y como bautizados», que no es otra que «anunciar a Jesucristo». «Si existimos, existimos para evangelizar. No podemos mirar a otro lado, es nuestra responsabilidad».

Así lo ha asegurado esta tarde en la jornada diocesana de formación con la que ha dado comienzo de forma oficiosa el nuevo curso pastoral, que este año quiere impulsar el primer anuncio en el quehacer de

parroquias y comunidades. Para Valero, no se trata de «catequizar», sino de suscitar un encuentro con Jesucristo en las personas que no lo conocen, se han alejado e, incluso, las que ya se consideran cristianas.

Para lograrlo, hay que comenzar «con los de dentro», «convocando a los bautizados» a esta tarea en corresponsabilidad. «No todos sirven para todo, pero todos tienen la misma misión de llevar a las personas a Dios», de ser «discípulos misioneros». Ello exige un proceso de crecimiento personal basado en el discipulado y la comunidad; la necesidad de crear estructuras en las diócesis y parroquias, de aprender de lo que hacen otros. Por último, es importante implicar a toda la comunidad, que ha de saber acompañar a las personas que desean integrarse en la Iglesia después de haber recibido el primer anuncio.

«Peregrinos de esperanza»

En la jornada de hoy —en la que ha participado el arzobispo, don Mario Iceta—, también se ha presentado el plan de pastoral «Peregrinos de esperanza», la hoja de ruta de 31 acciones que se pondrán en marcha en la vida diocesana en los próximos cuatro años. Ha sido el vicario de Pastoral, José Luis Lastra, el encargado de presentar el documento, que recoge algunas de 165 propuestas de la Asamblea Diocesana. «No es para repetir lo de siempre, sino para incluir en nuestros respectivos planes algunas de las nuevas intuiciones».

El nuevo plan, además, pondrá varias líneas de fuerza en cada curso, centrado en el primer anuncio, el acompañamiento, formación y presencia pública de la Iglesia. Las acciones serán animadas por las delegaciones, que deberán implementar su realización en las parroquias, comunidades y movimientos. El objetivo general de este plan es promover una Iglesia más sinodal y evangelizadora desde el encuentro con Jesús. Por ello, cada una de las acciones se articulan de tal forma que se logre «suscitar el encuentro con Jesús», que «las comunidades cristianas se hagan misioneras» y que el reino de Dios se haga cada vez más presente en medio del mundo.

Archidiócesis de Burgos, 22 de septiembre de 2023

La hoja de ruta para promover el encuentro con Jesús en una Iglesia sinodal y evangelizadora en la archidiócesis de Burgos

Treinta y una acciones que realizar en los próximos cuatro años. Es el reto que se propone cumplir la archidiócesis con la puesta en marcha de un nuevo plan de pastoral con el fin de «promover una Iglesia sinodal y evangelizadora desde el encuentro con Jesús». La nueva «hoja de ruta» para parroquias, comunidades y asociaciones recoge el guante de la Asamblea Diocesana y pretende poner en «estado de misión» a una Iglesia —la burgalesa— que desea «vivir más la comunión» en la clave sinodal en la que tanto insiste el papa Francisco.

El Consejo Diocesano de Pastoral, el organismo consultivo encargado de velar por la marcha de la Asamblea y de la pastoral diocesana, ha sido el encargado de redactar y supervisar el plan, que tendrá como eje transversal los tres bloques temáticos abordados en el proceso sinodal. Su contenido también se ha debatido en otros organismos consultivos y con los responsables de las distintas delegaciones y secretariados, que han enriquecido las propuestas con sus aportaciones. El arzobispo, don Mario Iceta, firmó su aprobación el 25 de julio y su contenido marca las líneas que se deberán seguir desde el curso pastoral recién estrenado.

El plan es como «un mapa cuando salimos a hacer una ruta por el mundo», explica el vicario de Pastoral de la archidiócesis, José Luis Lastra. «Aunque sepamos dónde hay que ir, necesitamos que el camino esté señalado. Es una hoja de ruta donde nos damos a nosotros mismos las orientaciones para seguir el camino hacia la meta que el Espíritu nos pide hoy y aquí y que hemos descubierto entre todos».

De esta manera, la archidiócesis en su conjunto será la encargada de ejecutar este plan, titulado «Peregrinos de esperanza», coincidiendo con el lema del jubileo universal que celebrará toda la Iglesia en 2025 propuesto por el papa Francisco. Ese mismo año, además, se cumplirán 950 años de la erección de la diócesis de Burgos.

Archidiócesis de Burgos, 24 de septiembre de 2023

Se clausuró la I Jornada de Pastoral de la diócesis de Canarias



A las 19:00 h del sábado 23 de septiembre se clausuró en el colegio Claret de Tamaraceite, la I Jornada de Pastoral, después de la celebración de la eucaristía presidida por el obispo de la diócesis de Canarias, monseñor José Mazuelos y concelebrada por el obispo auxiliar de Canarias, monseñor Cristóbal Déniz y en la que participaron las más de quinientas personas —sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos— que se inscribieron en esta gran asamblea de encuentro y celebración, después del intenso trabajo realizado durante el último año en las parroquias, movimientos y delegaciones diocesanas, sobre el Sínodo de los Obispos que se clausurará en Roma en octubre de 2024.

Juntos somos más

Dos días de trabajo llenos de actividad y entusiasmo —en los que no faltó la música con las actuaciones del grupo Shemá— que dio comienzo ayer viernes a las 16:00 h bajo el lema «Juntos somos más», y que ha contado con la intervención de especialistas de significativa relevancia en los tres temas de formación que se han expuesto «Convocar, acompañar y cuidar».

María José Schultz, doctora En Teología por la Universidad de Deusto ofreció ayer la primera conferencia «¿Somos la Iglesia que Jesús fundó?», y a lo largo del día de hoy han sido: Xosé Manuel Domínguez, doctor En Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid con el tema «El arte de acompañar» y María Teresa Romo, diplomada en Filosofía y licenciada en Teología Pastoral, con «La mística de la cercanía y el cuidado. Regalar/nos una tarde», quienes dieron contenido a las sesiones de formación.

En la tarde del sábado, representantes de los secretariados y delegaciones diocesanas de Migraciones, Familia, Salud y Caritas constituyeron la mesa de experiencias en la que compartieron, con el medio millar de asistentes, la realidad pastoral que se está viviendo en cada uno de los ámbitos donde se encuentran.

Minutos antes, el obispo de la diócesis de Canarias, monseñor José Mazuelos, anunció el nombramiento del nuevo director del Secretariado de Migraciones, el abogado y especialista en migraciones y derecho al asilo, don David Melián Castellano.

A continuación, don Armando Vallejo, laico comprometido con los jóvenes y miembro de la Comisión encargada de preparar el plan diocesano de pastoral —PDP— que trazará las líneas de actuación en la diócesis de Canarias durante los próximos tres años, hizo una presentación de este, resaltando el valor de la comunicación en el organigrama pastoral de esta diócesis de Canarias.

Diócesis de Canarias, 25 de septiembre de 2023

La organización de la Jornada Diocesana del Primer Anuncio centra la reunión del obispo con los delegados diocesanos de Segorbe-Castellón



Esta mañana se han reunido todos los delegados y directores de los secretariados de la diócesis con nuestro obispo, don Casimiro, en el inicio de este nuevo curso pastoral.

Entre los temas tratados, en el orden del día estaban las propuestas de la pastoral ordinaria que pueden ayudar a concretar y favorecer el primer anuncio, y en lo que ya están trabajando en sus respectivas realidades o ámbitos.

También el vicario de Pastoral, don Miguel Abril, ha informado de varias cuestiones en preparación de la Jornada Diocesana del Primer Anuncio, que tendrá lugar el día 11 de noviembre en el Ágora de Betxí. Para ello se están organizando una serie de ponencias, mesas redondas, dinámicas, testimonios y talleres, con el objetivo de celebrar, motivar, testimoniar, clarificar, dar a conocer y concretar propuestas operativas de primer anuncio en nuestra diócesis de Segorbe-Castellón.

Diócesis de Segorbe-Castellón, 28 de septiembre de 2023

Presentación de la programación pastoral y «envío» evangelizador



El vicario general de la diócesis, Jesús Fernández Lubiano, los delegados diocesanos o los miembros de sus equipos, presentaron el sábado, 30 de septiembre, en el seminario de Valladolid, la programación pastoral y el calendario de propuestas diocesanas para el presente curso, en el que la Iglesia que peregrina en Valladolid vive el Año Jubilar del Corazón de Jesús y clama «¡Venga tu reino!».

El acto dio comienzo en la capilla, con la celebración de unas vísperas bastante especiales, ya que se conmemoraron al mismo tiempo que los cultos que los padres sinodales, nuestro arzobispo, don Luis Argüello, entre ellos, celebraban en Roma.

El acto dio comienzo en la capilla, con la celebración de unas vísperas bastante especiales, ya que se conmemoraron al mismo tiempo que los cultos que los padres sinodales, nuestro arzobispo, don Luis Argüello, entre ellos, celebraban en Roma.

Tras la celebración en la capilla, se emitió la bendición y saludo enviados por don Luis desde la plaza de San Pedro, momentos antes de iniciarse allí la oración por los frutos del Sínodo; un vídeo en el que animaba a la Iglesia diocesana a «caminar juntos en el deseo de crecer en la comunión, participación y misión, según la vocación a la que cada uno de nosotros hemos sido llamados».

El tradicional encuentro concluyó con el tradicional «envío» evangelizador a los agentes de pastoral, por parte de nuestro vicario general, y el rezo de la oración del jubileo.

Diócesis de Valladolid, 1 de octubre de 2023

Misa de inicio del curso catequístico 2023-2024 en la diócesis de Santiago de Compostela

Este domingo 1 de octubre se ha celebrado la eucaristía de inicio del curso catequístico 2023-2024, en la parroquia anfitriona Santa Uxía en Riberia, la eucaristía ha estado presidida por el señor arzobispo don Francisco José Prieto Fernández y concelebrada por el delegado de Catequesis don Miguel López Varela y el párroco don Alfonso Mera.

Han participado las familias protagonistas de la catequesis, los catequistas haciendo visible el lema de este curso: «Catequistas para servir», y la comunidad parroquial presente.

Se inicia la catequesis en toda la diócesis con la eucaristía, porque ella es la fuente que nutre nuestra vida de fe y en nuestro plan de pastoral en este año enfatizaremos el lema bíblico «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19). Si la eucaristía como memorial de la pascua de Jesús, misterio central de la salvación, el catequista que participa en ella y la vive a su vez debe ser «testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios» (DC 113).

Estuvieron convocados los niños, catequistas, sacerdotes, consagrados y familias, para vivir en comunión esta jornada y orar por los catequistas, para que anuncien el Evangelio con sus palabras y con sus obras.

En la celebración, se tuvo el envío de un grupo de catequistas, que representaron a todos los catequistas de la diócesis, que con tanta generosidad entregan su persona y su tiempo en el acompañamiento y educación de la fe de muchos niños, adolescentes y jóvenes. El signo

que se les entregó era la agenda diocesana del catequista, ya que en ella está explícito el plan de trabajo del curso 2023-2024.

Al concluir la eucaristía se convocó a los padres de familia a un encuentro, asimismo los niños fueron atendidos por los catequistas. Se cerró esta jornada compartiendo chocolate y churros.

Web de Catequesis de Galicia, 2 de octubre de 2023

Envío diocesano de catequistas en la catedral de Teruel



En la tarde del sábado, 30 de septiembre, tuvo lugar en la catedral de Teruel la celebración de envío de catequistas, profesores de Religión y agentes pastorales presidida por el obispo de la diócesis, monseñor José Antonio Satué, quien animó a los presentes a desarrollar una estrecha relación con Jesús; a trabajar con humildad; en equipo; y con total confianza en Dios.

Acabó su homilía el señor obispo diciendo: «Comencemos con alegría este nuevo curso en el que se nos ofrece la posibilidad de presentar y dar a conocer a Jesús a tantos niños, jóvenes y adultos. Llevar adelante esta tarea es un regalo para cada uno de nosotros y una oportunidad pastoral para que otras personas conozcan a Jesús y florezca en ellas la vida que él siempre trae».

Finalizada la celebración, los catequistas han recibido de manos de nuestro obispo el material editado por las delegaciones aragonesas de catequesis, centrado en la oración del padrenuestro.

Diócesis de Teruel y Albarracín, 2 de octubre de 2023

Envío diocesano e institución de catequistas en la diócesis de Zaragoza



El lunes 2 de octubre se vivió una jornada de acción de gracias por la vocación y misión que el Señor ha regalado a la diócesis de Zaragoza.

Con la celebración del envío de catequistas presidido por el arzobispo, la diócesis de Zaragoza reconoce la labor de tantos catequistas fieles y entregados, que ponen sus vidas al servicio de la evangelización.

Igualmente, los asistentes pudieron ser testigos del compromiso de ocho catequistas que, recibiendo el ministerio laical de catequistas, se ponen al servicio de la catequesis de manera estable, significando así su amor por la Iglesia y su respuesta vital y generosa ante los retos de la evangelización.

Damos gracias a la parroquia de la Coronación de la Virgen (Unidad Pastoral Oliver) por su acogida y preparación. Dieron el testigo a la parroquia de Santa Gema donde el curso que viene se realizará el envío.

Gracias, catequistas, por tanto. Gracias, Señor, por todo.

Delegación de Catequesis de Zaragoza, 3 de octubre de 2023

Comienzo del curso de catequesis con novedades en la diócesis de Tarazona

El envío de catequistas y la entrega de la *missio* a los profesores de Religión tuvo lugar el domingo, 8 de octubre, en la parroquia de San Juan el Real de Calatayud a las 19:30 horas y contó con la asistencia del obispo de la diócesis de Tarazona, monseñor Vicente Rebollo, que presidió la celebración.

Esta celebración significa el comienzo de las catequesis y que este año viene con novedades en la diócesis de Tarazona. Como explica el delegado de Catequesis, el sacerdote Justo Sánchez Muelas, se va empezar a impartir en Calatayud el curso de introducción Despertar Religioso, «un curso que se propone desde la Conferencia Episcopal y que está implantado en la mayoría de las diócesis. Se empieza este año en Calatayud con la idea de que se extienda al resto de la diócesis».

MARTA LATORRE

Diócesis de Tarazona, 3 de octubre de 2023

Óscar Díaz a los catequistas de Sevilla: «Vuestra vocación es el servicio»



La mañana del 14 de octubre se ha celebrado en la iglesia sevillana de Santa Clara el encuentro de inicio de curso de la Delegación Diocesana de Catequesis, que ha presidido el vicario para la Nueva Evangelización, Óscar Díaz.

El vicario ha destacado el papel de los catequistas en la tarea evangelizadora y los ha invitado a «ir multiplicando los talentos». «Vuestra vocación es el servicio, algo que proviene del bautismo, donde somos hechos hijos de Dios», ha añadido.

Tras la celebración de la eucaristía, que ha concelebrado Gumer-sindo Melo, responsable de la Pastoral del Sordo, se ha procedido a la entrega de los diplomas correspondientes a los cursos organizados por la vicaría el pasado curso, y se ha expuesto la programación de cursos y talleres que darán comienzo en breve.

Archidiócesis de Sevilla, 14 de octubre de 2023

Celebración de envío de los catequistas



Los catequistas de la diócesis de Mallorca han vuelto a renovar su compromiso de anunciar la fe del Evangelio a niños, jóvenes y adultos durante la jornada de entrega que se celebró el 14 de octubre en el Seminari Nou con una eucaristía presidida por el obispo de Mallorca, Sebastià Taltavull, quien los animó a ser testigos del Señor para comunicar el Evangelio.

En este caso, tras el servicio de oración inicial, se realizó un curso formativo al cuidado de don Francisco J. Romero Galván, exdelegado de la Catequesis de la archidiócesis de Mérida-Badajoz, y, desde principios del año 2021, director de la Comisión Episcopal para la Evangelización, la Catequesis y el Catecumenado de la Conferencia Episcopal Española. El primer punto fue ofrecer una visión panorámica de la actualidad catequética a partir de aquellas cuestiones que, en los últimos días, se están desarrollando en las distintas diócesis del ámbito español, también a nivel de la Iglesia universal, como, por ejemplo, la importancia cada día más del primer anuncio en la catequesis; la aparición de un nuevo catecismo para adultos; los ministerios del catequista; la experiencia sinodal en la catequesis, entre otras.

Diócesis de Mallorca, 16 de octubre de 2023

Nace la Escuela para Catequistas en la diócesis de Vitoria

La diócesis de Vitoria sigue apostando por la formación, tal y como lo solicitó el Consejo Pastoral Diocesano y la Asamblea Diocesana del Sínodo.

Por ello, desde el 19 de octubre de 2023, los responsables de la Delegación Diocesana de Primer Anuncio, Catequesis y Catecumenado darán a conocer la Escuela Diocesana para la Formación de Catequistas como un nuevo instrumento para catequistas y todos los laicos y laicas que compartan la inquietud por la evangelización.

La Escuela Diocesana para la Formación de Catequistas se realizará de octubre a mayo en horario de tarde en la sala Carlos Abaitua, en la calle Vicente Goicoechea 5, 1.ª planta. Las clases serán todos los jueves cada 15 días, salvo festivos.

El contenido profundizará en los catecismos de la Conferencia Episcopal Española, en aspectos relativos a la era digital y en otros documentos como el *Directorio para la catequesis* o el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*.

Este curso estará 100 % subvencionado por la diócesis de Vitoria por lo que los participantes no tendrán que abonar nada.

Diócesis de Vitoria

Comienza a caminar el Secretariado para la Pastoral de las Personas con Discapacidad en la diócesis de Burgos



Con la reciente remodelación de la Curia pastoral, el arzobispo ha integrado en el conjunto de servicios pastorales de la archidiócesis un nuevo Secretariado para la Pastoral de las Personas con Discapacidad, dirigido por Guillermo Pérez. Para este seminarista, que lleva años acompañando a este colectivo, «las personas sordas necesitan medios propios para madurar y crecer, igual que el resto de la población». Por eso, una de las primeras acciones que ha coordinado tras su reciente nombramiento ha sido un encuentro con la pastoral del sordo, que ya existía en la archidiócesis de Burgos y que reúne cada mes en la parroquia del Espíritu Santo a personas con discapacidad auditiva para celebrar la eucaristía y mantener sesiones de formación.

El pasado 21 de octubre, lo dedicaron a conocer el proyecto Sordos Cristianos, una propuesta de evangelización en internet y otros ambientes para este colectivo. Personas de Burgos, Madrid, Valencia y Asturias siguieron las indicaciones de María, impulsora, junto a su esposo Óscar, de esta iniciativa que cuenta con canales en YouTube, Instagram y Telegram. Realizan conferencias y cursos *online* para acercar la Palabra de Dios a personas sordas y sordociegas, el último sobre los Hechos de los Apóstoles, en el que participan 85 personas. Además del contacto en redes y distintos grupos, organizan también encuentros y peregrinaciones y elaboran materiales para personas sordas —y sacerdotes o catequistas que se animen a trabajar con ellos— mediante códigos QR, como una guía de misa en lengua de signos española o un pequeño devocionario católico con oraciones básicas para el día a día.

Además de conocer este proyecto, la jornada —que esta vez se desarrolló en la parroquia de San Martín de Porres— también contó con momentos para la formación bíblica y una ronda de testimonios sobre «cómo seguir hoy a Cristo en medio del mundo y cómo ser luz para los demás». El acto concluyó con la celebración de una eucaristía.

Desde el Secretariado para la Pastoral de las Personas con Discapacidad agradecen la presencia de todos los participantes, a la vez que animan a las personas sordas a sumarse a las propuestas pastorales que desarrollan.

Diócesis de Burgos, 2 de noviembre de 2023

Más de 300 catequistas en el encuentro diocesano en Ciudad Real



El seminario acogió, este 4 de noviembre, el encuentro diocesano de catequistas, que ha reunido a más de trescientas personas de toda la provincia.

Se trata del encuentro anual que prepara la Delegación Diocesana de Catequesis. Además de una jornada formati-

va, es un tiempo de convivencia entre los catequistas de diversas parroquias, para compartir experiencias de trabajo y los métodos que se están utilizando en las distintas realidades.

La mañana comenzó con la oración y la intervención del delegado de Catequesis en la diócesis, Raúl López Hinarejos, que habló sobre la situación actual de la catequesis y planteando algunos retos de cara al futuro. Después, los catequistas —que representaban a los más de dos mil trescientos de toda la diócesis— trabajaron por grupos compartiendo su propia experiencia en la catequesis.

Todos los participantes en la jornada han llenado la capilla mayor del seminario para la misa, presidida por el obispo, don Gerardo Melgar, y en la que se realizó el acto oficial de envío de todos los catequistas.

Monseñor Melgar animó a los catequistas a valorar «la gran tarea que tenéis entre manos y que realizáis con todo vuestro esfuerzo, con todo

vuestro saber y con todo lo que el Señor espera de vosotros». Destacó que muchos de los niños y jóvenes con los que trabajan solo escucharán hablar de Dios a través de ellos: «Somos los únicos que vamos a tener la oportunidad de abrirlos a la fe, para que descubran a Jesucristo como alguien a quien merece la pena seguir», dijo.

Don Gerardo agradeció el trabajo voluntario que realizan cada semana, acompañando a los jóvenes en una misión que «es la misma misión de Cristo, la que Cristo encomendó a los apóstoles y, en su persona, a toda la Iglesia». Por esta razón, el trabajo en la catequesis conlleva una «gran responsabilidad y un compromiso de vivir aquello que transmitimos», porque «solo seremos auténticos y buenos catequistas cuando lo que transmitimos a los demás lo vivamos en nuestra vida personal».

Respecto al envío —que celebró a continuación—, el obispo subrayó que tiene un carácter marcadamente eclesial:

Es la Iglesia, por medio del obispo, la que os envía a que viváis y desarrolléis esta misión. Ser catequista no es solo un ofrecimiento personal de generosidad [...], es una llamada que el Espíritu Santo os hace a cada uno de vosotros para que llevéis a cabo en la Iglesia una misión tan importante como es la enseñanza del mensaje cristiano y la transmisión de la fe a niños, adolescentes, jóvenes y adultos para la edificación de la Iglesia.

Después de la homilía, se celebró el acto de envío en el que, después de profesar la fe, todos los catequistas se comprometieron a formarse y a ser constantes en la tarea. Concluyó con las palabras de envío del obispo: «Yo, vuestro pastor, os envío, para que, como catequistas, conduzcáis a los niños, adolescentes y adultos, por Jesucristo, en el Espíritu, al Padre».

Por la tarde, como conclusión de la jornada, el delegado de Catequesis, Raúl López Hinarejos, pronunció una conferencia sobre «La formación del catequista: una tarea urgente en el contexto actual».

Diócesis de Ciudad Real, 4 de noviembre de 2023

Envío de catequistas en la diócesis de Alcalá de Henares

El pasado sábado 28 de octubre tuvo lugar en el Palacio Arzobispal de Alcalá el envío diocesano de catequistas. Fue el primero en el que nos convocó, presidió y envió don Antonio Prieto Lucena, que fue consagrado como obispo y tomó posesión de la diócesis el pasado 10 de junio.

La jornada comenzó a las 10:30 horas con el rezo de las Laudes en la fiesta de los santos apóstoles Simón y Judas Tadeo, en cuyo himno entonamos: «Vosotros, que escuchasteis la llamada de viva voz que Cristo os dirigía, abrid nuestro vivir y nuestra alma al mensaje de amor que él nos envía».

Seguidamente, a las 10:30 horas tuvo lugar una interesante charla formativa sobre actuación en casos de abuso impartida por don José María Viñas, director de la Oficina Diocesana de Atención a las Víctimas de Abusos, quien nos presentó la actividad de la Oficina y el protocolo de actuación con el que cuenta la diócesis para actuar en estos casos. Además, se nos recordó que, como catequistas, nuestra labor pasa por «formarnos, prevenir, acompañar, reparar, sanar y pedir perdón».

«El niño descubre la paternidad de Dios a partir de cómo se ejerce la paternidad de su entorno, de ahí la gravedad de los abusos en la familia, en su círculo de confianza y en la Iglesia», nos hizo reflexionar doña Pilar Ladrón Tabuena, miembro de la Oficina Diocesana y vicedecana del grado en Derecho y Relaciones Internacionales de la UAH. Además, tuvimos la oportunidad de presentar nuestras dudas e inquietudes al respecto.

El colofón a la jornada, en la que el delegado de Catequesis, don Javier Ortega Martín, también aprovechó para presentar el nuevo curso

de la Escuela Diocesana de Catequistas, llegó con la celebración de la santa misa de envío, que fue presidida a las 12:30 horas en la capilla de Palacio por nuestro obispo don Antonio Prieto Lucena.

En su homilía, nuestro obispo nos llenó de ardor catequético al recordarnos que, «aunque la evangelización no es fácil y, como dice el Evangelio, se nos envía en medio de lobos, nos convoca el mismo amor de Dios, que le falta al mundo, para esparcirlo en todos los ambientes, especialmente con la fuerza del testimonio».

Además, hizo alusión a la fiesta de los apóstoles que celebrábamos: «Pasaron sin dejar gran huella, apenas hay menciones a ellos en los textos sagrados, estuvieron en lo oculto sin pensar en lo extraordinario para ser cimiento de la Iglesia. Eso nos enseña que lo nuestro es sembrar, no recoger, y que la semilla que se pierde es solo la que se queda en la mano».

«La diócesis os necesita, no dejéis de formaros, entregaros y orar por cada niño, joven o adulto de vuestros grupos», nos exhortó en su bendición de envío.

Diócesis de Alcalá de Henares, 6 de noviembre de 2023

Don Francisco Romero Galván aborda «El primer anuncio y la iniciación cristiana» en la Formación Permanente del Clero en la diócesis de Cuenca



El seminario San Julián de Cuenca ha acogido esta mañana, 6 de noviembre, la Jornada de Formación Permanente del Clero correspondiente al mes de noviembre.

En esta ocasión la formación ha corrido a cargo de don Francisco Romero Galván, secretario de la Comisión Episcopal de Evangelización, Catequesis y Catecumenado de la Conferencia Episcopal Española, quien ha profundizado en «El primer anuncio y la iniciación cristiana». También le ha acompañado el obispo de Cuenca, monseñor José María Yanguas.

Los participantes además de escucharlo han tenido la oportunidad de dialogar con el ponente sobre el primer anuncio.

Diócesis de Cuenca, 6 de noviembre de 2023

VIII Semana de Religiosidad Popular: «Vivir la fe en una cofradía» en la diócesis de Valladolid

Representantes de todas las cofradías de la capital han asistido a la celebración de la Semana de Religiosidad Popular, que ya ha alcanzado su octava edición. Un año más, el Centro de Espiritualidad ha sido testigo de este encuentro entre hermanos cofrades que fue inaugurado por el vicario general, Jesús Fernández Lubiano. En su intervención, invitó a los asistentes a vivir el jubileo del Corazón de Jesús en toda su expresión.

Al día siguiente, el arzobispo de Valladolid, don Luis Argüello, remarcó la importancia de que todo lo que se haga desde las cofradías en este año jubilar dedicado al Corazón de Jesús sea ayuda al encuentro de Jesús.

Los otros dos ponentes de la Semana de Religiosidad Popular organizada por el delegado de este ámbito, Manuel Fernández Narros, han sido el párroco de San Miguel, Javier Carlos Gómez, que resaltó la importancia que tienen las cofradías como asociaciones de fieles, y el delegado de Liturgia, Francisco García, que profundizó sobre cómo vivir la liturgia en una cofradía.

Archidiócesis de Valladolid, 17 de noviembre de 2023

«¿Y quién se ocupa de los que no van a la parroquia?», entrevista sobre la propuesta de evangelización en Zamora

Tras la celebración de la II Asamblea Diocesana en Zamora el pasado mes de septiembre, una de las conclusiones fue la de impulsar una «Iglesia en salida», tal y como nos dice el papa Francisco insistentemente. En esta clave, se puso sobre la mesa la posibilidad de realizar en la diócesis misiones populares, especialmente en las zonas rurales. Pues dicho y hecho. El padre paúl Paco Berbegal ha estado en Zamora explicando cómo poner en marcha esta propuesta de evangelización

La misión evangelizadora es vuestro carisma como religiosos de la congregación de La Misión. Con la llegada de este papa ¿ha crecido el interés por las misiones populares?

Actualmente, el papa Francisco está dando un gran impulso a esta idea de la Iglesia en salida. Es cierto que muchas diócesis han creado ya, como en Zamora, una delegación de Evangelización. Anteriormente, en las diócesis no había nadie que se preocupara de decir ¿qué pasa con los que no vienen? Y precisamente esa es la preocupación de estas nuevas delegaciones. Nosotros, los padres paúles, seguimos pensando que las misiones populares o las misiones parroquiales son un método adecuado.

¿En qué consiste, por tanto, la misión popular?

Nosotros hoy en día las llamamos misiones parroquiales porque la plataforma que utilizamos para la evangelización es la parroquia. La misión siempre tiene un primer movimiento desde dentro. Es decir, la propia comunidad parroquial ha de tomar conciencia de que cada

cristiano ha de ser misionero desde su bautismo. Esto no es un problema del párroco, sino que es un tema de cada cristiano que forma parte de la comunidad. A partir de esa toma de conciencia, comienza el movimiento: reuniones, formaciones, sensibilizaciones, celebraciones... Y luego tiene que haber un segundo movimiento que es hacia fuera de la comunidad. Eso quiere decir que hay que llegar a todos los ambientes donde la parroquia normalmente no llega: centros educativos, asociaciones de vecinos, del barrio, de ayuda, de los alejados, etc. La propia misión tendría un tiempo de preparación.

Una vez que la comunidad toma conciencia de esa responsabilidad y finalizado ese proceso formativo, ¿qué método utiliza la misión?

Nosotros utilizamos dos métodos que son clásicos y que creemos que siguen funcionando: la visita puerta por puerta y las reuniones en la casa de algún miembro de la parroquia para compartir reflexiones y experiencias. Con las visitas puerta por puerta se acaba conociendo el barrio o la comunidad; con las reuniones en las casas se consigue tener contacto con personas que a la parroquia tal vez no irían, pero a tu casa seguro que sí.

Y después de la misión, ¿qué?

La propia comunidad parroquial tiene que acompañar esos procesos personales que se han iniciado y normalmente esas comunidades familiares que la mayoría deciden continuar. Ahí está el reto.

Entonces, tiene que haber un grupo que se preocupe. En los lugares donde esa comisión se establece y son personas con esta dinámica y este celo evangelizador, las misiones tienen buen resultado y duran mucho tiempo.

VIKY ESTEBAN

Diócesis de Zamora, 23 de noviembre de 2023

El II Congreso Diocesano de Catequesis reunió a 300 catequistas en Toledo



El pasado 25 de noviembre se celebró, en el colegio diocesano Nuestra Señora de los Infantes, el II Congreso Diocesano de Catequesis de la archidiócesis de Toledo, que reunió a 300 catequistas y estuvo dedicado a reflexionar, compartir y discernir sobre la catequesis en las parroquias para realizar procesos de fe y vida a la luz del catecumenado de adultos.

La bienvenida a todos los presentes, sacerdotes, consagrados y fieles laicos fue por parte del arzobispo de Toledo, monseñor Francisco Cerro Chaves, que envió un mensaje. El vicario episcopal de la Mancha, don Luis Lucendo, en nombre del prelado, se refirió a todos los presentes «con tres palabras: gracias, valorar y apoyar».

Tiempo de reflexión

Este Congreso sigue posibilitando en la archidiócesis de Toledo un tiempo de reflexión para hacer realidad el paso de Dios en los jóvenes catequizandos. En este sentido el delegado diocesano de Catequesis, don Juan José López Fabuel, ha valorado el encuentro, afirmando que

ha sido una jornada de bendición. El tema de este encuentro ha sido vivir la realidad del catecumenado para la iniciación cristiana de niños. Y se ha repetido en varias ocasiones la importancia de acercarnos y escuchar a nuestros catecúmenos y catequizandos. Para ello hemos de hacernos a su paso y crecer con ellos.

Programa

El encuentro comenzó con un tiempo de oración que se centró en el envío. Fue dirigida por don Juan Jesús Domínguez, delegado episcopal de Catecumenado de Toledo, y ayudó con la música sor Katja, religiosa clarisa franciscana misionera del Santísimo Sacramento. Tras la proyección de un vídeo mediante el cual el arzobispo enviaba un mensaje a todos los catequistas, el vicario episcopal de la Mancha, don Luis Lucendo, se dirigió a todos los presentes animando a todos a continuar su labor catequética con esperanza.

La primera ponencia corrió a cargo de don Manuel María Bru, delegado episcopal de Catequesis de la archidiócesis de Madrid. Habló sobre cómo el catecumenado de adultos ilumina la iniciación cristiana de niños e hizo un recorrido histórico sobre los catecismos, recordando que el depósito de la fe ha de ser expresado en un ambiente y proceso idóneo para que se realice la vida cristiana.

Posteriormente fue entrevistado don Álvaro Ginel, salesiano y fundador de la revista *Catequista*. Su gran experiencia y reflexión ayudó a todos los presentes a tomar conciencia de la importancia de integrar a la familia en la comunidad y de realizar procesos que estén movidos por el Espíritu Santo.

En la tarde hubo dos ponencias complementarias de todo lo aportado en la mañana.

Los actos comenzaron con el mensaje de aliento de don Francisco Romero, director de la Comisión Episcopal de Evangelización, Catequesis y Catecumenado de la Conferencia Episcopal Española. Después, don José Antonio Pérez, delegado episcopal de Catequesis de Albacete, habló sobre el despertar religioso como una concreción del precatecumenado y apremió a todos a ver la necesidad de esta acción. «Todo lo demás de la catequesis no sirve para nada si no se pone esta base», aseguró.

Finalmente, la hermana María Granados, religiosa carmelita de la Sagrada Familia y secretaria de la Comisión Episcopal de Evangelización, Catequesis y Catecumenado de la Conferencia Episcopal, presentó el reciente catecismo de adultos *Buscad al Señor*, animando a usar este material también para todos los ámbitos de la formación en las parroquias.

Archidiócesis de Toledo, 27 de noviembre de 2023

La Delegación de Acogida y Atención a las Personas con Discapacidad celebra el Día Internacional de las Personas con Discapacidad en la diócesis de Cuenca

La Delegación de Acogida y Atención a las Personas con Discapacidad de la Diócesis de Cuenca conmemora el Día Internacional de las Personas con Discapacidad con la celebración de una eucaristía el domingo, 3 de diciembre, a las 12:15 horas, en la parroquia de San Fernando de Cuenca.

La misa estará presidida por el señor obispo de Cuenca don José María Yanguas, acompañado por el párroco don José María Alcázar Aranda.

Desde la Delegación secundan las palabras del papa Francisco cuando dice:

Queridos hermanos y hermanas: con motivo de su día internacional, quisiera dirigirme directamente a ustedes que viven con algún tipo de discapacidad, para decirles que la Iglesia los ama y necesita de cada uno de ustedes para cumplir su misión al servicio del Evangelio.

Diócesis de Cuenca, 28 de noviembre de 2023

Este sábado, rito de admisión al catecumenado de adultos en la catedral de Oviedo



El sábado 2 de diciembre a las cinco de la tarde en la catedral de Oviedo, tuvo lugar la celebración del rito de admisión al catecumenado de adultos, como siempre en torno al comienzo del Adviento. Unos doscientos cuarenta catecúmenos asistieron a esta celebración, que estuvo presidida por el arzobispo de Oviedo, monseñor Jesús Sanz. Todos ellos llevan a cabo un proceso de catecumenado para personas mayores de 18 años en sus respectivas parroquias o arciprestazgos, la mayor parte para recibir el sacramento de la confirmación, aunque también hay, como todos los años, un pequeño grupo que se bautizará y hará la primera comunión durante este curso. La celebración de los sacramentos este año se celebrará el sábado 11 de mayo, a las seis y media de la tarde, como siempre también, en la catedral, y también como siempre estará presidida por el arzobispo de Oviedo, monseñor Jesús Sanz, pues «es él, en nombre de la Iglesia, quien acoge a este grupo de personas que llaman su puerta», tal y como explica el delegado episcopal de Catequesis, el sacerdote Manuel Alonso.

En torno a la catequesis, precisamente, el propio delegado episcopal explica que este año no habrá actividades extraordinarias, y que seguirán la pauta de los últimos años.

La novedad real este año es la llegada de nuevas familias y nuevas personas a nuestras parroquias, cosa que no hay que dar nunca por supuesto —afirma—, porque todos los años llegan grupos de personas nuevas a nuestras parroquias, llamando a la puerta de la Iglesia para formar a sus hijos en la catequesis.

Por otro lado, la Delegación de Catequesis ha lanzado por segundo año consecutivo su certamen de nacimientos «Se armó el belén», y la formación para catequistas se repartirá, como en años anteriores, entre el Día del Catequista, que tiene lugar en abril, y como siempre la Semana Diocesana de Formación, que se desarrolla en septiembre. «Junto a todo ello, está el acompañamiento a las parroquias que lo soliciten en el ámbito de la catequesis», recuerda Alonso.

Archidiócesis de Oviedo, 29 de noviembre de 2023

«Los cofrades debemos sentirnos muy vinculados a la Iglesia y transmitir la fe»

Las cofradías asturianas se han reunido para su convivencia anual que este año celebraba su decimonovena edición en la que participaron más de cien cofrades y veinte cofradías de toda la diócesis y que en esta ocasión los ha llevado a Cangas del Narcea.

La idea de estos encuentros es ir conociendo las diferentes realidades de la diócesis y también animando a cofradías que están empezando —explica Luis Manuel Alonso, delegado episcopal de Piedad Popular—, estas convivencias empezaron por las ciudades más grandes: Oviedo, Gijón y Avilés, pero ya hemos recorrido otros lugares como Villaviciosa, Grado, Salinas... y ahora Cangas del Narcea.

Una localidad que vivía ese día un momento muy importante ya que la cofradía del Santo Cristo de la Salud que habían puesto en marcha en la parroquia quedaba instituida oficialmente y para ello se les hizo entrega del decreto del arzobispo de Oviedo fechado el 9 de noviembre de este año. En el encuentro, los cofrades tuvieron así la oportunidad de mostrar a todos los participantes las particularidades y tradiciones de su Semana Santa para posteriormente escuchar la charla de Juan Luis García, capellán castrense del Regimiento Príncipe del acuartelamiento de Cabo Noval, y finalizar con la celebración de la misa en la basílica de Santa María Magdalena.

Las cofradías asturianas no han dejado de crecer en los últimos años siendo una de las realidades eclesiales con más participación, «hubo unos años de hierro allá por los setenta, aunque sí que existieron cofradías como pueden ser en Avilés o en Villaviciosa que mantuvieron viva la antorcha y ahora mismo ha prendido en muchos sitios con fuerza y está creciendo», explica el delegado episcopal; haciendo que en mu-

chos lugares esa implicación creciente de los feligreses en las procesiones o cultos que tradicionalmente habían celebrado provoque que se animen a constituirse como cofradía. No en vano son movimientos que se engloban dentro de la piedad popular que desde siempre ha abarcado muy distintas maneras de expresar la fe, siendo demostraciones genuinas de devoción: «La piedad popular abarca muchísimo dentro de la vida de fe del pueblo santo de Dios, que la vive con humildad y tranquilidad. Una de las más visibles son las cofradías que reúnen a un gran número de personas en torno a una imagen de un santo, de nuestro Señor o de la Santísima Virgen que trabajan por extender esta devoción». Devoción que en la diócesis siempre se ha vivido con fuerza en las parroquias, con numerosas celebraciones alrededor de una imagen especialmente querida o una advocación de la Virgen,

son el alma de los pueblos y cualquier parroquia por pequeña que sea siempre tiene su fiesta, de la procesión en torno a ellas nacieron primeramente las mayordomías, que eran más sencillas, y de ahí las cofradías que siempre fueron, para definir las con una palabra que ahora se usa mucho, «transversales» porque, no de ahora sino a lo largo de la historia, entramos todos desde los recién bautizados hasta las personas que están en la ancianidad.

Un compromiso que puede iniciarse y crecer en las cofradías, pero que siempre debe tener un propósito clave para cualquier cofrade «debe sentirse Iglesia y juntarse con otros hermanos para vivir la fe, en nuestro caso en torno a una imagen, a una devoción o a un misterio de pasión del Señor que son las más visibles, e intentar transmitirla a todo aquel que contempla», resalta Luis Manuel Alonso. En su caso, desde el pasado mes de julio su labor se ha ampliado al ser nombrado delegado episcopal de Piedad Popular, una encomienda que acogió «primero con sorpresa y lo afronto con mucha alegría e ilusión porque creo que es un movimiento que la Iglesia debe potenciar y que aquellos que somos cofrades debemos sentirnos muy vinculados a la Iglesia es momento de unirnos y transmitir esa alegría y esa fe a todos los que nos rodean».

Archidiócesis de Oviedo, 1 de diciembre de 2023

Catequesis inclusiva en las parroquias

El 3 de diciembre es el Día Internacional de la Discapacidad. Con el lema «Tú y yo somos Iglesia» el Área para la Discapacidad de la Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado ha puesto en marcha una campaña con la que se suma a esta Jornada. María Nieves Cabrera López de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Hellín lleva un quinquenio desarrollando catequesis inclusiva. En este día, nos relata su experiencia.

Antes que nada, quiero decir que una catequesis debe ser siempre inclusiva, capaz de acoger a cada niño, joven, adulto o anciano y abierta a adaptarse a cada uno de ellos y a sus capacidades. Todos somos diferentes, con distintas formas de relacionarnos y comunicarnos. Nuestra tarea como catequistas es respetar esas diferencias adaptando los métodos para que el mensaje, que es único, llegue a todos.

Llevo más de cuarenta años siendo catequista, pero fue hace cinco cuando comenzó mi experiencia en catequesis inclusiva acompañando a Miguel; un niño con autismo que, aunque no habla, es capaz de hacerse entender con su comunicador y de asimilar los conceptos básicos de cada experiencia que compartimos. Él llegó a la parroquia para prepararse a recibir la primera comunión y ahí comenzó nuestra aventura. Digo nuestra porque ha sido, y sigue siendo, un proceso en el que ambos vamos creciendo mientras compartimos momentos y «cosas de Dios».

No oculto que al principio me asustó la tarea encomendada, pero no por él, por mí. No sabía si sería capaz de hacerle llegar todo lo que Jesús significa en mi vida. Pero he tenido la suerte de contar con la ayuda inestimable de sus padres, de la Asociación Desarrollo, de José Antonio Pérez (delegado de Catequesis), de Ricardo Magro que ha dado vía libre a todas mis locas propuestas y de María Peña, que desde el principio me aconsejó simplificar los trabajos.

Miguel es un niño alegre. Le gusta colorear, la música alta, los abrazos, recorrer las salas de catequesis. En la capilla, señala con facilidad

dónde están Jesús, María, el sagrario, el altar... Ha participado en todas las actividades parroquiales que ha organizado su grupo de referencia; ofrendas, peticiones, visitas al santuario, fiesta del perdón... Para cada uno de esos momentos nos hemos preparado con anterioridad con el objetivo de que no fuese desconcertante para él.

Hay que tener en cuenta que, aunque los contenidos son los mismos para todos, en estos casos, hay que ir a lo básico, ser creativos, tirar de la experiencia y centrarse en la originalidad del mensaje de Jesús.

Temas como descubrir que Dios es cercano y amoroso, que María es nuestra madre, la participación en la Iglesia, el encuentro con Jesús y su invitación a imitarlo... los hemos trabajado de forma sencilla con dibujos para colorear, pictogramas y canciones.

Ser catequista de personas con discapacidad es un regalo que te hace actualizar constantemente tu fe y que te acerca a una espiritualidad en la que descubres que recibes más de lo que das y que aprendes más de lo que enseñas.

Es una tarea hermosa, pero para la que hay que prepararse, porque no basta tener buena intención. Si la formación es importante en cualquier catequista en estos casos es primordial, y por eso desde la Delegación Diocesana de Catequesis se está trabajando en preparar y facilitar la formación necesaria a quienes sientan especial sensibilidad en este tema.

Desde aquí animo a párrocos y catequistas a acoger con ilusión a las personas con discapacidad que se acerquen a sus parroquias y a perder el miedo a tener que cambiar lo que «siempre se ha hecho así»: Jesús cuestionó lo establecido y fíjate dónde hemos llegado.

Diócesis de Albacete, 3 de diciembre de 2023

Postales navideñas de la Delegación de Personas con Discapacidad en la diócesis de Coria-Cáceres

La Delegación de Personas con Discapacidad de la Diócesis de Coria-Cáceres ha lanzado su sexto concurso de dibujos navideños, en el que participan usuarios y residentes de distintas entidades que trabajan con personas con discapacidad en la diócesis. El objetivo es seleccionar algunos de los dibujos y convertirlos en postales navideñas para felicitar estas fiestas a los párrocos, delegaciones, la Hospitalidad de Lourdes, parroquias, asociaciones y otras entidades que lo soliciten. Este año, la Asociación de Personas Sordas de Cáceres ha colaborado con sus dibujos, que se pueden encargar a través del correo o teléfono de la Delegación. La Delegación ofrece las postales gratuitamente y se reserva el derecho a la propiedad de los dibujos escogidos. Con esta iniciativa, la Delegación quiere que sean las personas con discapacidad con sus dibujos las que nos feliciten estas Navidades.

Diócesis de Coria-Cáceres, 11 de diciembre de 2023

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
c/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

